



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ARAGÓN**

EL DISFRAZ DE MARICELA GONZÁLEZ:

de oficinista a profesional de la limpieza

CRÓNICA URBANA

TRABAJO PERIODÍSTICO COMUNICACIONAL

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

P R E S E N T A

MARÍA DEL CARMEN CORTÉS MUÑOZ

ASESOR: MTRO. JOSÉ ANTONIO ZAVALETA

LANDA



CIUDAD NEZAHUÁLCOYOTL, ESTADO DE MÉXICO, 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Por la oportunidad de existir, sentir, llenarme de fe, esperanza, voluntad para seguir adelante con mi investigación y la capacidad de alimentarme con la experiencia de cada una de las personas que me rodearon en el camino hasta hoy... Gracias Dios y universo. ¡Sus tiempos han sido perfectos!

A mis padres por confiar en mí, por la familia que me brindaron, los brazos que me cubrieron, la educación y los valores que me inculcaron, por no soltarme nunca y a la vez respetar mi libertad. Por creer que puedo ser la mejor artista, la mejor escritora y siempre una mejor persona. Su existencia y nuestra historia familiar fueron la inspiración de este trabajo periodístico. ¡Gracias mamá y papá!

A mis hermanos, los héroes migrantes que en mi infancia se marcharon para enseñarme que el trabajo es la base del éxito y que la distancia no divide el amor y la fuerza que caracteriza a la familia. A ellos, mis indocumentados más cercanos, el corazón mío que cruzó la frontera con ustedes y el alma que nutren cada que vuelvo a verlos. Ustedes son el motivo que llevó a culminar párrafo a párrafo este texto. ¡Gracias Jaime, Juan Manuel y Bety!

A mi hermana más pequeña, la niña que siempre ha sido cómplice de mis aventuras y me ha apoyado en las más extremas; por compartir, crecer y aprender conmigo. Por ser mi amiga y los ojos que me motivan a ser un ejemplo de hermana mayor. ¡Gracias Lidia, mi siempre hermosa flaquita, tu apoyo y el de tu familia han sido primordiales!

A ti, mi gran compañero y ahora cómplice de vida, por las aventuras que emprendemos, por la fuerza con la que luchamos; por soñar tan alto e inspirarme

a hacerlo contigo, por tomarme de la mano y por la familia que ahora construimos.
¡Gracias Hilario!

Mi Regina, mi musa, mi inspiración, mi *Queen*, las palabras no alcanzan para agradecer la manera en que cambiaste mi vida. Hoy eres un bebé, pero el día que alcances a comprender este texto, quiero que sepas que éste y los logros que siguen son para mostrarte el camino y en el proceso verte sonreír. Mis éxitos también son tuyos.

A todos los personajes que forman parte de esta crónica, a todas las personas que humildemente colaboraron con un extracto de su vida, los migrantes que me motivaron y abrieron las puertas de su hogar, trabajo y ámbito social. Gracias por sus risas, consejos, sus largas charlas y los silencios que pude interpretar, pero sobre todo, gracias por enseñarme a sobrevivir en un país que desconoces.

A la familia que yo elegí y que todos los días me eligen también, a mis hermanos y hermanas por decisión, mis amigos y amigas que no es necesario nombrar porque estoy segura que saben quiénes son; a ellos porque también forman parte de esta historia y su nombre queda aquí grabado. A ellos, gracias por su apoyo, confianza y amor incondicional.

A usted por su tiempo, disposición y paciencia; por guiarme, valorar y defender mi trabajo periodístico; por compartir sus conocimientos, motivar mi aprendizaje y ser parte del éxito que puedo alcanzar. ¡Gracias profesor José Antonio Zavaleta!

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| PRESENTACIÓN..... | 5 |
| LOS SUEÑOS NO TERMINAN, SÓLO SE TRANSFORMAN..... | 11 |
| El día que decidí partir..... | 19 |
| ¡México hasta pronto!..... | 24 |
| WELCOME TO THE USA..... | 32 |
| Paso a paso. En busca de un nuevo empleo..... | 39 |
| Primera oportunidad: <i>sorry! Not english!</i> | 42 |
| Segunda oportunidad: no tengo papeles..... | 47 |
| La tercera es la vencida: doble personalidad..... | 51 |
| Un día en la vida ilegal de Maricela González..... | 55 |
| Las 5 W de los migrantes en Texas..... | 69 |
| Día I. ¿A qué se dedican? ¿Dónde trabajan?..... | 69 |
| Día II. ¿Dónde? Cómo viven? ¿Cuánto gastan?..... | 74 |
| Día III. ¿Cuándo? ¿Cómo se divierten?..... | 82 |
| OTRAS CRÓNICAS..... | 89 |
| Jayro sueña con ser trabajador legal..... | 89 |
| Víctor decide volver..... | 94 |
| “Dejé los trajes y la corbata por la mezclilla y las botas”..... | 97 |
| CARTA DEL ADIÓS. REGRESO A MÉXICO..... | 103 |

CONSIDERACIONES FINALES..... 109

FUENTES DE CONSULTA..... 112

PRESENTACIÓN

La narración y descripción de los pasajes personales de Maricela González, la historia de una profesionista y turista mexicana que adopta dicho nombre para experimentar la vida ilegal de los migrantes en Estados Unidos a través del periodismo de infiltración como método y la crónica como medio de difusión, es el eje principal del presente trabajo periodístico.

Por definición, crónica es el género que tiene como función informar de manera comunicativa y explícita. Es básicamente el relato descrito meticulosamente que narra el desarrollo de un hecho o bien, como define el fallecido escritor Gabriel García Márquez: se trata de “un cuento que es verdad” y “El disfraz de Maricela González: de oficinista a profesional de la limpieza”, lo es.

La presente historia recurre a las técnicas del “Nuevo Periodismo” que llevan a fusionar la veracidad de un hecho trascendente como la migración y la fuga de personas altamente calificadas de México a EU con la manera en que el suceso es relatado y sustraído. Y es que aunque el principio básico es informar las necesidades de nuestros protagonistas, las técnicas del periodismo escrito evolucionan cuando se maneja con calidad el detalle y se enfocan en “cómo” suceden los hechos. Aquí el periodismo de infiltración juega un papel importante ya que el periodista narra los hechos no sólo porque tiene testimonios de ellos, los vive bajo su propia piel, para después contar su experiencia con una perspectiva personal.

El narrador y periodista Alejandro Iñigo señala en su obra “Periodismo literario”, que “una de las definiciones de noticia es dar a conocer un hecho, aún cuando sea narrado diferente”.

Por lo anterior, cabe señalar que la crónica destaca por su estilo creativo. No es la simple interpretación de un acontecimiento, sino la narración (presentada generalmente en orden cronológico) de lo sucedido y contado de forma amena a través de la descripción, el diálogo y la argumentación. Para Rafael Yanez Mesa en el texto “La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación”, por la subjetividad que supone el cronista y por el estilo ameno con el que está escrito, el género se aleja del periodismo estrictamente informativo.

Así pues, el presente trabajo toma como impulso el desempleo y los bajos salarios en México para retratar el nuevo perfil del migrante que busca en Estados Unidos una oportunidad de crecimiento. De forma personal, la migración es parte de mi vida familiar y en cuanto tuve oportunidad de vivirla en carne propia, no dudé en narrar no sólo mi historia, sino la de más de 850 mil mexicanos con licenciatura, que según la Secretaría de Educación Pública, residen y laboran en la Unión Americana y de ellos, 140 mil, olvidan sus títulos y guardan sus trajes sastre para laborar como cocineros, meseros, albañiles, carpinteros o plomeros, debido a las grandes diferencias salariales que existen entre un país y otro.

Mis constantes viajes a Estados Unidos como turista, que en su momento tuvieron el objetivo de visitar a mi familia migrante, así como los consejos de ellos para quedarme a trabajar y ganar un dinero extra, las historias de desempleo que se tejían a mi alrededor, los bajos sueldos y finalmente la prometida promoción laboral que nunca llegó en mi empleo anterior, fueron los detonantes para inspirarme en una historia que representa una de las tantas problemáticas de nuestra sociedad.

De acuerdo con una encuesta realizada por la firma Randstad Holding en 2015, México ocupa el segundo lugar entre los países con profesionistas dispuestos a emigrar al extranjero en busca de mejores oportunidades y condiciones laborales. Reino Unido, España, Canadá y Estados Unidos, son los sitios de interés.

¿Cuáles son las razones específicas por las que nuestros mexicanos se marchan? ¿Cómo es que logran emplearse? ¿Cuánto les pagan? ¿Cómo viven? ¿Cuáles son sus proyectos de vida? ¿Qué opinión tienen sobre la situación laboral en México? Y ¿Cuál fue la experiencia de Maricela González en la Unión Americana como una migrante más? Son algunas de las preguntas que responden a nuestros objetivos iniciales y que en esta crónica, a través del periodismo de infiltración, descripción en primera y tercera persona, narración y el diálogo, retratan la vida cotidiana de una metrópoli como Dallas, Texas.

Cabe señalar que el reto de este trabajo periodístico es trascender e impactar con personajes convincentes, sacados de la realidad; trasladar al lector a la piel de Maricela González, hacerlo sentir, escuchar, vibrar, asombrarlo, sacudirlo y ver en su mente, a través de sus relatos, historias tan lejanas y a la vez tan cercanas, mismas que se repiten todos los días en miles de profesionistas que optan por abandonar sus puestos de trabajo o empleo para recurrir al famoso “sueño americano”. Pretendo posicionar al leyente en los zapatos de los seis millones de mexicanos, que según datos del Instituto de los Mexicanos en el Exterior en 2016, logran emplearse en EU sin documentos migratorios. Sensibilizarlo, ser un migrante sin serlo y llevarlo atrás, adentro, en el fondo mismo de un personaje a través del texto.

Y es que no es verdad absoluta que una imagen diga más que mil palabras. Con el lenguaje escrito recreamos mundos, sucesos, olores, sabores y emociones. Por ello, estoy segura de haber elegido a la crónica como medio para la divulgación de una problemática que es parte de nuestra realidad y que si bien no pasa desapercibida, muchas veces queda en el olvido.

“Me parece imposible y quizá deseable que sea yo la única persona que haya cometido la locura de escribir, intentar escribir o no lograr escribir”, narra Henry James en su obra “Cómo se escribe una novela” y me siento identificada con él, si todo lo que necesita un escritor es tener a la mano lápiz, un poco de papel, olfato, sentido de profundidad y toma de decisiones.

Luego de hacer un pequeño esbozo teórico e informativo quiero agregar que tomar la decisión de radicar temporalmente en Estados Unidos para vestirme de Maricela González, una profesional de la limpieza, en una práctica encubierta, implicó exponer mi integridad física y moral, ignoraba el ambiente que me rodearía y puse en juego el permiso que el país dirigido ahora por el presidente Donald Trump proporciona para permanecer en el mismo. Fue encontrarme de frente con el desempleo y después con las largas y pesadas horas de trabajo; lidiar con un idioma ajeno al mío y un estilo de vida distinto al de mi oficina. Fue reconocer la calidad de vida, pero también lo costoso que es pagar por ella; aceptar que México está lejos de ser un país primermundista y entender que quizá por ello, nuestros connacionales exponen todos los días su vida y se esfuerzan por permanecer en un lugar que si bien se encuentra alejado de sus tradiciones y los etiqueta como “ilegales”, les proporciona una oportunidad de crecimiento. Por cuatro meses, al igual que el reportero alemán Günter Wallraff, considerado el padre del periodismo de infiltración, me transformé en Maricela González y sus motivos fueron también los míos.

Yo como autora del presente trabajo hago uso de la narración en primera persona, de escenas dialogadas que representan intercambios y turnos típicos de una conversación oral; empleo guiones largos para exponer lo anterior gráficamente. En la conversación serán evidentes los intercambios de apertura (saludo) y cierre (despedida), así como los guiones centrales que representan una selección pertinente de la información.

Las comillas son parte importante de la narración para incluir otro discurso o parte de éste en el mío. A través de la cita atribuiré a los personajes que se

develan en la historia ciertas palabras o frases que detallarán el folclor y la peculiaridad del lenguaje oral de los mismos.

De acuerdo con la clasificación de citas de Dante A.J. Peralta y Marta Urtasun en el libro “La Crónica Periódica. Herramienta para una lectura crítica y redacción”, me refugiaré en el discurso directo, indirecto e híbrido:

- Discurso directo: aunque por definición se trata de una transcripción literal de lo que de vela el personaje al cronista, no siempre hay fidelidad absoluta en la reproducción del discurso citado. Generalmente va acompañado de dos puntos (:) y la frase citada entre comillas (“”).
- Discurso indirecto: no se realiza una transcripción literal del discurso ajeno. El periodista hace un recorte y una interpretación de la voz referida, da una versión de la misma.
- Híbrido: hace uso del verbo introductorio “decir”, el subordinante de estilo directo (que) y agrega comillas al enunciado citado siempre que esté en tercera persona y no sea necesario indicar lugar y tiempo.

Para ahondar en los personajes que nacen en la historia, me refugio en el uso del “perfil”, como género que describe a cada uno de ellos, y de esta manera se descubre más a detalle de quién se habla. Es importante remarcar que no se trata de una narración biográfica, aunque sí incluyo datos relevantes de la vida de quien tomamos como protagonista en algún momento de la historia.

“El disfraz de Maricela González” se divide en cuatro partes:

La primera denominada “Los sueños no terminan, sólo se transforman”, narra la difícil decisión de renunciar o salir del *estatus* de confort para adentrarse en un mundo desconocido y ajeno, deja claro que lo importante es dar siempre el primer paso y más aún si lo que pretendía era escribir una buena historia. Describe mi vida laboral, de vela mi pasado familiar migratorio y doy cuenta de cómo mi situación en el trabajo y en el país es similar a la de millones de

mexicanos que muchas veces se conforman con un sueldo aunque éste no cubra sus necesidades en su totalidad.

“*Welcome to the USA*”, cuenta el proceso necesario al que se someten los migrantes para conseguir empleo en Estados Unidos, detalla en primera persona las limitantes a las que se enfrentan y las alternativas a las que recurren para conseguirlo; cambiar de personalidad, una de ellas. Aquí doy vida al personaje de Maricela González, una profesional de la limpieza. En esta segunda parte y a través del uso de la entrevista se responde a las preguntas básicas sobre cómo viven nuestros connacionales en la Unión Americana.

La tercera parte nombrada “Otras crónicas”, recrea la historia de otros profesionistas que al igual que yo optan por vivir una experiencia de trabajo en el país vecino del norte, dejando sus grados académicos en la nación que los vio crecer. Hablan de sus motivos, sueños y nuevos planes después de ganar en dólares.

Por último, “Carta del adiós. Regreso a México”, es una sencilla despedida de mi aventura americana con datos reveladores sobre las características del flujo de migrantes que retornan a México, así como la velocidad con la que se insertan nuevamente al campo laboral.

En su totalidad y cuartilla a cuartilla, este trabajo pretende dejar en la inmortalidad un fragmento de la sociedad, exaltar una problemática que se vive y se resiente en un México que no es ficción, pero que podría serlo para cualquier persona ajena a la situación. Según la poeta inglesa Denise Levertov es necesario “absorber vida para exhalar poesía” y el corazón entregado en este texto lo es.

LOS SUEÑOS NO TERMINAN, SÓLO SE TRANSFORMAN



Vista de la ciudad de México. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

Con una foto para el recuerdo y un eterno abrazo mi amiga Irais me despidió en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (AICM). Dos meses antes, luego de mucho pensarlo y tras insistir en una promoción laboral sin resultados, compré un boleto de avión sin regreso para la ciudad de Dallas, Texas.

Irais fue mi primera amiga del colegio en la colonia Agrícola Oriental, tan popular en la ciudad por su supuesta peligrosidad que era conocida como la “Terrícola Oriental”; entre las calles, pintorescos mercados y los piropos poco elegantes de los mecánicos, reconocíamos la voz en la bocina de un carrito que anunciaba las noticias locales de la colonia, que si habían robado, que si habían asaltado o detenido a la banda de chavitos de la esquina.

Cuando éramos niñas ella no salía de mi casa y yo, a veces, tampoco de la suya. Estábamos juntas cuando mamá se llevó el susto de su vida porque a ambas se nos hizo fácil quedarnos después de clases en el parque de la escuela con apenas siete años de edad; también estaba con ella cuando mi madre no podía dormir si ya adultas salíamos a bailar. Que estuviera conmigo 22 años después, en el momento antes de tomar un avión rumbo a otro país, no era coincidencia. Esta vez no nos despedíamos por una o dos semanas, planeaba quedarme varios meses en una ciudad que de acuerdo con la Revista *Forbes* en 2015, ofrece el entorno ideal para que los hispanos prosperen y logren el anhelado “sueño americano”^{*}.

Mi visa de turista fue uno de los logros alternos que obtuve con mi trabajo anterior y jamás imaginé que con ella daría un giro a mi vida:

* Sueño Americano: Término utilizado para hacer referencia a la igualdad de oportunidades y libertad que permite que todos los habitantes de Estados Unidos logren sus objetivos únicamente con esfuerzo y determinación. La frase fue expresada por primera vez en 1931 por el historiador estadounidense, James Truslow Adams, para señalar que la prosperidad depende de las habilidades de uno y de su trabajo.

—Sacá tu visa ahora que tienes ese trabajo —me decía mi madre, doña Elenita o “Ely” como de cariño le llama mi papá, don Juan. Dos seres de campo que tras vivir más de 40 años en la capital mexicana nunca terminaron de acostumbrarse a ella y regresaron a su natal Hidalgo cuando sus polluelos ya sabían valerse por sí mismos y tres de ellos tuvieron alas tan grandes que 20, 17 y 15 años atrás volaron para abandonar el país y cruzar ilegalmente a Estados Unidos. Mis padres veían en ese documento la posibilidad de abrazar a través de mí a quienes un día se marcharon con la promesa de volver y no lo hicieron. Cuando mi madre insistía en que realizara el trámite consular yo trabajaba para una importante empresa de comunicación en avenida Reforma, así que ni tarda ni perezosa, hace cinco años, le hice caso y la saqué.

Mi entrevista frente al cónsul no duró más de cinco minutos, tampoco fue tan larga ni cuestionada como vi y escuché qué pasó con las personas que estaban antes de mí y pese a que México, según las estadísticas, es el país que más visas de turista recibe (más de un millón al año), ante mis ojos pocos eran los aprobados.

Según Staci Dawson, vicedcónsul de la Embajada de Estados Unidos en México, para *Grupo Fórmula* en 2016: cerca de mil 700 visas son tramitadas al día en la capital mexicana; lo que en palabras suyas “resulta ser un trámite sencillo y sin complicaciones”, para quien desea conseguir su pase de entrada al país anglosajón.

— ¿Estudiaste en la UNAM? —preguntó el señor rubio y de escaso pelo con su español tropezado y ese acento que suelen tener los norteamericanos al hablar nuestro idioma.

—Sí —respondí—. También traigo una carta de la empresa para la que trabajo [...] —No terminé la frase cuando al intentar pasar el documento por

debajo de la ventanilla, el señor que no perdía detalle sobre mi actitud señaló que no era necesario y en acto seguido me entregó una hojita que hacía constar que mi visa había sido aprobada.

—¡Gracias! —le respondí con toda la emoción que sentía mi ser, mientras mi cabeza trataba de aterrizar que no era un sueño, era una meta más alcanzada. Tomé el papelito y me retiré antes de que cualquier cosa sucediera. Sus palabras fueron, sin duda, una de las noticias más gratificantes de mi vida; pronto tendría en mis manos el pase para reencontrarme con mi familia, ver por mi propia cuenta los paisajes que cuando era pequeña sólo me mostraban en fotografías y descubrir por qué el tan anhelado “Sueño Americano” había desmembrado a mi familia, uno a uno y desde hace tiempo.

¿Suerte, confianza o ayuda divina? Quizá las tres. Salí de la embajada de Estados Unidos en la Ciudad de México tan satisfecha y agradecida en medio de todos los comentarios que a mi alrededor respondían a la pregunta: “¿Cómo te fue?”.

¿Qué más me podía faltar? En la capital mexicana tenía a mis padres, amigos, un trabajo estable que me permitía ser independiente y sumar el permiso de entrar legalmente a Estados Unidos, era magnífico.

¡Y lo hice! De 2010 a 2013 me di el lujo de convertir mis quincenas en dólares, me reencontré con mis hermanos, visité a mis tíos y primos; fui de compras varias veces y en una ocasión invertí mis ahorros para experimentar la sensación de ganar y perder en los casinos de Las Vegas, Nevada. Quedé encantada con sus fuentes, luces, palacios y juegos mecánicos que eran la atracción del boulevard principal a media noche. Y es que, ¿a quién no le gusta viajar o ser la turista que se dispone a descubrir? Era la afortunada de la familia que podía ir y venir de aquel país primermundista, aquella que por contar con una

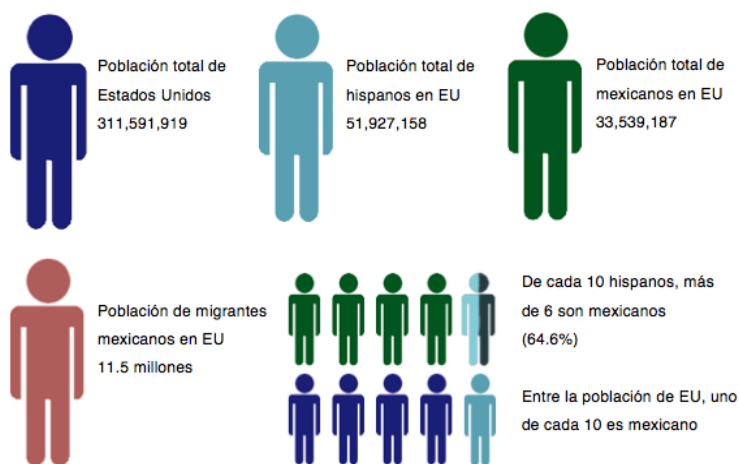
carrera universitaria y trabajo podía codearse con los gringos, tener probablemente un futuro asegurado y económicamente “estable”, sí, entre comillas.

Con el paso del tiempo la realidad fue otra... Para mí, al igual que para muchos adultos con profesión, trabajar de ocho a 10 horas diarias con un sueldo promedio de 10 mil pesos al mes en la capital ya no era garantía de vivir sin preocupaciones si eras soltero y no me imagino lo que podría significar si tenías familia, hijos que educar, una casa por pagar o más proyectos por ejecutar.

Mi familia en Estados Unidos me habló tanto de las personas que convierten su visa en un permiso irregular para generar ingresos que supe desde entonces que ese era un tema que quería retratar y vivir para contar. La macabra idea de buscar trabajo mejor pagado en EU y convertirme en una migrante más, pasó por mi mente. ¿Qué de malo tenía si lo intentaba? Si nada de malo existe en alejarte de lo que ya no brilla y mi búsqueda promoción laboral parecía cada vez más lejana.

La Oficina del Censo Estadounidense en su informe “Radiografía de la población mexicana en EU” en 2015, devela que cerca de 70% de los mexicanos que residen en el país vecino del norte pertenecen a la mano de obra activa.

Población mexicana y de origen mexicano en EU



Fuente: Secretaría de Relaciones Exteriores, Estadística de la Población Mexicana en Estados Unidos, 2013.

Cabe señalar que entre mis conocidos, no era la única persona que veía en el país americano una opción con nuevas oportunidades. En junio de ese mismo año, Víctor, amigo de la universidad, también dejó el país para emigrar a Wall en Nueva Jersey, luego de quedarse sin empleo:

—Me quiero ir por un tiempo, allá me recibirán mis primos, quiero practicar mi inglés y trabajar un poco —me contó vía telefónica previo a su viaje.

—¿Piensas trabajar? —cuestioné.

—Mi prioridad es estudiar, pero si puedo trabajar será en lo que sea; aquí la situación está complicada, no hay oportunidades y los sueldos que ofrecen las empresas son bajos. Quiero volver más preparado —respondió muy seguro de lo que planeaba hacer.

—Últimamente he querido hacer lo mismo —le conté y momentos después terminamos la plática.

Víctor Sandoval Ventura egresó de la carrera de Comunicación y Periodismo con un promedio de 7.9, evidentemente no era el más brillante pero sí quien más expectativas tenía sobre ejercer en el medio cuando después de mucho esfuerzo logró colocarse como redactor y luego editor y productor de *Enfoque Noticias*. Pasó seis años en el giro radiofónico hasta su liquidación.

Su primo Jorge Ventura, residente en el país americano, le aseguró que podía ganar ocho o nueve dólares la hora si él lo empleaba en su compañía de limpieza y decoración de albercas. No lo pensó demasiado, se marchó.

“De otra forma, si hubiera tenido que cruzar por el río o el desierto y exponerme a los narcotraficantes o los mismos americanos que cazan ilegales, jamás lo habría hecho”, confesó posterior a su viaje.

Por mi parte, sabía que la vida en EU era cómoda, mas no sencilla. Los migrantes latinos, principalmente indocumentados, tienen trabajos pesados en horarios extendidos donde el sacrificio implica no sólo el esfuerzo físico, sino el tiempo que dejan de pasar con sus familias; se convierten en madres y padres ausentes, y los niños regularmente pasan más tiempo después de la escuela con la niñera o *baby sister*, o si mejor les va, con algún familiar que los cuide. Materialmente tienen lo que quieren si trabajaban y ahorran lo suficiente, aunque el precio es muy alto y distante para quienes se quedan en México. Al marcharme saldaría un porcentaje de ello.

En 2015 la moneda estadounidense terminó por convencerme, era el momento perfecto; tomaría como impulso las pocas oportunidades laborales de la empresa que me empleaba para dejarme conquistar por el encantador dólar. Moneda que ese año llegó a su nivel más alto al no bajar de 14 pesos, subir abruptamente a los 16, a los 18 y más tarde a los 20. Al igual que Víctor en Nueva Jersey, mi familia en Dallas aseguraba que podría ganar hasta nueve dólares la hora, ¿cuánto podría sumar en un día, a la semana o al mes? Esa era la incógnita a resolver.

Allá buscaría lo que 33.5 millones de mexicanos, 11.5 millones de ellos nacidos en México y seis millones de connacionales sin documentos migratorios, encuentran: nuevas oportunidades de vida, un empleo mejor pagado, ahorrar y ver materializado algunos de sus sueños, en este caso, los míos.

Estaba segura que en esta ocasión no le quitaría el sueño a mamá como lo hicieron mis hermanos Bety, Juan y Jaime cuando decidieron migrar al norte; mucho menos la haría llorar como cuando en el trayecto del segundo ella perdió comunicación con éste por casi cuatro días, recuerdo que pasaba las noches sentada en el sillón, mientras esperaba a que el teléfono timbrara para escuchar la voz de aquel hijo que en palabras de Ricardo Arjona en su canción *Mojado*, “empacó su vocación de aventurero, seis consejos, siete fotos y mil recuerdos”.

Tampoco la sorprendería con historias como las que contó el último al afirmar que la primera vez que se fue, el “coyote”^{*} lo perdió en el desierto y para literalmente no morir en el intento, se entregó a migración descubriéndose en carretera; también dijo que al intentarlo nuevamente, cruzó el Río Bravo sin saber nadar. Bety, la mayor, pasó por la línea migratoria con papeles falsos hace 22 años cuando aún era “seguro” el norte del país, y ella apenas alcanzaba los 16 años de edad.

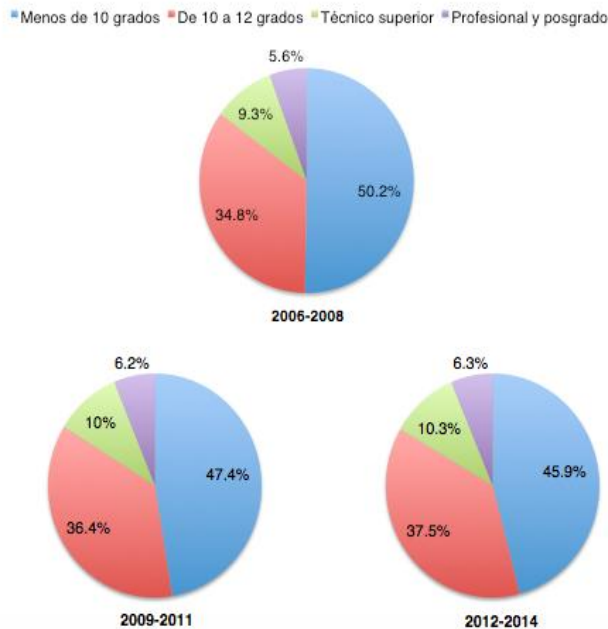
Hasta 2013, según la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en su informe “Tendencia sobre migración internacional, revisión 2015”, México ocupó el primer lugar como el país con mayor número de migrantes en el mundo. EU es el destino favorito de la nación mexicana y el resto de los países.

Mi caso era distinto. Yo, la única de entre cinco hermanos que había obtenido una educación superior, cómodamente viajaría en avión y llevaría en mi maleta todas las pretensiones de convertirme en ilegal. Me olvidaría de los paseos vacacionales para multiplicar en mi cartera los 3 mil 500 pesos que invertí en mi vuelo de partida.

Mis padres no se habían esforzado en motivarme en la universidad para alejarme, pero, ¿qué haces cuando el desempleo y desigualdad que enferman tu país te dan la cara? ¿Qué harías si tuvieras la oportunidad de trabajar en un país donde el salario mínimo rebasa los 120 pesos... la hora?

* Término utilizado para denominar a las personas que ayudan a otras a cruzar la frontera de México con Estados Unidos. Dichas personas también son denominadas ‘polleros’.

Nivel de escolaridad de los migrantes mexicanos en EU (%)



Fuente: BBVA Research y el Consejo Nacional de la Población, "Anuario de migración y remesas 2015".

No me sentía derrotada, me olvidé de la opinión de la gente para tomar una oportunidad más que la vida me daba; arreglé todo, renuncié a mi trabajo y me sumé a los 1.65 millones de personas mayores de 25 años con grado universitario que buscan en la Unión Americana una mejor calidad de vida y oportunidad de empleo, incluidos 450 mil con maestría y doctorado, según la Oficina del Censo Estadounidense en 2015.

El día que decidí partir

La mañana en que Irais me dejó en el AICM estaba marcada en el calendario como jueves 13 de agosto, número cabalístico para muchos, aunque 29 años atrás la vida decidió que sería la cifra perfecta para celebrar mi cumpleaños. A mí se me ocurría que mover mis energías, justo ese día, sería de buena suerte.

Tenis cómodos, jeans y una chamarra negra de piel por aquello del aire acondicionado que suelen poner dentro del avión, fueron el *outfit* suficiente; me encargué de que mi pelo luciera más lacio que nunca, mientras en mi rostro sólo llevaba el maquillaje necesario. ¡Me veía y me sentía bonita! Segura y lista de abrir mis alas como lo hacen las aves que extienden el vuelo en pleno verano.

De mi pecho colgaba un sol huichol* que iluminaba mi nueva aventura, y en la mano, junto al pase de abordar, el libro *Mujeres de ojos grandes* de la escritora y periodista poblana Ángeles Mastretta, ambos obsequios de mis amigas Miriam y Janice; el primero para brindarme buena energía y el segundo para recordar las bellas palabras que la última dedicó para mí: ¡Que nada te impida ser feliz! ¡Dios bendiga tu andar y guarde tu corazón de cualquier sufrimiento! Con Janice viví los últimos dos años en la ciudad, nos graduamos juntas de la universidad y el destino se encargó de convertirnos en hermanas sin que la sangre tejiera este lazo.

Mi equipaje era tan pequeño que no fue necesario registrarlo, en su interior incluí sólo dos pantalones con sus respectivas blusas, tres vestidos y dos pares de zapatos con tacón, por si acaso; aunque era lo suficientemente grande para ir cargado de emociones: la bendición de mis padres, la fortaleza de aquel hombre de nariz afilada que motivaba mi viaje, Hilario; el calor de mi hermana Lidia, la menor en la familia y la única que se resistía a vivir en la capital; las risas de mi sobrino y el apoyo incondicional de mis amigos: Aydé, Lucy, Jacque, Carmen, Pedro y Adán, quienes me despidieron hasta el último día.

Debo aceptar que mi cartera no portaba más que los últimos cuatro mil pesos que restaban de mi finiquito en ocho billetes de 500, que con la devaluación de la moneda mexicana frente al dólar, fácilmente vi convertirse en sólo tres billetes: dos de 100 dólares y uno más de 50.

—¡Tan poquito! Con el dinero que acabo de dar me alcanzaba para pagar junto a Janice dos meses de renta y ahora sólo tengo tres billetes —dije entre risas a Irais—. Si los oficiales de la aduana supieran que sólo traigo 250 dólares para “vacacionar” pensarían que soy una turista poco lucrativa.

* Grupo mayoritario en Nayarit y Jalisco también denominado *wirrámica*. Es uno de los pocos pueblos en México que se han mantenido puros desde antes de la conquista de los españoles. El huichol es una lengua de la familia *utoazteca* y su artesanía es reconocida por su belleza y compleja elaboración con chaquiras e hilo.

Ambas reímos de la situación porque creíamos que en poco tiempo todo sería distinto. Hasta ahí pensaba que conseguir empleo en Estados Unidos era tarea fácil.

—¡Pero qué tal cuando andes forrada de dólares amiga! —mencionó Irais—. Estoy segura que pronto podrás acomodarte y encontrarás un trabajo mejor pagado —Si algo siempre me aconsejaba aquella morena de piernas largas era seguir mi corazón.

Con ese último mensaje y después de un abrazo que no queríamos terminar, me dirigí al primer filtro de vigilancia del aeropuerto acompañada de mis aspiraciones, esperanza y algunos temores.

—Señorita María —dijo el oficial al revisar mi pasaporte y observar con detenimiento mi fotografía. Sí, era yo, la misma que siete años atrás vistió de gala para celebrar su graduación y dedicó un diploma a sus padres y hermanos por confiar en ella; la misma que de lunes a viernes empleaba pantalón y blusa de vestir porque así lo exigía la empresa y la misma que al emprender este viaje no olvidaba sus sueños, luchaba con más fuerza para alcanzarlos: vivir, escribir, aprender y continuar viviendo.

Acerté y con una sonrisa avancé junto a las personas que habían elegido ese día como el idóneo para viajar. Al devolver la mirada observé que la mano de Irais me hacía una señal de suerte, sonreí, regresé la vista al largo camino que me esperaba y después de un hondo suspiro, continué.

Por los pasillos del aeropuerto las chinas poblanas con sus vestidos bordados, los jorongos y sombreros de charro, las botellas de tequila y todo *souvenir* o recuerdo característico de México, me escoltaron hasta encontrar la sala donde saldría el vuelo 2688 de *United Airlines* en punto de las 10 de la

mañana. No me entretuve en los aparadores y esperé a sentarme hasta encontrar el grupo de pasajeros que me acompañaría.

Y ahí los vi, tras despedirme de una gran familia en días anteriores, me encontraba entre rostros desconocidos que al igual que yo esperaban que partiera el avión que nos llevaría a un nuevo destino; todos permanecían sentados, veían con frecuencia sus celulares, aprovechaban para comer un poco y otros sólo leían. Yo hice lo mismo y empecé a hojear el libro que llevaba en mis manos.

Mujeres de ojos grandes, decía en la portada junto a la imagen de una mujer que ciertamente tenía una mirada encantadora, frente amplia, nariz afilada y labios de rojo carmesí; la mitad de su pecho estaba desnudo como una forma sexy de retratarla; su blusa era casi transparente y apenas y se alcanzaba a ver una falda de corte amplio, de esas que eran el encanto de cualquier hombre en la época de oro del cine mexicano; su pelo corto y ondulado, y las manos cruzadas sobre sus piernas con un porte natural y sencillo. Era sin duda, el retrato de una mujer con carácter y no me equivocaba, la contraportada hacía énfasis al poder del género femenino, capaz de ensanchar sus límites e iluminar su camino.

Las primeras hojas hablaban de la tía Leonor como protagonista, los siguientes relatos mencionaban a la tía Cristina, Celia, Martha, Pilar, Magdalena, Clemencia y Natalia; divertidamente imaginé que si mi historia fuera contada por Ángeles Mastretta, famosa por crear personajes femeninos que reflejan las realidades sociales, yo sería la tía María, aquella que llegado el momento reconoció una señal para soltar y atreverse a dar un giro a su vida. Aunque en esta ocasión no había más pluma que la mía, era yo la protagonista y autora de mi propia historia.

Mientras seguía las líneas del texto, escuché por la bocina la última llamada para abordar, mi boleto pertenecía al grupo número cuatro así que para ingresar esperé sólo un poco.

—*Good Morning! Have a great trip* —repetía la chica de cabello rubio y traje bien planchado como un acto de bienvenida a cada uno de los pasajeros.

—*Hi! Thanks!* —respondí con seguridad y acompañado de un gesto amable a lo que también era mi bienvenida a un idioma que sinceramente no dominaba.

Hace algunos años tomé clases de inglés en una escuela particular, de esas que anuncian en la tele, la radio y medios impresos locales bajo el lema “hablas o hablas”. Yo no pude hacerlo: mi fluidez y vocabulario eran escasos. Podía entenderlo si lo leía y si lo hablaban tenía que escucharlo con detenimiento, así que sentía que no estaba tan pérdida, sabía que en caso de emergencia haría uso de todas mis herramientas bilingües para hacerme entender.

Por suerte ubiqué entre mis compañeros personas que hablaban español, cerca de mí se encontraba una pareja que platicaba sobre sus vacaciones y en otro extremo, una señora de pelo largo, peinado en trenza y porte sencillo que revisaba continuamente sus documentos; aquella mujer me recordó a mi madre, mi hermosa mujer de 65 años que sólo me dijo: “Ve y haz lo que tienes que hacer, dale un abrazo a tus hermanos y regresen pronto”.

Al igual que en viajes anteriores mi asiento estaba junto a la ventanilla para acompañarme en los románticos momentos de captar fotos del cielo, enamorarme de las nubes y los destellos del sol matutino. Tranquilamente acomodé mi equipaje en la parte superior y me dispuse a esperar.

Desde mi lugar escuché que el piloto dio las características e instrucciones del vuelo, algunas cosas entendí y otras sólo las supuse. Dos horas y media o lo que podría ser una siesta, era el tiempo que tardaríamos en llegar sin escalas al Aeropuerto Internacional de Dallas Fort Worth (DFW), catalogado en el lugar

número nueve del *top ten* de los aeropuertos más transitados del mundo. El Consejo Internacional de Aeropuertos informó que la terminal contó con 64 millones de pasajeros en 2015.

Mientras eso sucedía y otra de las aeromosas daba indicaciones de cómo abrochar el cinturón de seguridad y qué hacer en caso de emergencia, yo aproveché los últimos minutos en que aún pisaba territorio mexicano para despedirme temporalmente de sus colores, olores y texturas.

En cuanto el vuelo tomó fuerza y despegó, desde las alturas aprecié el espacio donde estaba la casa que me vio crecer, la que compartí con mis hermanos antes de que cada uno se marchara y donde solía jugar con Irais, la ubicación del aeropuerto al oriente de la ciudad facilitó lo anterior. El Palacio de los Deportes se convirtió en algo similar a una pequeña esfera de unicel, los coches y las personas eran montones de hormigas en movimiento y el Metro de la ciudad, un pequeño gusano de acero que saltaba de la profundidad de la tierra. Entre más nos elevábamos observé las montañas y vi cómo el Popocatepetl deslumbraba a su hermosa mujer.

México ¡Hasta pronto!

Pasaron los primeros minutos del viaje, el avión comenzaba a estabilizarse en el aire y mi mente recordaba las palabras de todos aquellos que me despidieron y catalogaron mi decisión como un acto de valentía. “Pocas personas se atreven a dejar su estabilidad y empezar de cero en otro país”, decían.

Fueron siete años los que dediqué a mi trabajo anterior, mi primera oportunidad de empleo después de la universidad, la casa profesional que me vio crecer y aprender demasiado, donde el tiempo no corrió en vano porque con éste incrementaron mis capacidades y responsabilidades. De ser auxiliar en un equipo de comunicación, pasé a ser asistente, luego redactora y más tarde confiaron en

mi trabajo para impulsar un sitio web alternativo a la misma compañía sin el reconocimiento necesario en título y mucho menos en sueldo. En ese camino vi a muchas personas abandonar el barco porque encontraron un mejor puesto o sencillamente porque en palabras de ellos “estaban cansados de regalar su trabajo”. Yo continué hasta que mis ganas se apagaron cuando los huecos de mis compañeros fueron ocupados con personas con menor experiencia y mejor posición que la mía, donde mi deber era entrenarlos con la lejana esperanza de escalar en el organigrama del equipo editorial. Era injusto sí, todavía más si yo lo permitía.

“Hay vida después de esto”, decían mis ex compañeros de trabajo al lucir sonrientes por el placer que produce el cambio, aunque para ese momento hubieran pasado meses sin empleo o finalmente aceptaran una vacante que aunque no los convencía del todo les permitía regresar al ámbito laboral e impulsarse nuevamente. ¿Meses sin empleo? Era algo que no concebía hasta que firmé mi renuncia y me sentí libre en tiempo y espacio.

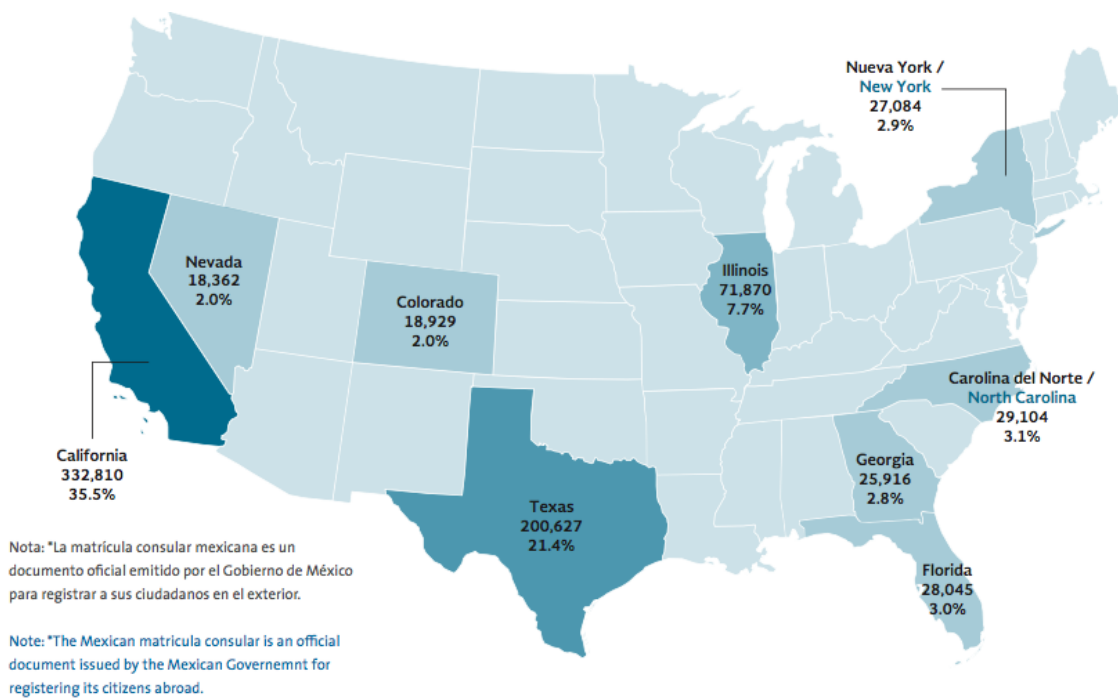
Con mi finiquito concluí mi relación con el banco, desocupé el departamento en el que vivía con Janice, vendí algunos de mis muebles y el resto lo trasladé a casa de mis padres. Disfruté ese cambio cuando la mañana del jueves 13 de agosto no esquivé a las personas que transitan por el Metro Hidalgo para checar a tiempo en el trabajo y dar los “buenos días” al portero; tampoco estuve sentada en la oficina frente a la computadora con mi café y *lunch* bajo la mesa y finalmente dejé de hacer lo cotidiano para marcar la diferencia en mi vida.

La Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo en 2015 dio a conocer que más de 638 mil personas abandonaron su fuente laboral hasta el primer trimestre del mismo año debido al estrés, condiciones laborales y bajos salarios; un año más tarde, en 2016, la cifra incrementó 10%.

Mentiría si no acepto que durante mi etapa laboral me convertí en una gran administradora e hice maravillas con un sueldo mensual que sólo pasó de 6 mil pesos más prestaciones como vales de despensa, bonos y caja de ahorro en 2008 a 8 mil pesos en 2015. Con éste y mi esfuerzo tuve la experiencia de vivir lejos de casa y de los brazos de papá, me gradué como una mujer independiente y responsable que no se olvidó de sus padres en provincia. Viajé, escribí, pinté, fui amante de las tardes de café en Coyoacán y de sus calles empedradas; me enamoré de divertidas y largas caminatas desde el Bosque de Chapultepec hasta el Centro Histórico de la ciudad, y como toda chica, era fanática de pintar mis ojos, arreglar mis uñas y mi largo cabello, además de envolverme en lindos vestidos cuando junto a mis amigas salíamos a conquistar la noche en un antro de la ciudad.

Mi estilo de vida no me desagradaba del todo, era normal para una chica treintañera. Pese al sueldo, me gustaba mi trabajo, retratar las calles de la ciudad de México y sus eventos a través de la escritura. Pero qué había del mañana, del futuro, de los proyectos que pasaban en mi mente; yo quería más que sólo vivir con los recursos que tenía y EU era la opción que abría paso a mi nueva aventura.

De acuerdo con el Consejo Nacional de la Población, BBVA Research y el Instituto de los Mexicanos en el Exterior, Texas es el segundo estado de la Unión Americana con la mayor concentración de personas de origen mexicano: poco más de 200 mil contra 332 mil registradas con matrícula consular en el estado de California; y por ello, con sus 696 mil 241 km², también ocupa el segundo lugar como el territorio donde más se habla español con 10 millones 351 mil hispanohablantes, según el Instituto Cervantes. Dallas es entonces el destino principal para migrantes no sólo por su cercanía relativa con México y sus lazos históricos, sino porque, de acuerdo con la revista *Forbes* en 2015, dicha ciudad ofrece el entorno ideal para que los hispanos prosperen y logren el anhelado “sueño americano”. Así que por suerte o mero destino, mi familia vivía ahí.



Fuente: BBVA Research y el Consejo Nacional de la Población, "Anuario de migración y remesas 2015".

Después de abordar el avión y limpiar mis ojos por las inevitables lágrimas de despedida, mi siguiente preocupación era qué respondería al oficial de la aduana en Texas al cuestionarme por qué no tenía un boleto que respaldara mi retorno a México. Días antes investigué que por algún medio ellos tienen conocimiento de eso, así que yo me preparaba para actuar lo más natural posible.

—*I'll return to Mexico by car with my family..., I'll return...* — repetía una y otra vez para grabármelo y que no existiera ninguna falla. De esta forma les haría entender que en los próximos días regresaría por carretera con mi familia y que mi estancia sería únicamente de una semana. Confiaba que los numerosos sellos de salida que coleccionaba mi pasaporte les brindarían confianza y me permitirían el paso.

Era de mi conocimiento que portar una visa y tener los pies en el aeropuerto estadounidense no significaban el pase directo al país; pues previo a la puerta de

salida los oficiales de migración cuestionan nuevamente el motivo de tu viaje, la estancia y los días que permanecerás en el país, si no los convences puedes ser retornado a tu lugar de origen.

Nunca antes me había preocupado por ello, a lo mucho en viajes anteriores me apuraba que me quitaran o tiraran los dulces y pan que mi mamá y mis tías destinaban para la familia que no podía regresar al país por su *estatus* migratorio. Para ellas, yo era la paquetería perfecta para hacer llegar su amor envuelto en papel de estraza.

En el avión repetí tantas veces la respuesta que daría a los gringos que el sueño me venció y lo que pensé que había sido un pestañeo se convirtió en las primeras dos horas de viaje. Cuando desperté el piloto anunciaba algo por las bocinas, por el tiempo recorrido pensé que faltaba escasa media hora para aterrizar y por ello estaba segura que ya nos encontrábamos en territorio estadounidense.

—¡Ahora sí mi México, ya te quedaste atrás! —dije mientras me reincorporaba en mi asiento y aprovechaba para ver a través de la ventanilla lo infinito del cielo y las nubes que lo adornaban. Muy por debajo se observaban algunas montañas bañadas de tinta café, hermosas por sus formas imperfectas.

Las azafatas por su parte se prepararon para el aterrizaje y empezaron su ir y venir a través del avión, revisaron que todos los asientos estuvieran en posición y a uno que otro le recordaron que debían recoger su mesa o dejar de utilizar sus equipos electrónicos.

Mientras descendíamos y cada vez más nos acercábamos a tierra o eran más visibles los coches, me preguntaba a dónde iban todas esas personas, en qué trabajaban, qué hacían de sus vidas y si en algún lugar, con alguno de ellos, encontraría una oportunidad de trabajo.

El paisaje era totalmente diferente al que me despidió, en lugar de monumentales edificios había grandes extensiones de áreas verdes y totalmente libres de construcción, sus avenidas o conocidos *freeways* se veían amplios y sus vehículos circulaban con tanta distancia que todo parecía estar en calma. El sol estaba radiante y justo encima de nosotros; eran las 12:40 de la tarde cuando el vibrar de la aeronave al aterrizar sacudió también mi corazón.

Reza un dicho mexicano que “no hay fecha que no se cumpla, ni plazo que no se venza”. Era el momento de la verdad y mis pequeños ojos café debían atestiguar que esta turista no pensaba quedarse y mucho menos lucrar con su permiso de estancia en el país.

Tras esperar un poco y prepararme para el sofocador clima veraniego en Estados Unidos, descendimos del avión. Supe por mis compañeros de vuelo que estábamos a 100 grados Fahrenheit o lo que significan 40 grados centígrados en México, un clima extremo para una ciudadina como yo que no salía de su oficina hasta caída la tarde.

Minutos después, mis pasos me llevaron hasta la aduana del aeropuerto, un punto temido por muchos porque es ahí donde te enfrentas al oficial americano, te hablan en inglés o si tienes suerte te toca alguno que sepa algo de español, registras tu ingreso y éste revisa tus documentos.

—*Hi lady! How are you?* —expresó el oficial con una sonrisa que intentaba calmar mis nervios.

—*Hello sir! I don't speak english very well but i'm fine, thanks!* —le respondí despacito para hacerle saber que no dominaba bien el idioma y haber si así dejaba de cuestionarme y sólo sellaba mi pasaporte para dejarme pasar.

“Calladita te ves más bonita”, me decía regularmente mi mamá y en esta ocasión quería hacerle caso.

—*How long you will vacation here?* —preguntó mientras pronunciaba marcadamente cada palabra como para que yo entendiera. “*Here*”, insistía al tiempo que recargaba los dedos de una mano sobre otra para que yo dedujera que hablaba del lugar, a la vez que escaneaba mi pasaporte y en acto seguido me pedía con señas colocarme frente a la cámara para tomar una fotografía y registrar las huellas de mis 10 dedos.

—*How? Vacation here?* —titubeante respondí—. *Oh! Ten days. Realy I need to return to Mexico for my work.* —añadí para asegurar que tendría que volver por motivos de trabajo aunque ya no tuviera tal.

Sí mi madre me escuchara seguramente me diría: “María nunca haces caso, te dije que calladita te ves más bonita”. Yo siempre he sido la más terca de sus hijos y quería explicarle todo al oficial. Éste afortunadamente quedó convencido, selló mi pasaporte y me entregó la última parte de mi declaración de aduanas.

—*Ok! Welcome to the USA.* —reafirmó.— Decidí no decir una palabra más y respondí con una mueca, tomé mi mochila y avancé; en los siguientes pasos apreté las bolitas de chaquira del collar que adornaba mi pecho y me alejé de ahí.

“Creo que ya la hiciste”, pensé. No tenía equipaje documentado así que me apresuré y seguí las indicaciones que me llevaron al filtro de aduanas donde sólo revisaron mi pasaporte. Ahí, noté que otras personas eran enviadas a un cuarto aparte donde checan minuciosamente su equipaje.

“*Exit*”, decía en la puerta que estaba frente a mí, pocos eran los pasos que me separaban de la salida que me llevaría a descubrir un mundo alejado de mi

tranquila y cómoda oficina para involucrarme en la acelerada vida ilegal de cualquier migrante en Estados Unidos. De nuevo era parte de las estadísticas que revelan los medios de comunicación y ahora me sumaba al 46% de las mujeres migrantes de las que habla la encuesta de Migración en la Frontera Norte de México en 2013; aquellas que dejan su lugar de origen por reunificación familiar, busca de trabajo, mejores condiciones económicas, laborales y profesionales y yo... yo casual y ligeramente encajaba en todas ellas.

WELCOME TO THE USA



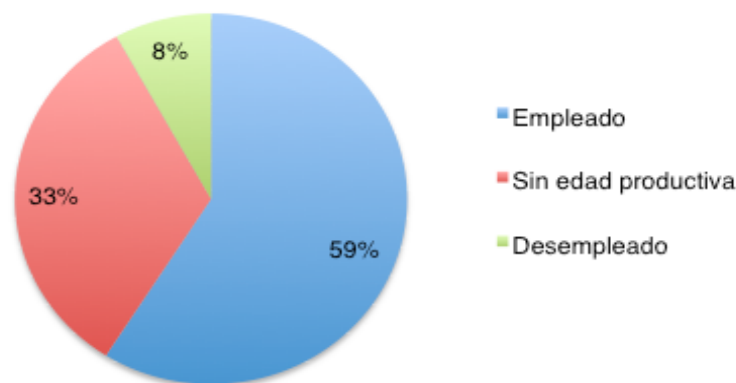
Vista panorámica del centro de Dallas, Texas. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

“Aquí estoy establecido en los Estados Unidos, 10 años pasaron ya en que crucé de mojado, papeles no he arreglado sigo siendo un ilegal”, reza la letra de la canción *La jaula de oro* de los populares Tigres del Norte, el grupo de música regional mexicana que se ha dedicado a cantar al pueblo y llevar entre sus composiciones lo que ellos llaman “la pura verdad” y no se equivocan...

Ése era el paisaje que me recibía. Jaime Cortés, inmigrante mexicano, que al igual que muchos vivía desde hace más de una década en la ciudad de los vaqueros de Dallas; la conocía tanto como si hubiera nacido aquí y a veces eso le hubiera gustado más, pero no; él nació en la Ciudad de México hace 34 años; culminó la secundaria y no se complicó mucho, dice, se dispuso a trabajar. Aún recuerda que antes de partir y abandonar su natal capital mexicana en 2002, recorrió en un fin de semana desde Xochimilco a Chapultepec y de Bellas Artes a la Basílica de Guadalupe para impregnarse de los lugares que “sabe Dios cuándo volvería a ver”, según cuenta. Lo hizo en transporte y a pie, no tenía carro, pero disfrutaba moverse libremente en Metro en una metrópoli que sentía tan suya. De eso hoy ya es historia, ahora no sólo tiene uno sino dos carros: un Nissan Altima 2015 plateado y un Toyota Camry 2010 azul que lo hacen padecer cada mes cuando tiene que pagar las mensualidades y seguros, solventa la renta de un departamento al norte de Dallas, se casó hace seis años sin la presencia de sus padres y ve por la educación de dos hijas que tampoco conocen a sus abuelos porque ellos viven en México; Nancy y Cinthya son unas pequeñas de cinco y siete años, respectivamente, que en palabras suyas, afortunadamente “nacieron aquí”. Pese a los años en territorio norteamericano no habla perfectamente inglés, “se da entender”, dice; sus hijas y esposa lo auxilian cuando es necesario. Asegura que en Estados Unidos el idioma es lo de menos cuando tienes fuerzas y ganas para trabajar si eres ilegal, y él lo hace en una distribuidora de partes de autos por las mañanas, limpia una escuela por las tardes y los sábados, junto con su esposa Érika, oriunda de Guerrero, se visten de blanco y negro para hacer galantería del dicho “pareces mesero” y lo son de un *staff* de eventos sociales; ella por su parte, a sus 33 años, tiene la agenda llena en el aseo de casas de lunes a viernes. Así es como se les va la vida, trabajo y más trabajo, mientras ven a sus hijas crecer y encuentran la oportunidad de volver, si es que antes no los devuelven.

“No es que no queramos volver”, menciona Jaime; “la gente piensa que estamos acá por gusto y no, es por necesidad”, añade Érika; aunque al final como todo “uno termina acostumbrándose a lo bueno, a lo mejor, ¡verdad!”, agrega él. A las oportunidades que no encuentran en México y hacer vida en un país que sienten ajeno.

Situación laboral de la población mexicana y de origen mexicano en EU



Fuente: Secretaría de Relaciones Exteriores, Estadística de la Población Mexicana en Estados Unidos, 2013.

“Mis hijas empiezan a hablar inglés”, detalla Jaime, como si el idioma de sus pequeñas les abrieran las puertas a un futuro mejor y tal vez sí; en México destacas si eres bilingüe y en EU también sobresales si sabes español o más idiomas; “pero el inglés es importante”, remarca nuestro entrevistado y coincide, es el lenguaje que lidera al mundo y a mí me hace batallar por entenderlo sólo un poco.

Entonces, “¿cuándo volverán?”, reitero mientras nos encontramos en la comodidad de su departamento marcado por el 1609 en la *Spring Valley* al norte de Dallas. Llegaríamos a éste tras recogerme del aeropuerto. No olvidamos la pregunta y ellos responden que les costó tanto entrar a EU que irse es una decisión difícil cuando estás en un país que te da todo, excepto la libertad de sentirte en casa. Lo harán, seguramente, cuando sus pequeñas alcancen la

mayoría de edad y probablemente el gobierno les otorgue la residencia americana. Aunque para eso no sólo falta más de una década, también se oponen propuestas como las hechas por el ahora presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, quien justo en el mes en que yo arribé al país, agosto del 2015, cuando aún era postulante a la candidatura republicana, se empeñó en idear leyes que anulan el derecho de adquirir la ciudadanía automática a los hijos de los migrantes y por ende ofrecerla a sus progenitores. En el programa “Reforma Inmigratoria que hará de Estados Unidos grande una vez más”, Trump rechaza la idea constitucional que dice que todas las personas nacidas o naturalizadas en EU son ciudadanos del estado en que residen.

De acuerdo con María Luz Rodríguez, politóloga y experta en migración, en su blog “Inmigración About.com”, más de 4.5 millones de menores ciudadanos en el país vecino del norte son hijos de padres indocumentados y al cumplir con la mayoría de edad (21 años), pueden apoyar la petición de residencia de sus progenitores. Aún así, y luego del endurecimiento de las políticas migratorias en 2017, esa misma cifra teme por la deportación de uno o ambos padres.

En temporada electoral también figuró el nombre de la esposa del ex presidente Bill Clinton, Hillary Clinton, como candidata del partido Demócrata rumbo a la silla presidencial estadounidense; la madre, abuela, ex senadora, ex secretaria de Estado, aficionada del traje sastre como se describe en sus redes sociales y protagonista del escándalo político más famoso en EU, era la primera mujer aspirante a la Casa Blanca que daba a los no legales una esperanza favorable sobre el tema migratorio y con miras a la ciudadanía, aunque en 2004 fue ella misma quien votó a favor de la construcción de un muro en la frontera sur del país anglosajón. La abogada rubia de Derechos Civiles aseguraba en su nuevo discurso que expulsar a los inmigrantes era “un acto contraproducente e inhumano”, que EU es una “nación de inmigrantes” y que son ellos, “los que hacen el trabajo duro” y participan en su construcción.

Lo sabía ella antes de que utilizara el tema como estandarte político, lo saben los gringos y los no tan gringos, lo sabe Donald Trump y también el otro Donald, el payasito de las hamburguesas que sí es querido y aprobado por los 57 millones de hispanos que habitan *Gringolandia* y su amiga de las colitas pelirrojas *Wendy's*, los personajes de comida rápida que desde siempre han sido testigos silenciosos de cómo los migrantes forman parte la fuerza laboral e intentan hablar inglés; los valientes, que a mis ojos, se camuflajan en el aeropuerto frente a los oficiales; que fruto de su trabajo hacen valer sus dólares en el supermercado y pese a los dimes y diretes políticos continúan escondidos bajo la sombra de su “nuevo hogar”.

Con todo y ello, el empresario de 70 años de edad y principal rival político de Hillary acentuaba sus chapas rosadas al afirmar ante el mundo que los “no legales”, principalmente mexicanos, son secuestradores, violadores y que además arrebatan el trabajo a los estadounidenses. Aseguraba también que gracias a ellos EU era una nación dividida que debía recuperarse de aquellos hombres que diariamente entregan su fuerza y entierran sus botas en el cemento para la construcción de alguna obra, como si sus pies fueran el cimiento de los emblemáticos edificios que adornan las postales de Dallas y el resto del país.

Un año más tarde, el 8 de noviembre de 2016, el temido magnate Donald Trump se convirtió en el presidente número 45 de los Estados Unidos y según información del FBI, la ola de intolerancia, racismo y crímenes de odio contra migrantes, hispanos, gays, musulmanes y personas de raza negra aumentaron. Nació la confusión y los medios de comunicación centraron su atención en temas como vetos migratorios, el muro fronterizo y las deportaciones que desde siempre han separado a familias latinas y que ahora tenían como principal objetivo a inmigrantes con antecedentes penales: “los malos”, los no tan malos o los que no debían nada, pero estaban a la vista de la policía norteamericana. Celebrities, representantes políticos y organizaciones como las Naciones Unidas se pronunciaron en contra de la nueva gestión del gobierno estadounidense donde

los migrantes tenían dos opciones: regresar por su cuenta a su país o trabajar hasta que el destino decidiera por ellos. Y así, migrantes mexicanos como Jaime y Érika optan desde siempre por la segunda opción. Vivir sin miedo.

“Lo único bueno que tiene Estados Unidos es trabajo mejor pagado, pero nada más”, cuenta el padre de Nancy y Cinthya, quienes junto a los *dreamers** fomentan el *espanglish*, las palabras en inglés y español que sí pueden fusionarse sin discriminación; tanto que la Real Academia Española adoptó la expresión en su vigesimotercera edición en 2014.

El *espanglis* es, de acuerdo con la lengua de Cervantes, la modalidad del habla de algunos grupos hispanos de Estados Unidos en los que se mezclan elementos léxicos y gramaticales del español y el inglés, aunque para niñas como las hijas de nuestro personaje sólo es una forma de expresarse.

Ellas “*nitaban* un vaso de agua”, “*nitaban* hacer la tarea” o hasta “*nitaban laquear* la *troca*” cuando querían decir que “necesitaban poner seguro a la camioneta”. Utilizan la palabra “*nitar*” para hacer referencia al verbo necesitar en español y *need* por su traducción al inglés.

Jaime, Érika y su familia, que también era la mía porque cuatro años antes de que yo naciera él llegó a los brazos de mamá, fueron la primera historia que me recibió en territorio estadounidense, el destino favorito de 40.4 millones de migrantes de todo el mundo, 33.7 de ellos mexicanos y 6 millones de connacionales sin documentos migratorios que buscan en aquella nación una oportunidad de vida y empleo; el sitio donde se cree que los sueños se hacen realidad o según cuentan, es más fácil alcanzarlos.

* Término en inglés que significa “soñadores” y hace referencia a los adolescentes indocumentados que llegaron a Estados Unidos siendo unos niños. Se calcula que de los 11 millones de mexicanos nativos que viven en la nación americana, más de un millón corresponde a este segmento de la población.

Para ellos, Estados Unidos es sencillamente trabajo, buena paga y solventar sus gastos con mejor calidad y a mayor velocidad que si lo hicieran en México. Con el paso de los días yo entendería lo que significa laborar ahí, pero hasta ese momento, en el departamento de Jaime y Érika continuaba en mi modo turista, con mi maleta ligera, el cabello impecable y un permiso de seis meses que me permitía estar legalmente en el país.



Jaime Cortés y su esposa Erika García. Foto: Especial.

¿Cuánto planeaba quedarme? Aún no lo tenía claro, estaba decidida a vivir una experiencia que me permitiera revelar los detalles de la vida laboral en Estados Unidos cuando ningún documento legal te respalda, a ser parte del grupo rechazado por el presidente neoyorkino que ve en las visas de turista otro flujo importante de personas que arriban al país para llevarse, según sus palabras, un poco del “dinero anglosajón”.

Y así, como dice la canción de los mismos hermanos Hernández o los internacionales Tigres del Norte: “De qué me sirve el dinero/ Si estoy como prisionero dentro de esta gran nación [...] Cuando me acuerdo hasta lloro/ Aunque la jaula sea de oro, no deja de ser prisión”.

Paso a paso. En busca de un nuevo empleo

“Tú estás en la gloria, cuando nosotros llegamos aquí la pasamos peor, pregúntale a ‘Jaimito’”, contó Gilberto Cortés al visitarme en el departamento de mi hermano en cuanto supo que había llegado al país, pues a diferencia de otras ocasiones, estaba ahí para conseguir empleo. Gil, como le digo yo, es mi primo.

Él llegó a Estados Unidos junto con Jaime hace 14 años cuando ambos tenían apenas 20. En aquel entonces, en 2002, pagaron 2 mil dólares por su pase a territorio norteamericano, mucho dinero y un gran ahorro para quien como ellos pertenecía a una clase social media o baja. En palabras suyas: “hoy los paisanos pagan hasta 70 mil pesos por cruzar al norte de forma ilegal”.

Sobre la travesía, rápidamente me cuenta que caminaron por el desierto, que lo hacían sin descanso por las noches para no ser vistos, que aprovechaban su paso por ranchos gringos para robar el agua de las vacas y mantenerse hidratados. Fueron nueve días los que tardaron en llegar y ya allá, cada uno fue acogido por algún familiar: “Lo primero fue llegar de arrimados y luego luego a conseguir chamba, ahorrar, pagar a quien te prestó la lana para el pasaje y después hacerte de tus cosas, un carro, por ejemplo, es básico; sí extrañas a la familia, pero poco a poco vas agarrando la onda”, remarca con su rescatado acento chilango. Él asegura que mi caso es diferente, que yo me ahorré la mala experiencia de cruzar como ilegal y bastaron dos horas y media para que un oficial me abriera las puertas del aeropuerto, no me juzga; dice que muchos como yo hacen lo mismo y específicamente conoce a uno, trabaja con él en el *sheetrock**. “Ellos tienen su carrera y velos aquí, trabajan como cualquiera de nosotros, están aquí porque les va mejor”. En los siguientes días me lo presentará.

* Concepto utilizado para referir el área de la construcción que tiene como base el uso de placas de yeso. Los paneles de ‘sheetrock’ hacen que la adición de las paredes sea un proceso relativamente fácil y rápido.



Aspecto del trabajo en construcción en que labora Gilberto Cortés. Foto: Jayro Camacho.

“Bebeto” como también es conocido por sus más allegados ahora vive solo, gana 14 dólares por hora, tiene su carrito y aunque luce con algunos rayones le sirve bastante bien para ir al trabajo, al supermercado y hasta “galanear” en sus noches de salsa. Creció en Atizapán de Zaragoza, Estado de México, el lugar donde “se baila y se goza”, y él es ejemplo de ello; por eso pule el piso al ritmo de salsa con los zapatos de cuero café que se compró en el centro comercial y baña en perfume su chaqueta negra. Sin embargo, a sus 34 años tiene un problema, su hermano Carlos, dos años mayor que él, me contará que en los siguientes meses lo ingresará a un centro de rehabilitación y tres meses bastarán para desintoxicarlo del alcohol. Gil sabe que es necesario y pondrá todo de su parte para su recuperación: “Yo ya tomé mucho e hice mucho desmadre”, confiesa.

Me cuenta que en 2010 fue deportado por manejar en estado de ebriedad y regresar a EU no sólo le costó 3 mil dólares de pasaje (mil dólares más que la vez anterior); pagó el terror psicológico que le causaron miembros del cártel del Golfo

cuando lo secuestraron, le robaron y lo encañonaron, dice que la policía mexicana entregó a su grupo a los narcotraficantes para cubrir la cuota por intentar pasar al norte. En 2014 saldó una factura más cara: su madre murió y su calidad de indocumentado no le permitió regresar a México para despedirla.

—¿Te arrepientes de emigrar a Estados Unidos?

—¡No! De lo único que puedo arrepentirme es de no estar ahí cuando lo de mi mamita, de no salir de este país, del tiempo que no estuve con ella— me responde con más seriedad y la tristeza que aún alberga en sus ojos.

—¿Te gusta Estados Unidos?— le cuestiono una vez más.

—Claro —Me responde sin titubear— vives mejor que en México—. Gil se refiere al dinero.

Después de la charla en la que también le cuento mi proyecto de encontrar historias, Gilberto me da su apoyo, dice que no me preocupe, que encontraré trabajo y podré ponerme en los zapatos de todos ellos, que todo valdrá la pena. Su cuñada Estela Cortés, esposa de Carlos, puede conseguirme empleo, aunque lo primero será cambiar de nombre.

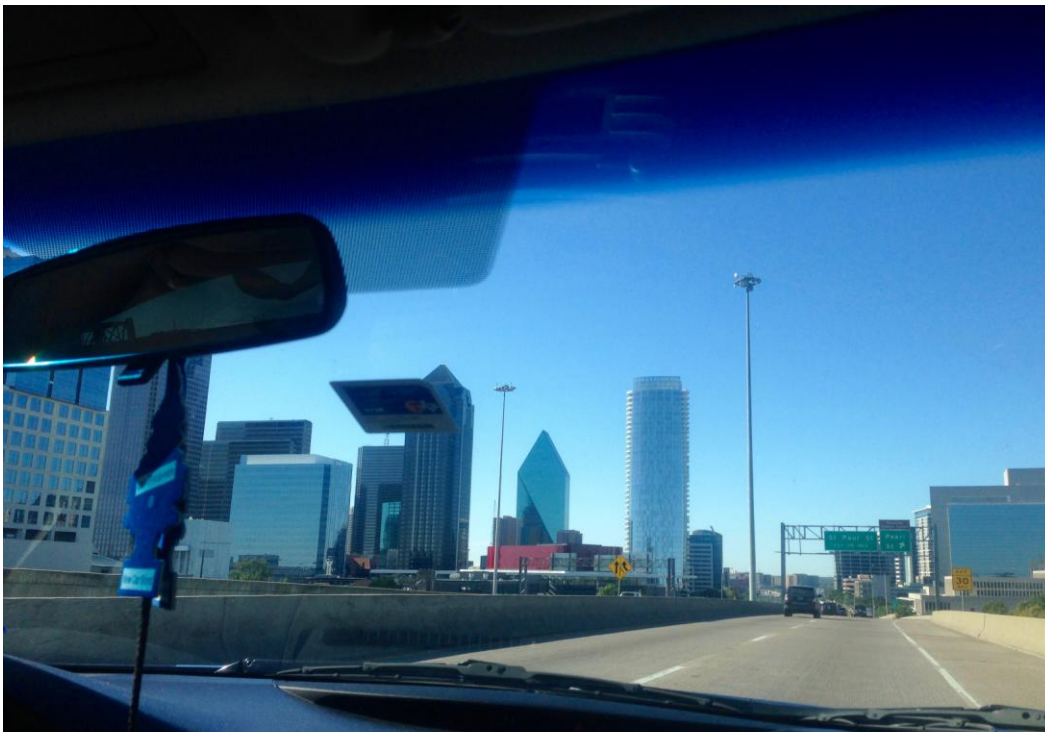
—Todos los que vienen aquí como tú, jamás dan su nombre verdadero porque les quitan su visa— me aconseja y ahí empezó la travesía

• Primera oportunidad: *sorry! Not english!*

Una semana después de haber arribado, un sábado por la mañana, el 22 de agosto para ser exactos, me enfundé en una playera sencilla y un poco desgastada, la llevaba justo para ocuparla en casos donde la elegancia no era prioridad; con los jeans guangos y el cabello en chongo, no había gota de maquillaje en mi rostro. Era el día en que pondría a prueba mi resistencia en el trabajo. Hasta ahí creía que ganar mis primeros dólares era cosa sencilla, de trabajar aunque no sabía a qué grado.

Érika, mi cuñada, la guerrerense que soñó en grande mientras dormía en una casita humilde en Iguala, el tercer municipio más poblado del estado y el lugar que atrajo la atención del mundo tras la desaparición de 43 estudiantes normalistas el 26 de septiembre de 2014 y que también responde a los apellidos García López, reconoce que del tema sabe poco, se remite a señalar que la violencia en México ha incrementado y que por ello de Iguala sólo tiene recuerdos, “ya nadie (de su familia) vive ahí, todos emigraron a Cuernavaca” por lo mismo y ella tiene la fortuna de radicar en EU, ganar 100 dólares al día cuando le va bien, manejar su propio auto, sacado de agencia, e ir de compras al centro comercial y a veces al que también llama “*mall* de los pobres”, las tiendas de ropa usada donde encuentra playeras *Aeropostale* en tres dólares y sudaderas *Abercrombie* hasta en siete dólares y en buen estado. Desde que llegó a EU es amante de las margaritas, la comida italiana, la ropa y los artículos de marca que conoce en las casas de sus patronas. La madre de Nancy y Cinthya, la esposa de Jaime, la mujer que se preocupa por estudiar inglés porque sabe que es necesario y bajo sus nuevos tenis *Sneakers* y maquillaje *Sephora*, guarda a aquella niña convertida en mujer que sueña en grande. Érika, después de todo, fue quien se encargó de darme mi primera oportunidad de empleo.

Eran las 10 de la mañana cuando nos dirigimos al Nissan Altima 2015 en color plateado que recién había estrenado. En sus manos una aspiradora y en las mías una cubeta con *mapeadores* como dicen los mal llamados *pochos** a los trapos o mechudos que utilizamos para trapear; llevamos también sacudidores y líquidos para limpiar vidrios y pisos. Ser trabajadora independiente le permite a Érika armar su propio horario, acomodar su agenda, descansar sólo si es necesario y tener sus pagos libres de impuestos. Ella, como 55% de los “paisanos” en EU, según la Secretaría de Relaciones Exteriores en 2016, no tiene seguro médico, no es parte de ningún sindicato y laboralmente nada la ampara; así que como buena creyente todos los días se encomienda a Dios cuando en su auto cruza la reja de salida.



Aspecto carretero de la autopista que cruza el centro de Dallas, Texas. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

* Palabra erróneamente utilizada para nombrar a los mexicanos nacidos o crecidos en Estados Unidos que presentan dificultad para hablar el castellano con fluidez y utilizan palabras o modismos del idioma inglés para expresarse al español.

En el trayecto me contó que regularmente limpia una casa por día y que por éstas cobra entre 70 y 120 dólares, depende del tamaño, que la paga es buena, que le da tiempo perfecto para asearla a detalle y regresar antes de que sus pequeñas salgan del colegio; que es pesado ser trabajadora doméstica, pero te acostumbras; que tiene patrones que han sido muy buenos con ella, que uno de ellos le envió a su domicilio 100 dólares por su cumpleaños y que la acompañaron en su boda; cuenta que también hay otros con los que casi no habla, sin embargo, eso no importa mientras la “chamba” no falte.

Al llegar al domicilio Érika actuó con naturalidad, se bajó del auto, caminó a la cajuela y bajó cada uno de los artículos que servirían para dejar el mismo totalmente limpio. Se movía con tanta tranquilidad como leona que domina su territorio. Minutos después, un señor con la típica imagen de un gringo de esos que salen en las series de televisión: calvo y de pocos pelos rubios, con bermuda, playera tipo polo, tenis blancos *Nike*, calcetines del mismo color a las rodillas y una gorra como accesorio se acercó a nosotras para explicarnos en inglés, y lo supe más tarde, que los dueños de la casa no estaban y debíamos dejar las llaves con él luego de terminar el servicio:

—*When you finish you...* —dijo refiriéndose a mí, mientras que el nerviosismo y mi cara de “¿*what?*” fueron evidentes.

—*She don't speak english* —intervino Erika para explicarle que yo no hablaba inglés. Me aguanté la vergüenza y sonreí para relajar el momento. Suponía entonces que la sonrisa era universal y él podría entender mi pena.

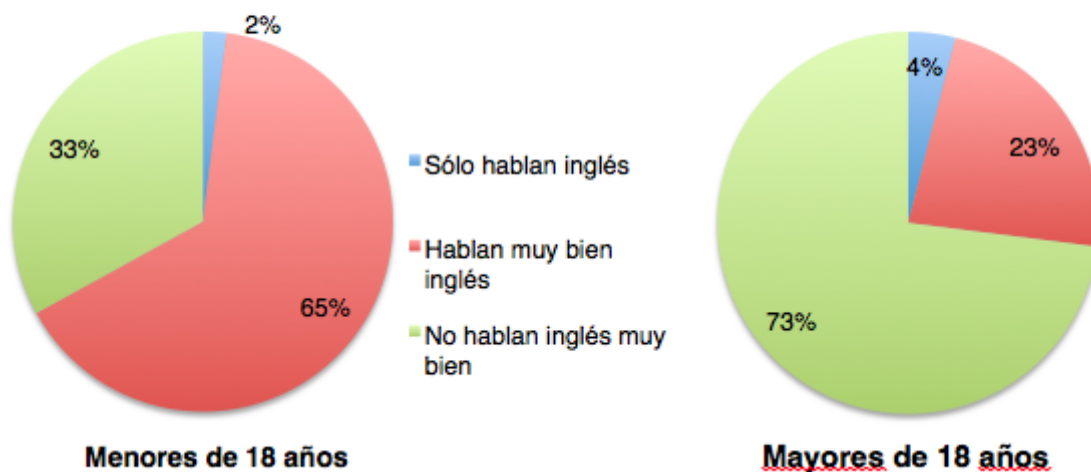
—*Oh! Sorry! Just I wanted to say that you can return the keys in my house* —reiteró el vecino mientras ella me repetía en español que debíamos devolver las llaves con él al terminar la limpieza.

— *Oh! Ok! We can do it. Don't worry!* —Continuó para hacerle saber que haríamos lo dicho por él y no debía preocuparse.

Definitivamente mi cuñada era muy modesta al asegurar que no dominaba el idioma porque su conversación fue bastante fluida.

La encuesta denominada “Lo que se necesita para ser uno de nosotros”, hecha por el Centro de Investigación Pew en febrero de 2017, arrojó que 70% de las personas consultadas en EU considera el idioma como parte fundamental para ser considerado estadounidense, algo que la mayoría de los migrantes (de diferentes nacionalidades) cumple. Más de la mitad intenta dominar el idioma norteamericano, aunque no lo logren perfectamente.

Idioma hablado en el hogar por la población mexicana y de origen mexicano en EU



Fuente: Secretaría de Relaciones Exteriores, Estadística de la Población Mexicana en Estados Unidos, 2013

“Falta de costumbre”, comentó Érika cuando ya nos encontrábamos solas. “Sólo tienes que educar tu oído para captar lo que te dicen y no ponerte nerviosa”,

detalló mientras me daba un mechudo y algunos trapos para limpiar. En el domicilio de tres recámaras con alfombra, oficina con piso de madera, sala con chimenea de piedra, comedor, cocina y lavandería, mi enmienda fue sacudir y barrer. Ella hizo el resto.

Supe por la guerrerense de cuerpo menudito y cabello teñido en rojo a los hombros que los dueños de la casa se encontraban de viaje, que el señor era abogado y no le gustaba que tocaran los papeles de su escritorio; que lo más complicado de la limpieza eran los vidrios de su baño y colocar la funda de la colcha de la cama, en ese último detalle podría tardarse hasta 20 minutos cuando iba sola. Con el paso de los meses sabría que los estadounidenses acostumbran poner fundas protectoras al colchón además de las sábanas y los edredones, que algunas parejas unen camas individuales para aparentar una matrimonial aunque cada uno duerma por su lado, que la mayoría de los baños tienen grandes espejos y vidrios que van del techo al suelo en las regaderas, que todos tienen una báscula en el baño como una biblia en su recámara, que en su alacena siempre hay refrescos, harinas y frutos secos, que son amantes de los animales y las paredes de sus casas están tapizadas con cuadros familiares y frases como: “Sueña hasta que tu sueño se haga realidad”; “Familia es donde la vida empieza y el amor no termina” o “Una casa está hecha de amor y sueños”.

Fueron cuatro horas las que tardamos en salir de aquella casa y en punto de las 3:30 de la tarde nos dirigimos a un segundo domicilio; ahí, no fue necesario que nadie nos abriera porque Érika tenía la confianza de los dueños para quedarse con las llaves e ingresar para hacer la limpieza. Era un inmueble más grande que el primero, de dos pisos, con alfombra en el segundo nivel, sala de música, tres recámaras, cuarto de tele, comedor, antecomedor, cocina, baño de servicio, chimenea y jardín con alberca. Dedicamos poco más de dos horas en ir y venir de un extremo a otro, en subir y bajar escaleras, envueltas en trapos sucios, detergentes y limpiadores para que ningún detalle faltara. Naturalmente me sentía en un oficio que no era el mío, pero por el que recibí 70 dólares al terminar el día;

mil pesos por casi siete horas de trabajo, cuatro veces más de mi pago en México con una carrera terminada y en la redacción del periódico. El cansancio era evidente; sin embargo, valió la pena.

• Segunda oportunidad: no tengo papeles

“Solo voy con mi pena/ Sola va mi condena,
Correr es mi destino/ Para burlar la ley [...]”.

Clandestino, Manu Chao.

El Instituto de los Mexicanos en el Exterior, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, informó en 2016 que en Estados Unidos más de la mitad de los 11.5 millones de migrantes mexicanos no cuenta con papeles migratorios, es decir, 6 millones no tienen documentos oficiales que les permitan permanecer en el país y mucho menos laborar legalmente. Aún así, hay 136 millones de personas ocupadas en EU y de ellos, 5.8 millones son mexicanos, lo que equivale a 4.3% de la fuerza total de trabajo y 28% de la fuerza laboral migrante.

¿Dónde podría encontrar trabajo? Había pasado media semana luego de que Érika me diera mi primera oportunidad de empleo, era miércoles 26 de agosto del 2015 y de los 70 dólares que había obtenido ya sólo restaban 30. Era real cuando me contaban que “así como ganas, gastas”, y el costo de cualquier “gustito” tiene un precio tremendo si lo conviertes a pesos: cacahuates de tres dólares o 48 pesos y hasta los famosos *chetos* torciditos anaranjados podrían estimarse en 65 pesos o cuatro dólares en el “Siete”, como humildemente le dicen los latinos o *Seven-Eleven* como le llamamos quienes creemos ser bilingües.

En los intentos por emplearme, llamé desde casa a una fábrica empacadora de papel y a grupos de limpieza que asisten oficinas sin tener un golpe de suerte; en el primero solicitaban documentos legales y el segundo se encontraba lejos del departamento donde vivía, y yo debía encontrar un trabajo que también se ajustara a los horarios de mi familia, ya que ellos se harían cargo de mi traslado. Hasta ahí la situación se tornaba complicada, trabajar en EU no era tan fácil como creía.

“Tener papeles” significa contar con una identificación del gobierno estadounidense: la famosa ID o tarjeta de residente (Green Card o tarjeta verde) y un seguro médico. “Pero eso sólo lo tienen los residentes y los ciudadanos, los nacidos aquí”, contó Jaime; “los ilegales como nosotros muchas veces usamos papeles falsos”, agregó. Cuestioné si las personas que los contratan no se dan cuenta de que no tienen validez y afirmó que ellos siempre lo saben y no hay problema. “Si lo hubiera desde el inicio te dicen que requieren papeles buenos y ya”, aunque añadió que hay casos en que los empleadores te denuncian. Alguna vez él y su esposa presentaron papeles “chuecos” en la renta de un departamento y resultó que el número de seguro tenía récord por robo, pertenecía a un señor y no les dieron el arrendamiento. “Buscamos por otro lado con la misma tarjeta, jamás nos quedamos sin casa”, agregó.



Imagen ejemplificativa de la tarjeta de residente o *Green card* y seguro médico. Foto: Especial.

Luego de la charla, aquella mañana salí del departamento en la *Spring Valley* y me dispuse a caminar entre las calles en busca de que los comercios más cercanos estuvieran marcados en sus ventanas y puertas con la frase: “*Now Hiring*” o “Estamos contratando”.

“Perdido en el corazón de la grande *Babylon*”, como evoca el cantante francés Manu Chao en la letra de su obra *Clandestino*, a mí se me ocurría que laborar cerca de casa sería la opción para emplearme sin preocuparme por el *raite*.

Y así, sin cartas de presentación o currículum que avalara mi experiencia y grado académico, recorrí dos largas avenidas y avancé cerca de 20 minutos para tocar las puertas de un *Taco Bell* y luego un *Jack in the Box*, establecimientos de comida rápida, en los que me aventuré a cuestionar en español cuáles eran los requisitos de contratación, no sin antes confirmar si lo hablaban con mi infalible: “*Do you speack spanish?*”. Afortunadamente sí. En el primero tenía que llenar la solicitud vía web y en el segundo entrevistarme con el *manager* que para variar no se encontraba. En el *Jack* me explicaron que existen tres horarios que cubren 24 horas de servicio, dos días de descanso (generalmente entre semana) y una paga de 7.50 dólares la hora para empezar. Era el salario mínimo.

En el artículo “Datos sobre inmigración”, la politóloga María Luz Rodríguez informó que desde julio de 2009, el gobierno federal de Estados Unidos fijó el salario mínimo en 7.25 dólares la hora; sin embargo, éste varía en algunos estados y alcanza hasta los 10 dólares como en el caso de California. En Texas, por su parte, aunque es el estado con mayor potencial de crecimiento para los migrantes, prevalece el pago mínimo de 7.25 dólares por 60 minutos de trabajo. Cabe señalar que en México, el mínimo apenas alcanzó los 80.01 pesos al día en 2017.

Tras la respuesta de aquel joven de escasos 25 años, regresé a las calles en busca de otro letrero que significara una nueva oportunidad; pero nada. Delante de mí, nadie, y detrás de mí, tampoco; era la única valiente que se atrevía a caminar bajo los imponentes rayos del sol del mediodía; la única que parecía hablar sola aunque en realidad hacía cuentas de cuánto equivalían 7.50 dólares en un tiempo de 10 horas; la mujer que se atrevió a dejar su oficina para sumergirse en el desempleo estadounidense. Ciertamente, estar en Estados Unidos no significa llegar y “hacer” dinero como muchos imaginan. Regresé a casa.

[...] “Pa’ una ciudad del norte yo me fui a trabajar/ Mi vida va prohibida/ Dice la autoridad” [...]

A la mañana siguiente, la cuñada de “Bebeto”, quien también era prima de Érika, llamó para darme un momento de esperanza:

Estela García tenía un amigo que estaba al frente de la contratación de personal para el aseo de un hospital y en esta ocasión necesitaba completar el equipo del turno matutino. En su afán de ayudarme, la también guerrerense de 37 años de edad, pasó por mí esa misma tarde y me llevó a mi primera entrevista oficial. En el condado de Garland me presentó con Marlon, un mexicano con residencia estadounidense, que tenía toda la intención de contratarme. Él sabía que había llegado al país con visa de turista, “una situación muy común aquí (en Estados Unidos)”, dijo, y que por ello, él me daría la facilidad de regresar a México a registrar mi entrada y volver si así lo decidía. Mi pago sería de nueve dólares por hora en un horario de 7 am a 2 pm; tenía que presentar mis documentos, falsos por supuesto, y cambiar de nombre para no involucrar mis datos oficiales. El trabajo era casi mío hasta que cuestionó: “¿Sabes inglés?”, y el ánimo en mi rostro cambió por completo, “muy poco”, respondí. Le dije que no entablaba conversaciones y él reconoció que para el puesto era indispensable; prometió hacer lo posible por colocarme en un grupo que hablara español. Cuatro días más

tarde confirmó que no lo logró. Tenis nuevos y un pantalón color caqui, que probablemente usaría como parte del uniforme de intendencia, se guardaron en el clóset durante mi estancia en Estados Unidos.

¿Cuál era la labor que realizaría en el nosocomio? Estaría en coordinación con el equipo de limpieza a través de un wokitoki para asear los edificios del mismo, sacar la basura y llevar las sábanas a la lavandería. Eso era todo.

“[...] Soy una raya en el mar/ Fantasma en la ciudad,
 Mi vida va prohibida, dice la autoridad
 [...] Mano negra... Clandestina
 Peruano... Clandestino
 Africano... Clandestino [...]”

Yo agregaría: Mexicano, ilegal.

• **La tercera es la vencida: doble personalidad**

Uno no se imagina las cosas que es capaz de hacer hasta que te ves haciéndolas. Por recomendación, Jaime me llevó a una modesta unidad habitacional en el centro de Dallas, conocidos de mi hermano aseguraban que ahí encontraríamos a quien de manera irregular expende la ID y tarjeta de seguro que necesitaba como requisito para trabajar.

Era sábado 29 de agosto cuando nos introducimos a la unidad departamental, compuesta por tres edificios de dos niveles que formaban una escuadra y en su centro, un jardín con pequeños juegos que aún entretenían más

que un Ipad o un celular a pequeños de hasta nueve años de edad. Estaba poblado por familias latinas, lo supuse porque desde una puerta una mujer gritaba a un tal Paquito que se metiera; en la esquina, justo en la salida al estacionamiento, un par de borrachitos disfrutaban del sol y sus cervezas heladas. Hasta ahí y ante cualquier ojo, ése era el cuadro perfecto de alguna vecindad mexicana, y es que dicen los que viven ahí que “aunque las puertas estén cerradas, los ojos de todas y todos están en sus ventanas”.

Alex, es la persona a quien nos dirigimos.

Alto, blanco y con acento norteco nos recibió junto a su esposa en la planta baja de su domicilio. “¿Quién nos había recomendado?” Y “¿cuál era el motivo de nuestra visita?”, fueron las preguntas que hizo antes de permitirnos entrar. “Un camarada”, respondió Jaime y “necesitamos una ‘mica’ y número de seguro para mi hermana”, añadió como respuestas. Si bien Alex forma parte de una mafia, de esos que ofrecen los famosos documentos en las calles, ya entrados en confianza y en la otra cara de la moneda, reveló que es padre de dos niños y la construcción, su principal empleo. Su trabajo como parte de la organización además de hacer sentir a cualquiera como ciudadano o residente norteamericano, consistía sólo en recabar información del cliente y tomar la fotografía tipo credencial. El costo total por los documentos falsos era de 100 dólares, 60 por la identificación de residente o también llamada “mica” y 40 por la tarjeta de seguro.

— ¿Va a querer las dos?— preguntó llamándome de usted y yo asentí con la cabeza.

La cámara de su celular, un Iphone por supuesto, y la pared blanca de su sala fueron suficiente material para tomar la imagen en la que naturalmente no me preocupé por el peinado o sonreír siquiera un poco, es más, fingí una mueca; no quería ser yo la que apareciera en aquella fotografía si algún oficial encontrara la credencial conmigo; temía que aquel rostro fuera vinculado con mi visa, de esta

manera me despediría de ésta para siempre. Falsificación de documentos oficiales, sería el cargo más importante.

Alex, quien vestía pantalón de mezclilla claro y camiseta blanca, captó mi tímida expresión en un segundo y en acto seguido solicitó el nombre que llevarían los documentos y una fecha de nacimiento; “la que sea, no importa”, aseguró. Él se encargaría de inventar los nueve dígitos que comprenden la tarjeta del seguro.

“¿Otro nombre?”, expresé en voz alta. Renata, Lucía, Fernanda y Fátima brillaron por su ausencia. Siempre las mencionaba cuando me preguntaban por alguno diferente al mío, pero en ese momento nada, mi mente se quedó en blanco o sencillamente se negaba a ser llamada de otra manera que no fuera Mary. Y ahí se me ocurrió: “Mary-Maricela”, exclamé, “podría llamarme Maricela”, repetí. Creía que de esa forma me llamarían “Mary”, como siempre, como mi familia y mis más allegados me conocen.

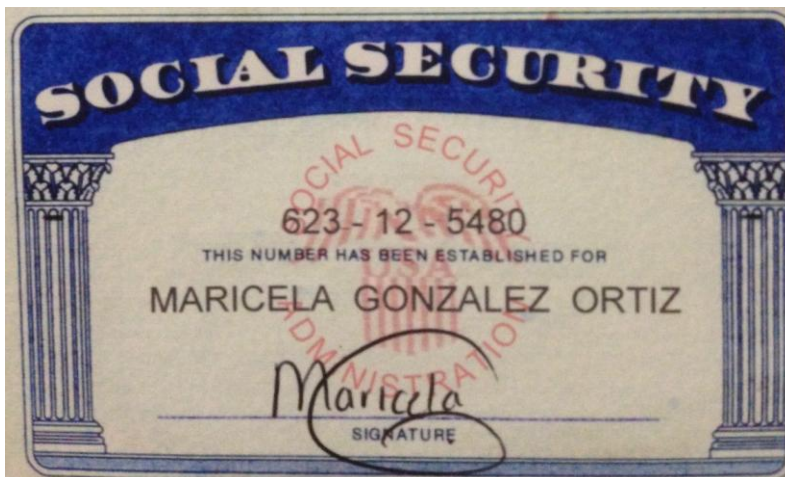
“¿Maricela qué?”, cuestionó. Ahora tenía que creer que pertenecí a la cuna de otros padres, a los brazos de otros hermanos y a las reglas de otras costumbres. Pensé en los González. Aydé, la chaparrita de ojos y risos negros que conocí en la preparatoria cuando apenas teníamos 15, llevaba ese apellido y solía decirme que su familia estaba formada por personas valientes y de carácter fuerte. Haber llegado hasta ahí, sin duda, me hacía sentir uno de ellos. Sin pensar demasiado, agregué Ortiz.

Y fue así como aquella tarde de sábado se diseñó a Maricela González-Ortiz; con mi rostro y no con mi pasado. La tarjeta diría que aquella nueva mujer u homónimo de otra en alguna parte del mundo nació el 1 de agosto de 1986, tendríamos la misma edad, jamás la misma historia. Sería desde entonces la del nombre raro para los gringos que pronuncian demasiado la “r”; “*Marrrr-i-cela*”, escucharía en los siguientes meses.

Jaime y yo nos despedimos de Alex, no sin antes acordar que al día siguiente recogeríamos los documentos que son el pase de miles de migrantes para conseguir un empleo o realizar algún otro trámite. Cerramos la puerta y dejamos a Alex en la guarida que no sólo habita él y su familia, también la necesidad de generar un ingreso extra a costa de un delito federal.

En Estados Unidos la venta de documentos falsos es una práctica común que está penada con tres o hasta ocho años de cárcel, y en la mayoría de los casos culmina con la deportación de quien los use o porte. La Oficina de Ciudadanía y Servicios de Inmigración dio a conocer que el delito se convirtió en 2005 en una *felonía** de clase tres, que castiga a quien los falsifica y utiliza la identidad de otra persona para conseguir empleo.

Una semana después, luego de quedarme sin opción de empleo, bajo el nombre de Maricela González encontré otro que no sólo estaba a cinco minutos en auto del departamento



que me acogía, aprobaron mis documentos aunque

Aspecto de la tarjeta de seguro médico a nombre de Maricela González Ortiz. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

ellos sabían que eran falsos, estaría a bordo de un auto sin necesidad de manejar, descansarían los fines de semana y mi cheque sería de 350, 400 o hasta 500 dólares a la semana según la productividad. Me presenté a laborar el lunes 31 de agosto, no sin antes pasar los días de prueba. ¿De qué se trataba?

* Felonía: Estados Unidos se utiliza dicha palabra para hacer referencia al término legal que significa deslealtad y traición.

Un día en la vida ilegal de Maricela González

Son las seis de la mañana, el despertador vibra sobre el colchón en que estoy recostada, apenas y lo escucho y entre el sueño lo apago y pido cinco minutos más. Debo estar arriba a las 6:30 am. Desde hace casi tres meses el cansancio ha sido tal que prefiero ponerlo media hora antes para no ser vencida por Morfeo. Me envuelvo una vez más en mis cobijas y aún así resiento el fresco amanecer que pasa por el hueco que hay entre el piso y la puerta, y la pared y las ventanas; los minutos se hacen segundos y dormitar se convierte en parpadeos.

Desde que llegué a Estados Unidos la sala de mi hermano Jaime en el 1601 de la *Spring Valley*, al norte de Dallas, hace lo mismo que mi recámara por las noches y su clóset de servicio es ahora mi guardarropa; ahí está la maleta morada con la que arribé, y en su bolsa más pequeña, la visa que como a mí también permite la entrada a 74.8 millones de turistas al año en EU, según dictó la Organización Mundial del Turismo en su edición 2015. Hay algunos pantalones, vestidos, sudaderas y zapatos que ya he comprado y en un gancho, a la mano, el uniforme azul con rosa que visto desde finales de agosto; debajo de ellos, los tenis que como dijera aquí, empleo también para el “jale”.

Por fin consigo despertar y es un pesar siquiera recargarme sobre una mano para despegar mi cuerpo del cómodo colchón que se encuentra sobre la alfombra. El dolor se desplaza de los huesos de los dedos a la palma de la mano y luego a la muñeca, sigue y no se detiene hasta llegar a los brazos. Me pongo de pie, muevo del torso, el cuello y la cabeza, y todo truena dentro de mí como un llamado a mis músculos para iniciar un nuevo día. Diez pasos son necesarios para ponerme frente al armario y tomar el uniforme de la compañía, hace frío, ya es noviembre, así que me cercioro de llevar algo calentito debajo del mismo y me dirijo al baño en tres pasos más.

Luego de ducharme y cambiarme, me encuentro en el espejo tan diferente a la chica que a principios de año se alistaba para ir a su oficina en la Ciudad de México. Hoy visto un pantalón azul, el mismo que repito dos o tres veces por semana porque sólo tengo dos cambios de éste, y uso una camisa rosa bordada con la leyenda “*Molly Maid*”. Sí, ahora trabajo para una compañía cuyo nombre al español se traduce sencillamente como “sirvienta”. Sujeto perfectamente mis ténis, hace días que no hago cambio de aretes, ni me preocupo por combinarlos, luzco unos plateados que compré a un artesano mexicano antes de venir aquí y cepillo mi pelo, lo dejo suelto y permito que se seque solo. Estoy casi lista, mi cuñada despertará en unos minutos y ocupará el baño para asistir a las niñas que deben estar en el colegio antes de las 8 am para luego darme *raite* a mí.



Uniforme oficial de la compañía de limpieza *Molly Maid*. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

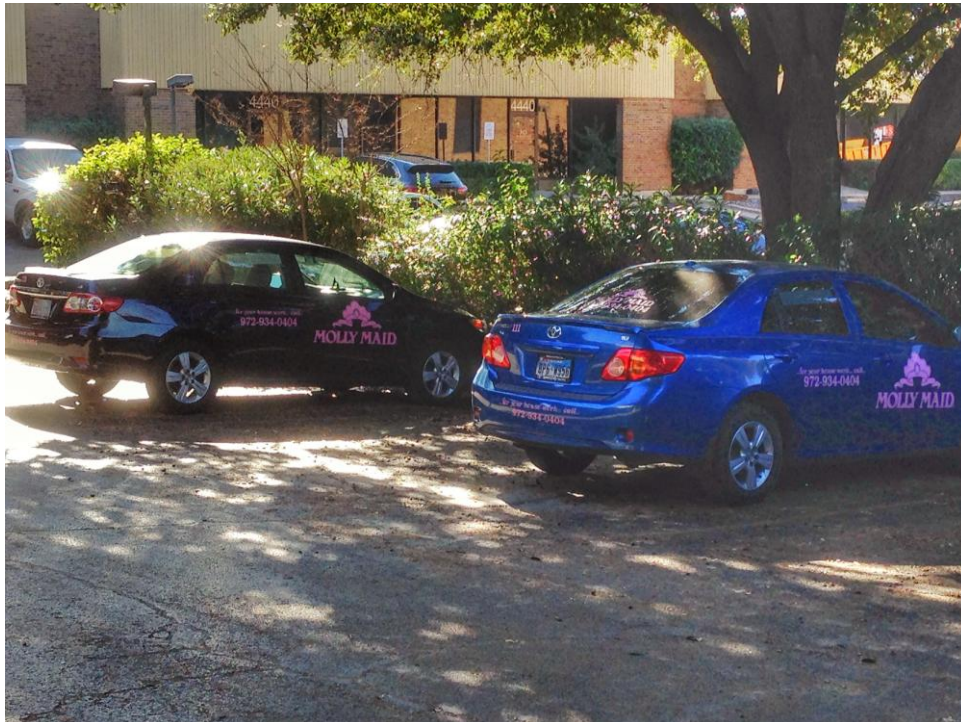
Me adelanto a la cocina, abro el refrigerador y lo noto tan lleno de todo, hay jugos, carnes, quesos, jamón, tocino, yogurts, fruta y leche; me preparo un sándwich de pavo y café para desayunar que saben a los 80 dólares con los que coopero para el gasto de la despensa cada semana. No me entretengo y también

alisto el *lunch* para el mediodía, desde que probé los burritos en una de las franquicias de “Chipotle” no supero la mezcla de arroz, frijoles, lechuga, queso y aderezo. Prosigo a guardar todo en la bolsa rosa que compré en esas tiendas de segunda por tres dólares, es enorme y además de fungir como mi lonchera, guardo en ella el mandil que me proporcionó la empresa y que para variar también lleva bordado su nombre; va la faja que protege mi espalda, mi maquillaje y la cartera que contiene algunos billetes verdes y monedas que aún me confunden en su valor: coras, penis y *diamonds*, yo sólo entendía que cuatro monedas grandes hacían un dólar y el resto servía para llenar botecitos que más tarde canjearía por billetes.

Nancy y Cinthya por fin están listas, han superado una vez más los jalones del cepillo por llevar un peinado tan apretado que hace que los extremos de sus ojos se alarguen en dirección a sus orejas; ellas desayunan en el colegio así que sólo toman sus mochilas y loncheras; su mamá insiste en colocarles un gorro y todas corremos al auto que ya nos espera encendido. Érika debe apurarse para volver, arreglarse e irse a trabajar. Todos los días ella va apresurada de la casa al colegio, de éste a mi empleo y luego a la casa; vuelve a correr a su labor del día y regresa entrada la tarde por las niñas a la escuela, a veces retorna a su trabajo con todo y ellas. Así es la vida aquí.

Luego de dejar a las niñas en la puerta del colegio, me despido de Érika y bajo del auto para dirigirme a la oficina de *Molly Maid*; en el *parqueadero*, como le dicen al estacionamiento, hay cerca de 15 vehículos de la compañía, todos estampados con el clásico gorrito que caracteriza al personal de limpieza como si fuese la corona de la reina del hogar. Un tono rosa para enfatizar el poder femenino llama la atención. Acelero el paso y abro la puerta de cristal, son las 8:05 am según el reloj que adorna la pared, debí checar a las 8 en punto, sin embargo, aún es buena hora, busco mi nombre para firmar y lo encuentro en la letra G, está en orden alfabético y dice: González-Ortiz Maricela, ahora esa también soy yo,

más adelante agrego una firma o garabato que inventé como parte de los requisitos de adoptar una doble personalidad.



Estacionamiento de las oficinas de *Molly Maid*. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

“*Good morning!*” digo a todas y ellas responden igual. Y es que aunque la mayoría habla español, saludarnos así es tan natural como decirnos ¡Hola!

Detrás de mi llega una, luego otra y todas se suman a las que ya esperan dentro de uno de los cinco centros de concentración de *Molly Maid* que existen en Dallas, y que se encargan de dejar más que limpio todo el *Metroplex*, como denominan al área metropolitana que conforma el norte de Texas. Y así, en un desfile matutino arriban cerca de 30 mujeres que pese a su uniforme no dejan de ser glamurosas, coquetas y otras más discretas; todas van de rosa y azul, llevan su pelo suelto o peinado en una cola, recién alaciado o decorado con alguna cinta en la cabeza; masajean sus manos con crema y de éstas resaltan sus uñas decoradas mientras preparan café; pasean con pantalones y licras ajustadas, al tiempo que otras acomodan las rodilleras que parece llevarán a la guerra; figuran

labios en tono carmesí o los que apenas tienen un toque de brillo. Hacen un festín de fragancias con olores frutales, florales, dulces y otros más concentrados que marean a quien pasa a su lado. Y es que “la actitud y la presentación cuenta”, dice una de ellas y yo agrego: “es que somos mujeres”. Madres, hijas, hermanas y abuelas de todos los tamaños y colores; ellas cuentan aquí lo que en casa no pueden, con su adoptado acento norteco hablan del marido que les prepara la cena, del divorcio de una de ellas, del número de tanda en que van, del catalogo de Avón (lo pronuncian *eivon*), de la dieta, del *babyshower* de otra, de los problemas de sus hijas adolescentes, del novio joven que tienen y de los achaques que las aquejan. Altas, bajitas, morenas, rubias, negras y trigueñas. De todas ellas, yo sólo espero a que arribe mi compañera Laura, una ciudadana estadounidense de 43 años de edad que con orgullo presume ser mexicana, nació en Sonora y creció en Texas. Ella es mi *parner* o compañera de equipo desde hace dos meses.

Molly Maid es una compañía de servicio profesional de limpieza que asiste zonas residenciales y oficinas. Cerca de siete, ocho, nueve o hasta 11 horas de trabajo al día son suficientes para que un equipo de dos personas se traslade en la ciudad y haga el aseo de tres o hasta cinco domicilios por día.

La Oficina del Censo Estadounidense reveló que hay actualmente más de dos millones de personas dedicadas al servicio doméstico en el país y es probable que la cifra real sea significativamente mayor. Por su parte, el Sindicato Internacional de Empleados de Servicios (SEIU) asegura que 90% de los trabajadores del hogar son mujeres inmigrantes y uno de cada cuatro es cabeza de familias con hijos.

“Para la limpieza de tu casa llama a...”, se lee en los Toyota Corolla azul en que nos transportamos. “La gente sabe, conoce el servicio, la velocidad y calidad con la que trabajamos”, narra Tibby o Tiburcia Contreras para quien apenas la conoce.

Yo conocí a Tibby en el entrenamiento; ella y su *parner* Mercedes, salvadoreña, embarazada de cuatro meses y amante de las pupusas* por cierto, me prepararon para salir a las calles y realizar mis propias limpiezas. “Limpiar de izquierda a derecha y de arriba abajo, así nada te falta”; “no te quedes”; “apúrate”; “a veces usa sólo un poco de agua y jabón”; “revisa debajo de las camas, el sofá y detrás de los cuadros”; “que no quede polvo”. Yo realmente entendería lo qué era limpiar una casa de 10 mil pies en dos horas hasta que conocí a Laura.

Y ahí estaba, en esa mañana fría de noviembre cinco, con su infaltable café en las manos, con su cara de pocos amigos, con su extraño delineado de ojos color azul, sus pupilentes verdes, su cabello teñido en castaño claro y peinado en cola; usaba un fleco para según ella verse más joven y lo conseguía. Laura no aparentaba tener más de 40 años de edad, pero tenía el rostro duro y ya me había contado por qué: era divorciada. Y aunque según estaba resignada a la separación de su esposo, aún guardaba la esperanza de verlo volver, se aferraba a su apellido de casada, al anillo de bodas que alguna vez le colocó en el dedo anular de la mano izquierda y al tono de pelo que a él le gustaba. Dos años habían pasado desde que se fue con una mujer más joven que ella, más joven que él, el supuesto amor de infancia por quien abandonó todo, incluso a Laura, a sus tres hijos y hasta los nietos que ya tenían juntos. A la sonoreense le dolía más su ausencia que los golpes que muchas veces le dio.

—Al final ya no me pegaba, ya nos llevábamos bien. Yo sentía que ya habíamos pasado todo— confiesa.

—Quizá por eso se fue— le respondí.

* Las pupusas son conocidas como el plato nacional de El Salvador. Son tortillas de maíz y su receta es esencial en muchas cocinas centroamericanas. La palabra “pupusa” proviene de la combinación de la palabra “púpu” (revuelto) y “tsa” (abultamiento), que significa “abultamiento relleno”. Se sirven acompañadas con escabeches o curtidos, que es una preparación de repollo rallado, remolacha, zanahoria, cebolla, chile picante, y pepino.

Laura Flores, “así como la actriz de las telenovelas mexicanas”, decía, lo amaba y lo amaba tanto que ni siquiera quiso que reveláramos su nombre aquí; aunque creo no traicionarla si digo que era un hombre robusto, alto, moreno, pelo abundante y rostro que no importa porque la hacía sonreír, o al menos eso noté en la foto de pareja que guardaba celosamente en su celular. Nunca le conté que no me llamaba Maricela, sí que quería escribir sobre el tema migratorio: “!Apoco *estudíates* la universidad!”, me decía y tan pronto como podía volvía hablar de su irracional amor, pero cómo si el amor lo fuera. “En el corazón uno no manda”, insistía y nuevamente estábamos juntas para compartir otro día.

Ahora son las 8:30 am, Laura y yo hacemos fila para que Abby, Mónica y Julliana, la *manager*, encargada del personal y del entrenamiento del mismo, respectivamente, entreguen las órdenes del día con el número de casas que limpiaremos. Con suerte serán pocas, aunque según recordamos ese día tocan cuatro: “la casota”, una oficina, “la casa peluda” y “La India” (así llama Laura a una mujer poco amable que es de la India y nos toca atenderla los jueves de cada 15 días. Hoy uno de ellos).

Por fin pasamos lista con todo y el cesto que contiene los trapos que utilizaremos en las limpiezas y confirmamos la ruta. Mónica habla poco español, así que lee la orden en inglés y pide a mi compañera me explique. Julliana, quien también llegó a Texas cuando era una niña, busca las llaves de los domicilios y nos entrega las mismas. Abby, una coreana estadounidense, es la jefa, así que ella por ahora sólo observa, aunque sabe desempeñar todas las funciones del organigrama que la llevan hasta su nivel: desarma y limpia la aspiradora del trabajo, lava el carro que nos transporta, supervisa y asiste a las casas a hacer la limpieza. Aquí los superiores ponen el ejemplo y te hacen sentir como un profesional. Es otra mentalidad.

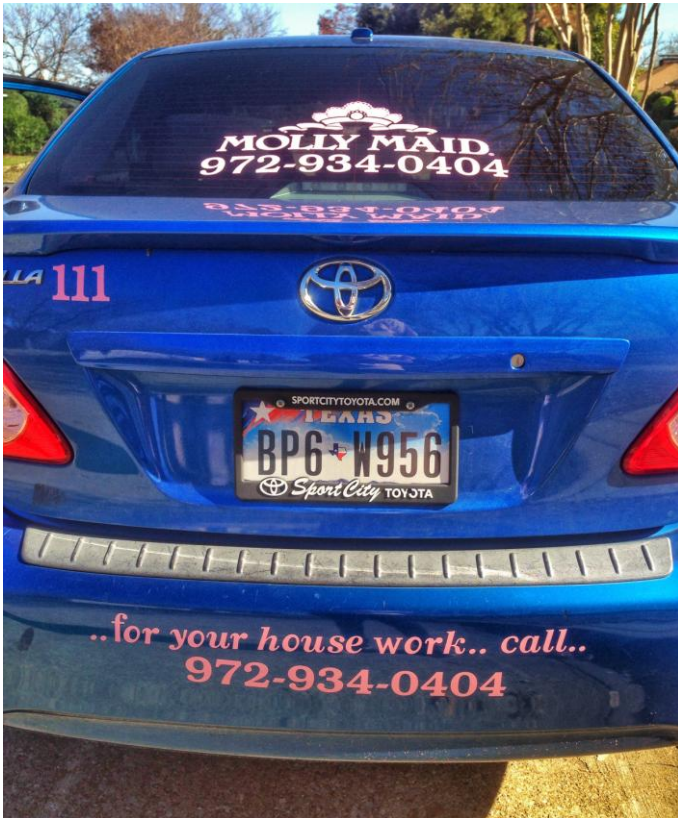


Material de limpieza proporcionado a las empleadas de *Molly Maid*. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

Por ahora estamos listas, Laura y yo salimos en busca del carro que nos transportará, lleva marcado el número 11 en la parte trasera y corresponde a nuestro equipo. Abrimos la cajuela y proseguimos a checar el material: líquidos limpiadores, desinfectantes y desengrasantes, listos; esponjas, cepillos, bolsas de basura y aspiradoras, también. Dentro del carro a veces es necesario activar el GPS, hoy la sonorense sabe llegar.

“Es Otoño, los amantes ya se fueron/ Las hojas de los árboles cubren el campo/ Sus voces amorosas ya no se escuchan/ El verano ya se fue [...]”. Y sí que se había ido, como el amor de estudiante de Laura, su amor de verano, su primer amor. Roberto Jordán, el sinaloense que hizo famosa dicha letra en 1966, no se equivocaba ahora; los caminos carreteros se pintaron de café, las hojas de los árboles volaban sin rumbo y el viento fresco erizaba la piel. Recién pasado el *Halloween*, las personas despiertan su espíritu navideño; las calabazas y brujas son suplantados por pinos y luces, y hasta en la radio se escuchan *spots*

comerciales cuyo fondo se basa en el trineo del señor Closs. Laura, por su parte, no para de comentar que este año su ex tampoco pasará las fiestas con ellos.



Vehículo del equipo de limpieza número 11 en el que se transportaban Maricela González y Laura Flores. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

mil pies cuadrados y como todos los jueves nos dio la bienvenida. A nosotras particularmente nos gustaba asistirle porque es una mujer de buena plática, a pesar de ser desconfiada con las personas de nuevo ingreso, es bondadosa, siempre nos tenía playeras, zapatos, dulces, chocolates y 20 dólares de propina iban directo a nuestras carteras después de cada visita. Era cierto que Laura tenía la mejor ruta porque sus casas eran las más grandes y por ende las mejor pagadas para la compañía y para nosotras. Nuestras propinas iban de cinco, 10 o hasta 20 dólares en un día normal y de 30, 50 a 100 dólares extras en festividades como Acción de Gracias o Navidad.

Por fin llegamos a “la casota”, entre compañeras de trabajo nos acostumbramos a poner nombres fáciles de recordar de los domicilios a los que asistimos, y esa casa parecía museo; obras de arte que iban del suelo al techo y estructuras de vidrio y barro sacadas de subasta la componían; salas que parecían salones y salones que eran recámaras. Sherly, una abogada rubia de escasos 40 años de edad, que también

conocía la historia de Laura, era la dueña de aquel hogar de 10

La función de acuerdo a las reglas de la empresa es turnar el “área mojada” (aseo baños y cocina) con el “área seca” (sacudido, aspirado y trapeado de todo el inmueble) en cada domicilio. En casa de Sherly, Laura se encarga de dejar limpia la cocina y sus enormes ocho baños; mi trabajo consiste en sacudir y aspirar 11 cuartos (cuatro recámaras, dos salas de televisión, un cuarto de juegos, dos salas de descanso, oficina y gimnasio). Esa mañana subí, bajé, fuí, regresé, barrí y aspiré. Ambas terminamos en un tiempo estimado de tres horas, no más y no menos porque Sherly sabía lo qué pagaba: 170 dólares por un servicio quincenal de limpieza que valía la pena.

Pasado el mediodía terminamos nuestra primera limpieza, Laura entrega mi parte de la propina y 20 dólares en efectivo se suman a mi cartera. Le sigue una pequeña oficina que se encuentra calles adelante, una hora o 40 minutos es el tiempo estimado de labor. Aquí como en la redacción del periódico también trabajo bajo presión.

La tercera es la denominada “casa peluda”, creería que después de Sherly nada sería tan difícil, excepto ésta; el polvo y pelo de dos enormes perros es aspirado no sólo por nuestras herramientas de trabajo, entra fácilmente por nuestra nariz; no usamos cubrebocas y los guantes que nos proporcionan siempre terminan por romperse, mis manos de oficinista quedaron atrás, lejos del teclado las sumerjo ahora en agua sucia y las paso entre polvo y basura. Luego de asear los baños y la cocineta en la segunda orden, mi trabajo nuevamente es el área seca, aunque por seco sólo se entiende el nombre porque el trapeado y uso de líquidos desinfectantes es imprescindible. Dos horas y media después de nuestro arribo, tal cual hadas madrinas, el inmueble queda listo. Nos despedimos de los perros que esperan a sus dueños en jaulas de protección y partimos.

Ahora son las 3:30 de la tarde, a veces “La India” cancela su servicio, pero esta vez no corrimos con suerte; no hemos comido, así que aprovechamos la media hora de tráfico en dirección a “la calle de los enamorados” como Laura

llama a *Lovers Ln* y sacamos nuestro lunch sin detener el auto. Muchas veces agradecí no entender lo que decía esa joven señora para no hablar directamente con ella, y es que son sus modos y coraje por traerla del sueño a las cuatro de la tarde lo que la hacen insoportable. Según mi compañera, la clienta trabaja de noche y aunque le gusta tener su departamento estrictamente limpio, le es tormentoso salir de su cama para abrirnos la puerta. “Por 70 dólares preferiría que la quitaran de mí ruta”, decía Laura, aunque, chamba es chamba y según las reglas de la empresa: “el cliente siempre es prioridad”. Tenías que respetarlo si te gritaba, si desconfiaba de ti, si te miraba mal, si te morboseaba y hasta si te culpaba por algún adorno roto aunque éste lo estuviera previo a tu llegada.

“¿Y no les da miedo entrar a casas de desconocidos?”, pregunté a Tibby y Mercedes cuando ellas se encargaban de mi entrenamiento y sus respuestas fueron: “No, no pasa de ahí”; “los carros son monitoreados y vía satélite saben dónde estamos”; “pero tú siempre tienes la opción de quedarte o irte”; “aquí siempre están buscando empleadas porque pocas aguantan el ritmo de trabajo”. Sí, aquí también sobrevive el más fuerte.

La Red Internacional de Trabajadores del Hogar reveló en 2015 que las empleadas domésticas, en su mayoría inmigrantes, son una población vulnerable por su género, *estatus* migratorio y bajo nivel educativo. Muchas de estas mujeres "sufren de explotación y abusos físicos, emocionales y psicológicos", cuenta Jill Shenker, organizadora principal de la Alianza Nacional de Trabajadores Domésticos.

(Si me atrevo a hacer un apartado debo mencionar que no todos los empleadores son malos, en su mayoría son personas generosas que valoran el servicio y gratifican el trabajo con propinas o llamadas a la oficina que equivalen a menciones honoríficas y puntos canjeables en rifas; que te obsequian desde chocolates, dulces, botellas de agua y hasta tarjetas con valor en el cine o alguna franquicia de comida rápida; que te regalan ropa, zapatos, muebles o se esmeran

por pronunciar tu nombre en español y darte la bienvenida con un “Mi casa es su casa”. Infinidad de historias se cuentan detrás de todas las puertas que tocamos: familias unidas o desunidas, sencillas y otras de buena posición económica que ven a sus hijos hundirse en las drogas; viejitos abandonados que esperan nuestra visita para platicar siquiera un poco e hijos que son apoyados por sus padres con el pago de su limpieza. Inmuebles habitados por energías que escapan a la vista y energías humanas que hacen un homenaje a sus mascotas: cuadros con sus perros y gatos por doquier, cuartos y albercas exclusivas para ellos, música instrumental para bajar el estrés de los animalitos en lo que sus amos retornan de su vida laboral. *Molly Maid* es, sencillamente, una puerta a la vida privada de los clientes que nos permiten entrar).



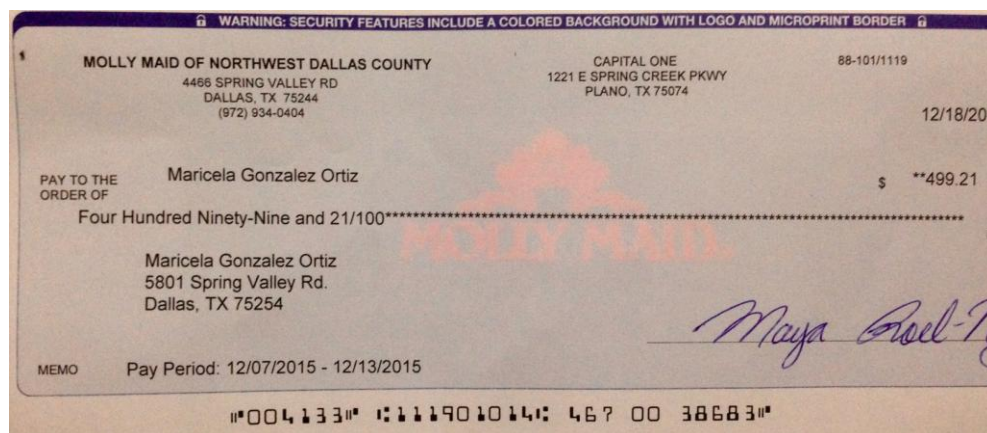
**Vista al atardecer luego de un día de trabajo de Maricela González y Laura Flores.
Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.**

El día ahí no termina. Laura y yo culminamos nuestra última limpieza a las seis de la tarde, registramos la hora en la carpeta y luego de cerrar la puerta del departamento de aquella señora nos dirigimos al estacionamiento con nuestras herramientas de trabajo, aunque ahora también sumamos las bolsas de basura

que recolectamos en el lugar. Son cuatro pisos y aunque el agotamiento ya nos gana, vamos satisfechas porque la última parada es la oficina, dejar los pesados trapos sucios que se generaron, checar la salida, notar que nuevamente somos casi el último equipo en llegar. Como todos los días al cierre, hago la suma de la cantidad económica que ganamos para la compañía y ésta rebasa los 400 dólares por día. Con 13 equipos activos, *Molly Maid* añade a su cuenta más de 5 mil 200 dólares al día y 26 mil dólares por semana.

¿Que cuánto nos pagan? Laura recibe una comisión mayor por ser líder del equipo, tener la responsabilidad de manejar, cobrar y dar la cara ante los clientes. Yo por ser su acompañante, todos los viernes obtengo un cheque canjeable por más de 400 dólares o lo que es lo mismo, cerca de 7 mil pesos a la semana cuando el tipo de cambio de la moneda mexicana no rebasaba los 16 pesos.

La Oficina de Estadísticas Laborales de Estados Unidos comunicó que el salario promedio de las trabajadoras domésticas a partir del 2010, fue de 9.28 dólares la hora y éste depende del tamaño del inmueble, el desorden y hasta el tiempo estimado en la limpieza. En algunos lugares el pago por el servicio alcanza los 15 o 30 dólares por cada 60 minutos.



Aspecto de uno de los cheques semanales que recibía como pago Maricela González. Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

Alrededor de las siete de la noche damos la espalda a la puerta de la oficina, la oscuridad comienza a reinar, ha sido un día agotador y por fin vamos casa. Avanzamos a la Mini Van blanca de Laura y ella se encarga de darme *raite*. Sintonizamos nuevamente la radio y en ésta suena el show de *Erazno y la Chokolata* con su típico “*chocolatazo*”, el programa en el que hispanos ponen a prueba el amor de su pareja con la seductora voz del locutor. Laura ya no quiere saber de relaciones rotas así que opta por canciones en español y sintoniza baladas románticas estilo José José. Ya no pregunto porque ahora sé: “ésas también eran las favoritas de él”.

Al llegar al portón de la unidad departamental que me acogía me despido de la sonoreNSE, le agradezco y le deseo buen camino a casa. Bajo y ella se retira. A través del vidrio alcanzo a ver una mano que me dice adiós y yo camino por el jardín rumbo al 1609.

Mis piernas están agotadas, los pies hinchados y las manos que seguramente mañana dolerán igual por ahora desatan el mandil que rodea mi cintura. Ya nada importa, ni el cansancio, de nuevo estoy en casa, toco y desde dentro escucho una pequeña voz, es Nancy y pregunta quién es, dejo mi disfraz de Maricela y le respondo: “Tu tía Mary”.

(Laura Flores jamás permitió que se le tomara una foto, pese a que su vida privada era todos los días el tema central de su conversación, insistía que ella no hacía amigas, en Molly Maid sólo iba a trabajar).

Las 5W de los migrantes en Texas

(Existe un recuerdo básico de mis clases de periodismo en la Facultad de Estudios Superiores, Aragón, las preguntas que dan respuesta a una nota informativa o cualquier otro género que tuviera como fin difundir un hecho noticioso. Las cinco W que representan una palabra interrogativa en inglés: qué, quién, cuándo, dónde y por qué. La fórmula perfecta para explicar, en este caso, quiénes son nuestros migrantes mexicanos en Estados Unidos, cómo viven, a qué se dedican, por qué deciden marcharse, cuánto gastan, cómo se divierten y otras interrogantes que dan cuenta de su vida en el país vecino del norte.

En este apartado nos introducimos en la intimidad de Juan “N” y Leticia Rodríguez, dos migrantes que nos permiten hacer una radiografía de la situación migratoria ilegal en la Unión Americana).

Día I. ¿A qué se dedican? ¿Dónde trabajan?

“Cuando uno llega aquí la mayoría de las veces ya sabes a dónde vas a llegar o quién te espera”, cuenta Juan “N” sobre su experiencia de arribar de forma ilegal a Estados Unidos mientras nos dirigimos en su camioneta cabina y media rumbo a su trabajo. Nunca antes había tenido invitados en el restaurante en que labora y esta vez el hombre alto, más de 1.80 metros de estatura, tez morena y un tanto robusto, que omitió su apellido, hizo una excepción.

Juan trabaja para la franquicia *Dickey’s Barbecue Pit* desde hace 14 años cuando apenas tenía 21, hoy tiene 35, y aunque ahora todo es distinto, se encuentra totalmente adaptado a la ciudad de los vaqueros de Dallas, para él el motivo es el mismo: trabajar. “Al principio no importa de qué o cómo, lo que

importa es jalar. [...] Tú vienes aquí por un sueño, quizá tener una mejor vida, ayudar a tus papás, a tu familia, hacer una casa y sólo quieres cumplirlo”.

La Oficina del Departamento del Trabajo en EU comunicó en 2015 que la comunidad latina ocupa 16% del total de personas empleadas en el país: 5.8 millones son mexicanos y dos terceras partes de ellos son adultos jóvenes de entre 20 y 39 años de edad, el género masculino predomina con 69%.

“Cuando yo llegué mi papá me recibió, él ya tenía algunos años trabajando de este lado”, narra mientras transitamos por el *freeway* rumbo a Gus Thomasson Rd en el condado de Mesquite. Agrega que él nació y creció en la Ciudad de México, en una familia de clase media-baja y la secundaria fue su último nivel de estudios; que fue claro con su madre al asegurar que no quería estudiar “así que ni me mandes”, le decía; que prefería invertir su tiempo en ganar su propio dinero y así bajo autorización de sus padres se inició en una fábrica de plásticos a los 17 años. Cinco años más tarde emprendió su camino a Estados Unidos y el restaurante fue la opción más efectiva desde que llegó.

Confiesa que él como la mayoría de los migrantes, presentó documentos falsos para emplearse.

—Aquí la mayoría así trabaja y el gobierno lo sabe, *namás* que se hace de la vista gorda— expresa.

—¿Y usas tu nombre verdadero?— le cuestiono y él responde que sí; que a él le favorece porque de esta manera hace un supuesto historial crediticio y reclama sus impuestos una vez al año. Aún así, en esta ocasión prefiere no revelarlo por completo.

—No me *vaigas* a echar a la *migra*— bromea y ríe sin despegar la mirada de enfrente. Lleva puesta la gorra de la compañía bordada con la letra “D”.

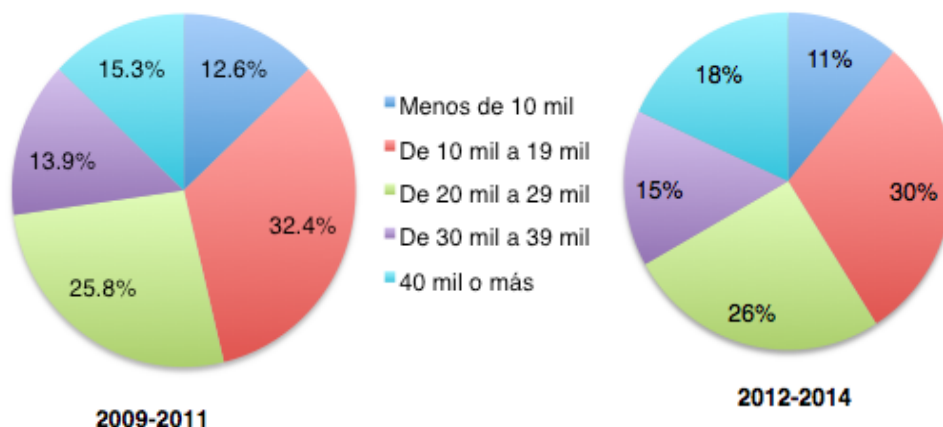
Ahora son casi las 10 de la mañana. Es jueves. Juan se estaciona y de la parte trasera de su camioneta toma su playera azul marino con el logo de *Dickey's Barbecue* en tono amarillo, la usa sobre su playera negra; viste pantalón vaquero *Wrangler* en color café y sus botas de trabajo oscuras. Entramos y ya hay más empleados ahí, nos pide esperar un poco, y mi hermano Jaime (que nuevamente me acompaña) y yo tomamos asiento en el área dedicada al comedor del restaurante de estilo texano; empieza a viajar por el aire un delicioso olor a mantequillas, puré de papa, carnes y ensaladas. Frente a mí está la barra de alimentos y la decoración es de madera.



Juan 'N' trabaja para la franquicia *Dickey's Barbecue Pit* desde hace 14 años. Foto: María del Carmen Cortés.

Después de unos minutos Juan por fin sale y me pide que lo acompañe rápidamente al espacio donde preparan los alimentos para hacer un recorrido; me muestra dónde está la freidora, el asador, cómo cortan y desinfectan los vegetales, el *dish washer* o lava platos, dónde se encuentran los contenedores y destaca la ventana por la que realizan auto-servicio. Debido a que es un área restringida para el personal, salimos y retomamos la plática en una de las mesas que se encuentra al fondo.

Salario anual en dólares de los migrantes mexicanos en EU



Fuente: BBVA Research y el Consejo Nacional de la Población, "Anuario de migración y remesas 2015".

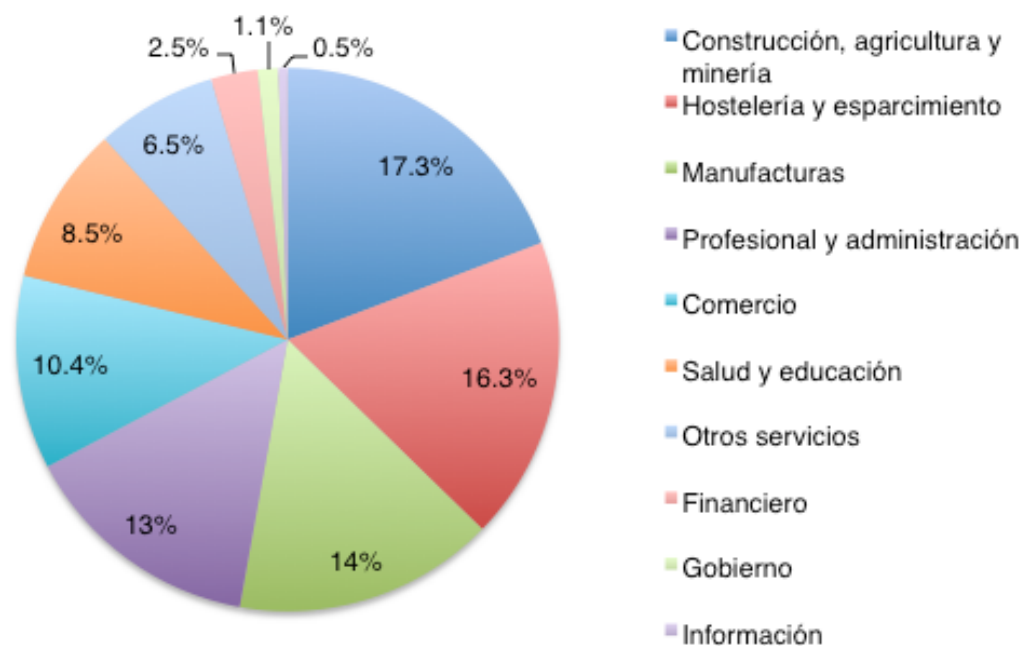
"En muchos jales como estos de comida, uno casi siempre empieza de lavaplatos en lo que aprendes; así inicié yo. Luego me enseñaron a preparar comida, a trabajar en la línea (despachar los platos), luego pasé a la caja y lo último fue cortar la carne", cuenta. "¿Y cuando estás en la barra cómo le haces para comunicarte? ¿Sabes inglés?", cuestionó y él me comenta que "sólo lo básico"; maneja el vocabulario en torno al restaurante y si se trata de una conversación más compleja llama al supervisor o alguien que lo hable perfectamente y asunto arreglado. "Aquí nadie te hace el feo por no entenderlo", añade.

Confiesa que al principio le pagaban el mínimo, 7.25 dólares la hora, y hoy con 14 años de experiencia sólo ha sumado cinco dólares extra a su paga, gana 12.50 cada sesenta minutos. "En realidad no es mucho", expresa y por eso él, como muchos migrantes, se ve en la necesidad de trabajar horas extras o hacer dobles turnos, así no vuelva a casa en todo el día y regrese para ver a sus pequeños dormir; sí, es casado y tiene dos hijos.

Debido a sus necesidades económicas, Juan acordó con su patrón tener un horario corrido de 10 de la mañana a 10 de la noche, turna su presencia en dos restaurantes de la misma cadena. El otro local está en el condado de *Wally* (lo pronuncia *Waili*). Él sabe que podría ganar más en otros oficios, sin embargo, prefiere quedarse ahí porque trabajar afuera, como en la construcción, es más peligroso y “*pus* yo tengo familia, hijos y esposa por quién ver [...] Pienso que con lo que gano me va bien y hasta envió una pensión a mis padres que viven en México”.

La Universidad de California indicó en el texto “Ocupaciones laborales de mexicanos en EU”, que el riesgo de una muerte accidental o de sufrir una herida fatal es mucho más alto en oficios como la construcción, seguido por los servicios, mecánica, pesca y silvicultura, actividades más populares entre los migrantes que viven en la Unión Americana.

Migrantes mexicanos ocupados en EU por actividad económica 2012-2014



Fuente: BBVA Research y el Consejo Nacional de la Población, “Anuario de migración y remesas 2015”.

“Al final aquí (en Estados Unidos) te pagan por lo que sepas, si tienes un oficio puedes dedicarte a éste con una paga mayor que en México o iniciar de cero, de lavaplatos como yo o en la limpieza [...] Aquí nadie se muere de hambre y hay trabajo para todos”, narra Juan.

“¿Y a ti te gusta tu trabajo?”, le cuestiono una vez más y aunque al principio lo duda un poco responde: “No, si sí me gusta. Esto es lo me da para mantener a mi familia, tengo buenos amigos y me siento casi como en casa. Por momentos me olvido de que no estoy en México”.

Después de un momento más de charla Juan tiene que irse, está a punto de empezar lo bueno, hoy será cortador de carne y añade que no tendrá más tiempo libre hasta después de las dos la tarde cuando dedique media para comer y él quiere contarnos más. Nos pide verlo al día siguiente para continuar la plática y se marcha hasta ponerse en posición de combate, detrás de la barra que lo separa de los clientes y listo para despachar las órdenes que se presenten. Me despido y rumbo a la salida sólo me detengo para tomarle una foto. Momentos después, Jaime y yo tomamos el autobús del centro para acercarnos al lugar donde lo encontramos y dejamos el carro; hasta ahí desconocíamos que dicho estacionamiento pertenece a los departamentos donde nuestro entrevistado vive.

Día II. ¿Dónde? ¿Cómo viven? ¿Cuánto gastan?

Departamentos San Miguel en *Lafayette St* es la parte no tan bonita del centro de Dallas; las pintas en las calles nos dan la bienvenida, el servicio de limpieza no hace mucho acto de presencia, pero afortunadamente los vecinos se encargan de mantener en orden sus propios espacios, hay casas viejas, desgastadas, las hojas de los árboles encuentran un rincón en las esquinas y sillones abandonados sirven a uno que otro indigente que también deambulan en

el país con una de las economías más importantes del mundo. Sencillamente, por las noches, las luces que dan vida a Reunion Tower o la conocida “Torre de la Bola”, el Banco de América y Fountain Place, los edificios más importantes de la ciudad, no encienden ni siquiera un poco aquel barrio que se encuentra a su costado.

Ahí, en el departamento número 10 de la planta baja, Juan habita con su familia y después de contarnos algunos detalles sobre su trabajo, nos abre las puertas de su hogar para ver por nuestra propia cuenta cómo vive una familia mexicana en territorio norteamericano. Acá, donde también celebran a la virgen de Guadalupe, organizan posadas navideñas y comparten fiestas de cumpleaños al ritmo de “*Happy birthday to you*”.

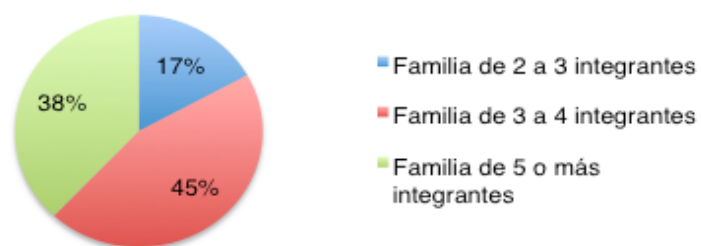
Es viernes por la mañana y aquel hombre de piel morena, robusto y más de 1.80 metros de altura nos da la bienvenida; es su día de descanso, así que con gusto presume su casual estilo vaquero.

“[...] Es como en México, cuando invitas a tus amigos, haces una carne asada, pones el 12 (de cervezas) a enfriar y se arma la pachanga”, dice Juan al referir que aunque las comunidades hispanas en EU sí se parecen y huelen a México, nunca tendrán lo más importante: la familia. “Yo sí tengo a dos hermanos aquí ¡*verdá!* Primos, tíos y ellos vienen con sus familias, mi esposa no, ella sólo me tiene a mí y nuestros hijos. Irma (de 33 años) “es de Toluca y dejó todo cuando nos casamos”, cuenta mientras tomamos asiento en el sofá de su sala y él nos ofrece café, agua o refresco.

Juan, el lavaplatos que ahora domina todas las áreas del restaurante donde trabaja después de 14 años de experiencia, contrajo matrimonio en su segundo viaje a su natal capital mexicana; regresó para casarse, mas no para quedarse. Luego de cumplir su romántica promesa de amor, se llevó a su esposa cuando ella estaba embarazada y Texas ha visto crecer a su familia con dos integrantes más:

un niño de casi 10 años y una niña de seis. Los cuatro viven en un modesto departamento donde comparten la misma recámara y la privacidad la encuentran sólo en el baño. Hay una cocina pequeña con estufa eléctrica y refrigerador, un espacio diminuto dedicado al comedor y persianas a punto de caer; en la mesa aún quedan los vasos de leche y restos de pan que seguramente los niños dejaron antes de partir a la escuela; la sala luce cómodos sillones en tono café que compraron en una venta *garage*, y en su dormitorio, menos de un metro separan la cama matrimonial de la litera donde duermen sus pequeños; del clóset desbordan zapatos y ropa de grandes y chicos. Eso sí, cuenta también con un pequeño sonido y Karaoke porque a Juan le gusta cantar, además de aire acondicionado o “clima” como le llaman.

Habitantes por casa-habitación de la población mexicana y de origen mexicano en EU



Fuente: Secretaría de Relaciones Exteriores, Estadística de la Población Mexicana en Estados Unidos, 2013.

Comienzo preguntándole cómo es la vida de una pareja de recién casados en EU y él me mira y mira alrededor del espacio en que nos encontramos sentados. En las paredes destacan las fotos de sus pequeños y el romántico recuerdo de su boda (Irma, de piel clara y cabello castaño claro, envuelta en un vestido blanco de princesa mientras que Juan luce más alto con su traje y sombrero vaquero). Después de pensarlo algunos segundos, responde que no se trató de una luna miel, que de hecho nunca la tuvieron; confiesa que recién contrajeron matrimonio tomaron camino rumbo a la frontera y en su intento fueron detenidos por migración, encarcelados y retenidos por tres meses. “Pasamos de todo”, añade y comenta que por momentos temió por la seguridad de su esposa.

Dentro de la cárcel solían comunicarse por cartas y tras cumplir su condena fueron repatriados a México. “*Pa’* no hacértela más larga, estuvimos allá un par de meses y luego decidí regresar solo, Irma se quedó por un tiempo —ya estaba embarazada—, luego mandé por ella y desde entonces no regresamos”. Hace una pausa y continúa. “Como te decía, casi siempre habrá alguien que te reciba de este lado, ya juntos vivimos en casa de mi hermana y con el tiempo nos mudamos a un departamento para nosotros solos en este mismo barrio y luego nos venimos a rentar aquí”. El lugar que habita desde hace cuatro años.

— ¿Cuánto invierte una familia como ustedes en solventar una renta? — cuestionó y él responde mientras se rasca la barbilla y piensa un poco.

—Pues ésta no es una zona de lujo y el departamento no es muy grande, nosotros pagamos 700 dólares al mes, aunque hay rentas de hasta más de mil dólares mensuales —responde.

Se trata del promedio de su sueldo en una semana si recordamos que para cobrar un “buen cheque” trabaja 12 horas al día, de sábado a jueves, con una paga de 12.50 dólares la hora. “Mi cheque es de *siete treinta* (730) dólares por semana, menos *taxas**, sí, él se refiere a los impuestos, porque pese a lo que digan quienes no los quieren aquí, los migrantes no escapan de éstos y pagan más de 11 mil 600 millones de dólares al año en gravámenes estatales y locales, según dio a conocer el Instituto de Política Económica y Fiscal en 2017.

Por su parte, la Coalición Nacional para la Vivienda de Bajos Ingresos (NLIHC, por sus siglas en inglés) detalló que con el salario mínimo federal de 7.25 dólares la hora, cualquier persona que rente un departamento en EU tendría que trabajar un promedio de 86 horas a la semana para pagar la vivienda de un

* Impuesto, contribución o sumisión regional o municipal en Estados Unidos que se cobra al adquirir un producto o servicio. El conocido “IVA americano” depende del territorio en el que se encuentre el consumidor, no beneficia en absoluto al estado y no se aplica a cada producto sino al precio total de la compra.

dormitorio, cuyo alquiler promedio es de 800 dólares más todos los servicios que requieren. Es decir, la cifra promedio de horas de las que habla el estudio significa más del doble del estándar de trabajo de 40 horas por semana. Con ello, las personas tendrían que trabajar de 7 am a 10 pm o dos turnos corridos, así como nuestro entrevistado.



Fuente: BBVA Research y el Consejo Nacional de la Población, "Anuario de migración y remesas 2015".

Juan añade que eso no es todo, a su cuenta suma 200 dólares de servicio de luz al mes, 50 dólares de mantenimiento, 50 más de agua y cerca de 250 dólares más de gasolina para moverse en su Lobo Blanca F150 modelo 98, y es que él dice que los tiempos no están para cambiar de carro o presumir modelos nuevos que hagan más tormentosos sus *biles* o estados de cuenta. Juan prefiere ahorrar para los momentos de crisis. "También anota 200 dólares a la semana que gastamos en el súper y detallitos que van saliendo. No, sí es un buen cheque", expresa sorprendido y comenta entre risas que por eso prefiere no hacer muchas cuentas.

—Algunos migrantes optan por comprar una casa. ¿Por qué ustedes no?

—Lo hemos pensado, he hablado con mi hermano y queremos hacerlo juntos para ayudarnos a pagarla, aún estamos en planes —señala y cuenta que su hermana menor sí adquirió un inmueble por el que paga 700 dólares

al mes y tiene un límite de liquidación de hasta 30 años. “También en eso es como México, te dan facilidades y aunque no tengas papeles hay bancos que te prestan. [...] Sí, sí hay manera de invertir y dejarles dinero, mucho dinero. Y eso con todo y el miedo de que un día nos saquen y nuestras cosas se queden aquí. [...] Pero a veces, así como cuando cruzamos el río, debemos correr el riesgo”, apunta.

—¿Qué hay de la educación de tus hijos? ¿Cuánto invierten en ello?

—Afortunadamente el colegio lo paga el gobierno —Dice y respira un poco al hablar nuevamente de gastos. Me explica que ellos como nacieron de este lado son ciudadanos por nacimiento y aunque no lo fueran, el gobierno obliga a mandar a cualquier menor a cumplir su educación básica y si no “hasta te los pueden quitar, te mandan a corte, es un rollo y uno como ilegal lo que menos quiere es tener problemas con la justicia”. Sin embargo, refiere que en gastos por uniformes y papelería invierte cerca de 400 dólares al año por cada uno de sus pequeños, es decir, 800 dólares. Asegura que ha escuchado que la universidad es cara y aunque no está preparado para pagarla menciona que si sus hijos quieren, los apoyará en todo. “Yo siempre les digo que no sean como yo, que yo para estar aquí tuve que cruzar el río (Bravo) y eso es muy peligroso”.

Juan ahora habla de su esposa, cuenta que ella trabaja de noche y por eso no ha hecho acto de presencia, está dormida y nosotros conocimos su recámara sin hacer mucho ruido. Irma utiliza las mañanas para descansar un poco mientras los niños no están y por las tarde, ella los cuida en lo que su marido regresa para hacer guardia y velarles el sueño. “Mi mujer hace el aseo en un ‘Fiesta’ (tienda tipo súper mercado de corte mexicano) y con su sueldo afortunadamente apoya en los gastos de la casa”. Me cuenta también que recientemente cambió de trabajo, antes hacía la limpieza en las instalaciones de un museo durante el día, luego pidieron “papeles buenos” y ella no pudo presentarlos. Como pareja se ven sólo

cuando él vuelve del trabajo, luego ella se va al suyo, regresa por la mañana y antes de dormir prepara a los niños para irse a la escuela; él los lleva, la deja descansar y luego toma dirección a su empleo; se ven nuevamente por las noches y así hasta que hacen uso de sus días de descanso, cuando se dan oportunidad de salir a comer, al parque o hasta ir a bailar si encuentran una niñera de confianza que cuide a sus pequeños. “Aquí hasta en eso tienes que aguantar, ves poco a tu familia. Es el precio de vivir en el norte”.

Con base en un estudio realizado por el Centro Histórico Pew, la Secretaría de Relaciones Exteriores informó que la aportación económica en el hogar de la población mexicana y de origen mexicano en EU, corresponde: 63% al ingreso en pareja, 16% sólo al ingreso de la mujer, 12% a cargo del hombre y 9% sin familiar a cargo del ingreso.

—Y sobre la salud. ¿Los migrantes tienen derecho a enfermarse?

—¡*Pus* como todos *verda!* No puedes evitar una gripa y esa te la curas solo —responde—. Y es que de ir a consulta gastas entre 300 y 400 dólares. Así que mejor, vamos sólo si es necesario.

También me cuenta que sus niños tienen seguro desde que nacen y ellos afortunadamente no han tenido necesidad de realizarse estudios por algo más severo, aunque asegura que el gobierno los apoya, los protege y les ofrece programas como *Medicaid* con cobertura médica gratuita o de bajo costo para personas y familias de bajos ingresos. “Aquí no porque seas inmigrante te tratan mal o te niegan el servicio, o al menos a mí no me ha tocado”.

Juan cuenta que vivir en Estados Unidos es como estar en México, excepto por el idioma y la buena paga, “en todos lados tienes que esforzarte y trabajar de más si quieres salir adelante, aquí ganamos un *poquitillo* más, pero así gastamos. Si quieres tener algo, tienes que ahorrar; buscar lo más barato y ver por dónde.

Por lo demás, ya hay mucha raza mexicana aquí, muchos *chavalillos* hablan inglés y español y con el tiempo uno también aprende lo básico. Hay tiendas y restaurantes de comida mexicana donde encuentras de todo. Con el tiempo te olvidas de que esto es USA (lo pronuncia *IUESEI*) y ya no miras la diferencia”.

—Y si es como México ¿por qué no vuelven a México? —me atrevo a preguntar y él me contesta como si fuera evidente.

—*Pus* por la diferencia entre los sueldos, la calidad de vida. Aquí nos alcanza para vivir, ahorrar, darnos ciertos lujos que allá no podemos. Yo apoyo con dinero a mis padres, estoy construyendo una casa en Toluca y guardo también para mí y mi familia. Sinceramente si estuviera allá no me alcanzaría para todo eso —responde sin titubear.

Sobre tener una fecha exacta para volver, confiesa que no sabe cuándo lo hará, al principio como muchos migrantes no era su intención quedarse, sin embargo, las circunstancias y la costumbre de tener “casi todo” hicieron la diferencia. Sí extraña a sus padres; pero ha aprendido a vivir sin ellos, “es más la necesidad”. Hoy a sus 35 años se siente con el poder de seguir explotando su fuerza laboral y por eso sigue, sabe que llegará el momento en que ya no pueda y quizá sea ahí, cuando su juventud se quede en la barra del *Dickey’s Barbecue Pit*, que decida volver. “Quizá cuando mis hijos estén grandes y se valgan por sí mismos o cuando nos eche migración. Por ahora quiero terminar mi casa, ahorrar, poner un negocio y sobrevivir. Eso es lo único que uno puede hacer aquí”, finaliza.

Después de la plática, Jaime y yo, quien me acompaña desde el inicio en el descubrimiento de personajes como Juan, aceptamos un breve almuerzo y queda claro que trabajar en el restaurante le ha dejado a nuestro entrevistado un gran sazón.

(Por motivos de seguridad omitimos fotos del interior del hogar de Juan “N”).

Día III. ¿Cuándo? ¿Cómo se divierten?

“¿Qué por ser ilegal nos la pasamos escondidos?”, responde Lety sorprendida y parafraseando a mi pregunta: “Aquí somos libres, sí tenemos precaución para no ser deportados, andamos por donde sea [...]”.

Es otro sábado por la tarde y para Leticia Rodríguez, de 29 años de edad, originaria de la Ciudad de México, quien labora en un restaurante de pizzas y ensaladas, le es igual ir por un elote a “Garibaldi”, a la taquería “El Paisano” que está junto al supermercado “El Ranchito”, a tocar al departamento de la señora que vende tamales en el edificio donde vive o al otro día ir a desayunar a la barbacoa de estilo Hidalgo con su clásico cuadro de la “Diana Cazadora”, ahí donde todos hablan español y traen dólares en sus carteras. La tarde corre y desde su departamento al norte de Dallas, en la *Spring Valley* para ser específicos, empieza a diseñar su fin de semana como a la línea que decorará sus ojos y atenuará sus labios.

Con ello compruebo que es cierto que huele a México, sabe a México, se parece a México; pero no es México. Y es que de acuerdo con el Instituto de los Mexicanos en el Exterior en 2016: una de cada 25 empresas en Estados Unidos es propiedad de un mexicano. Por ello no es raro encontrarte con tiendas, locales, restaurantes, cafeterías, salones de belleza y clubes de baile que responden a nombres como “El Ranchito”, “La Parrilada Mexican”, “Los Lupes”, “Mario’s”, “Rafa’s Café”, “Chuy’s Restaurant”, “González Restaurant”, “Nando’s Taquería”, “El Pollo Regio”, “Garibadi” o “La Michoacana”, que te hacen sentir como en casa

Regresamos con Lety y sus ganas imparables de ofrecerme un recorrido por los lugares más populares de la ciudad, ahí donde los mexicanos y latinos en general se concentran para divertirse en un fin de semana. Nos olvidamos del

elote y los tamales para cenar y observo cómo detalla su belleza para conquistar la noche: retoca su piel canela, escoge el vestido más entallado (negro con dorado), zapatos con tacón del 12 y para su peinado, opta por recoger su cabello. Después de dos horas de arreglo ahora luce más alta, ella sabe que es sexy y no pretende disimularlo.

Sobre su vida personal hoy se describe como “separada”, tiene tres hijos y junto a Max, el padre de los niños, turnan tiempos para cuidarlos (ahora por ejemplo, él está con ellos y ella tiene la noche libre en una ciudad que también es famosa por su vida nocturna). Dice que no tiene más familia aquí, “porque familia es la que te ayuda y yo desde hace mucho me las arreglo sola”; su papá también vive en Dallas, su mamá y su hermana viven en México. En su trabajo le pagan 12 dólares la hora y si de salir se trata, refiere que “una mujer nunca necesitará dinero”.

Aún así, por si las moscas, toma su cartera y su celular; me pregunta si traigo identificación y le respondo que sí. Por mi cuenta entendería que algunos clubes de baile permiten la entrada a menores de edad sólo si éstos son acompañados por un adulto y un brazalete controla la venta de bebidas alcohólicas, a simple vista parece que a Estados Unidos nada se le escapa.

Ya en su camioneta, una *Jeep* roja, en la que aparecen más zapatillas, tenis y algunas prendas de vestir como signo de cualquier mujer que va preparada para la ocasión, me confirma que en Dallas puedes irte de fiesta toda la semana, sin embargo, los días fuertes son de jueves a sábado, el último es el de mayor afluencia.

“¿Y a dónde vamos?”, le cuestionó mientras me veo al espejo y noto que mi *look* no tiene nada que ver con una noche de fiesta. Ella insiste en prestarme algo de lo que trae por ahí, y yo sencillamente prefiero quedarme con mi modo de testigo de la información. Sobre la pregunta, responde que preste atención a lo

que anuncian en la radio, guardamos silencio y en el fondo musical se percibe una voz gruesa que dice: “2001”, lo acompaña el sonido de música nortea y alguna mezcla de lo que ella llama “trival”. Ahí, dice, “es el sitio más popular para los que gustan de todo”. El locutor mientras tanto intercede con un: “ánimo raza, aquí ya está todo listo para disfrutar la noche, cáiganle en el corazón del Metroplex. Tenemos cervezas al 2x1 antes de las 10 de la noche y recuerden... Damitas no pagan. ¡Los esperamos!”.



**Leticia Rodríguez y su amiga Bris Avilés en el centro de baile “Escapade 2001”.
Foto: María del Carmen Cortés**

“¿Ése es tu lugar favorito?”, insisto nuevamente y me dice que no, a ella le gusta uno que está por el “*downtown* (centro de Dallas) y se llama ‘Medusa’”. Refiere que ahí hay personas de muchos orígenes: centroamericanos, asiáticos, gringos y capitalinos como ella que gustan de música pop y electrónica. “Ahí son fresitas, no ves ninguna bota, puros niños bonitos, aunque yo voy a donde van mis amigas y a ellas les gusta más este ambiente, *corrientón*, de música texana, nortea, huapangos y hasta bachata”.

“¿Tus amigas son solteras? ¿Cuántos años tienen?”, prosigo mientras ella dirige el vehículo y nos incorporamos al *freeway*. Ahora tajantemente responde: “Tienen de 23 a 30 años y casi todas tenemos hijos”, con la diferencia de que ellas reciben ayuda de su familia para cuidar a sus pequeños y “yo no”. Añade que la vida en Estados Unidos brinda mucha oportunidad de empleo a las mujeres y

quizá por ello son más independientes, por eso muchas prefieren ser madres solteras y en palabras suyas “no tienen necesidad de aguantar a ningún hombre”.

Center for American Progress en 2015 develó que más de la mitad de los hijos de mujeres menores de 30 años en Estados Unidos corresponden a madres solteras y agrega que un tercio de las familias lideradas por una de ellas es pobre. No obstante, la tasa de maternidad en ese grupo de la sociedad es más elevada entre mujeres hispanas y negras que blancas.

Otro estudio realizado por universidades inglesas y publicado por el diario británico *Sunday Times* en 2014, sobre el incremento de madres solteras en el mundo, afirma que el matrimonio dejó de ser la meta y condición fundamental para ser alguien en la vida, las mujeres tienen empleos, profesiones y grandes posibilidades de progresar que la mayoría tiene miedo de encerrarse en una relación tradicional y poco feliz. Los especialistas afirman que las mujeres se han dado cuenta que no necesitan de un hombre para ser independientes y exitosas.

“Estados Unidos es muy liberal, eso sí, sin confundir la libertad con el libertinaje ¡eh! Uno tiene que ver por sus hijos y ellos siempre están primero”, comenta.

Para Lety salir a bailar significa un momento de desestrés después de pesadas jornadas de trabajo. Asegura que siempre le ha gustado la fiesta, vestirse bien y verse sexy. Antes se esmeraba por estrenar algún modelito que la hiciera destacar en el baile; sin embargo, tras su separación y los gastos que implica ser madre soltera, sabe que hay prioridades y ya no gasta tanto en su arreglo. “La que es linda es linda”, dice mientras ríe y confiesa que ya no es la misma de antes, la que llegó a territorio norteamericano con apenas 20 años; ahora su cuerpo se cansa más rápido, las desveladas le hacen daño y hay momentos en que prefiere sólo quedarse en casa.

Sobre gastos insiste en que una mujer no necesita mucho dinero para salir, “sólo verse bonita”. Revela que ella y sus amigas siempre conocen a alguien que paga sus cuentas, les invitan un trago o les ponen una botella en la mesa. “Y mira que a mí no me gusta la cerveza de cinco dólares, yo puras bebidas de ocho a 15”, y tras ese detalle, emite que un hombre debe llevar en su cartera por lo menos 100 dólares para sus gastos y los de alguna acompañante.

Ya en el club, noto que hay un enorme estacionamiento del que destacan grandes camionetas y algunos autos compactos donde descenden chicas con diminutos vestidos que parecen ser inmunes al fresco de la noche; sus peinados tienen un ondulado perfecto y parece ser que la moda es llevar el pelo largo oscuro o teñido con algunas luces que hacen ver su piel más clara. Aquí el pudor y la pena se quedan en casa, con sus madres, con los hijos que no las ven, con las buenas costumbres que no las señalan y no las critican; aquí todas presumen sus piernas



Leticia Rodríguez y su grupo de amigas. Foto: Enviada por Leticia Rodríguez.

gorditas, largas o delgaditas. Sobre sus acompañantes, aunque hay uno que otro que no utiliza sombrero y que según Lety seguro van al 2009 (el antro de pop, electrónica y bachata) por el aspecto de su *outfit*, la mayoría porta su clásica texana vaquera, pantalón entallado y botas picudas; la barba y ceja delineada es tendencia entre los galanes que conquistan a las mujeres no sólo por sus buenos pasos en la pista, sino por el fuerte aroma de sus lociones.

“Aquí en el *Escapade*, hay de todo”, dice Lety mientras descendemos de su camioneta y nos dirigimos a una de las taquillas: “‘2001’ es para norteño, trival y huapangos; ‘2009’ es el lado fresa, por así decirlo, aunque en la parte de arriba hay muchos colombianos y cubanos que bailan muy bien salsa y bachata; ‘2010’ es de música texana y country, ahí hay viejitos riquillos con ranchos. Atrás de ése está el ‘Chances’, que es como el todo junto en música mezclada y ahí mismo, al fondo, está el área de los ‘sonideros’, los chilangos de barrio por ejemplo [...] A todos puedes entrar y salir cuando quieras, como es grande, para no caminar hay un camioncito que te traslada por el estacionamiento y así, fácilmente cambias de club y conoces mucha gente”.

Finalmente nos dirigimos al “2001”, el lugar favorito de sus amigas, el sitio donde reina la música regional de nuestra bandera, los hombres evocan el clásico grito mexicano, los trivaleros con botas de más de 20 centímetros de punta alguna vez fueron la sensación y las margaritas son el trago característico para cualquier mujer que se permita un poco de alcohol en la sangre. Ahí, entre la oscuridad, Lety empieza a seguir la letra de una canción que termina en: “*Lo siento mucho, pero así no soy feliz/ Así ya no [...]. Es la Maquinaria Norteña*”, me dice, y un hombre que salió de entre luces moradas, rojas, azules, rosas y blancas se acerca para invitarla a bailar; ella sin verlo al rostro, acepta y entre la multitud pierdo su entallada figura. Al rededor noto cómo las otras parejas se funden en uno mismo a un compás que los hace girar alrededor de la pista; los vestidos cortos y el pelo suelto y largo de las chicas que se envuelven en los brazos de los caballeros son el deleite para quienes observamos.

Y así, entre parejas que disfrutan los cambios de ritmo, distingo cómo mexicanos de Chihuahua, Coahuila, San Luis Potosí, Sonora, Zacatecas, Guerrero, Guanajuato, Hidalgo y capitalinos levantan la mano cuando el DJ se los pide, al tiempo que se camuflajan entre chicanos que se enorgullecen de sus orígenes y encuentran en el país anglosajón una opción para divertirse.

Lety después de una larga tanda de música vuelve. Nos retiramos del lugar cerca de las tres de la mañana.

OTRAS CRÓNICAS

(Antes de partir a Estados Unidos, envuelta en las pocas oportunidades laborales, en hacer de todo para administrar mi quincena y llegar a la siguiente, sabía que mi caso no era exclusivo, miles de “Maricelas” González llegaron antes al país anglosajón para probar suerte y encontrar el éxito económico que nuestra nación les niega.

El común denominador detrás de las historias de profesionistas mexicanos que ven en la Unión Americana una oportunidad de crecimiento es el desempleo y los bajos salarios en México. Por ello, en los siguientes párrafos recreamos las experiencias de egresados universitarios que olvidan sus grados académicos para ganar en dólares. Jayro Camacho, Víctor Sandoval, Édgar Chávez cuentan su caso).

Jayro sueña con ser trabajador legal



Jayro Camacho, veterinario de profesión en México y trabajador de la construcción en la Unión Americana. Foto: Jayro Camacho.

Originario de Torreón, Coahuila, al norte de México, Jayro, como lo presentan ante mí, creció rodeado de ranchos, ganado y trocas 4x4 que constantemente veía pasar cerca de la Fidel Velázquez, la colonia que lo vio crecer, ahí en los límites con Durango y donde disfrutaba de tardes de fútbol mientras su familia lo esperaba en casa.

Su cercanía con la frontera estadounidense, la vida ostentosa de los nuevos protagonistas de la música regional mexicana (esos que hablan de mujeres, balas y billetes verdes); la misma violencia que hasta 2016 ubicó a la Comarca Lagunera dentro de los 10 estados más riesgosos del país, según el informe de Seguridad Empresarial de México; los muertos y desaparecidos que dice ahora florecen en los llanos a donde acudía a jugar, lo hicieron creer que emigrar del país, como todos aquellos que abandonaron sus negocios o esconden sus pertenencias detrás de la fachada descuidada y gris de su casa, era la opción para alcanzar un mejor nivel de vida, “por la buena [...] Aquí donde dicen que todo es más tranquilo y *pus* yo también quise cruzar la frontera”.

De supuesto apellido Camacho, porque no quiso revelar su verdadero nombre, me cuenta que es médico veterinario, tiene 24 años y acaba de egresar de la universidad, con orgullo emite: “de la Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro”. Dice que en Torreón el ambiente está pesado y él anhela sacar a su familia de ahí. Aunque ahora vive temporalmente en Estados Unidos, sabe que desde hace cuatro meses es sólo un trabajador ilegal y él quiere dejar de esconderse para “hacerla en grade”.

“Luego de sacar mi visa, mis primos que están acá (en Dallas, Texas), me ofrecieron venir a visitarlos y quedarme un rato para hacerme de un dinero y *pus* yo lo necesitaba porque tenía que juntar cerca de 15 mil pesos para tramitar mi título y así ejercer mi carrera. Ellos decían que era fácil, yo veía que les iba bien, así que al terminar la escuela no dudé en hacerlo”. Ahora vive con ellos en *Mesquite*, un condado de Dallas.

Jayro y yo ahora nos encontramos en un restaurante de comida México-salvadoreña, se llama “Glorias”, y como todo oriundo del norte gusta de la carne asada mientras que yo aprovecho para degustar unas deliciosas enchiladas. Él por ahora se ha olvidado de la medicina y confiesa ser “*sheetrockero*”, un oficio dedicado a la construcción. Específicamente en estos días participa en la edificación de un centro comercial. Al indagar un poco sobre su nuevo empleo, me cuenta que carga pliegos enormes de *tablaroca*, anda en segundos, pisos aunque le dan miedo las alturas, y rellena paredes con una especie de algodón que pica mucho. “A veces llegó como con espinas a casa, pero así es el jale. Me pagan cerca de 520 dólares a la semana menos los impuestos que se manejan aquí o a veces mi cheque es de 700 u 800 dólares si hago horas extras”. Convertido en pesos, Jayro me habla de 13 mil a 20 mil pesos a la semana.

“Con esa paga ya rebasaste la meta de juntar 15 mil pesos para el título”, le expreso y él entre risas me confiesa que sí, “eso ya está guardado”. Ahora ahorra para lo que necesite cuando se marche. Refiere que nunca le ha gustado depender de sus padres, dice que ya hicieron bastante con ofrecerle una carrera y le toca a él emplear todas la herramientas con las que lo formaron para salir adelante. Añade que mientras estudiaba intentó trabajar en las ganaderías del estado con una paga de 150 pesos al día. “¿Uno qué hace con ese dinero? En México me hubiera llevado mucho tiempo juntar lo que ahora tengo ahorrado”, señala.

“Recién egresado de la universidad y al ser tu primer viaje a EU, ¿cuál fue la primera impresión al pisar territorio norteamericano?”, le cuestiono y Jayro, como lo conocen en la compañía al proporcionar dicho nombre en sus documentos falsos, no duda en remarcar que la Unión Americana parece otro mundo. “Es muy diferente a México y más a Torreón, todo está limpio y en orden; cuando llegué hacía más calor que allá y ahora también hace más frío que allá, te

pagan más que allá y hasta su moneda vale más que allá. Vivir en EU es otro nivel”, reconoce.

Sobre cómo consiguió emplearse, me cuenta que antes de la construcción tuvo la oportunidad de trabajar en el equipo de limpieza de una escuela y no fue aceptado por su poco manejo del inglés; sin embargo, no pasó más de una semana cuando ya se encontraba llenando la solicitud en “*Matrix Company*”. “Aquí fue muy fácil, siempre están ocupando gente y cuándo me preguntaron cuánto quería ganar, les dije que ya tenía experiencia, aunque no; pedí un pago de 13 dólares y me lo dieron. Creo que he tenido mucha suerte porque los principiantes entran por 10 dólares la hora”, asegura.



Jayro confiesa que entró con visa de turista al país y por ello reconoce que también es trabajador ‘ilegal’. Foto: Jayro Camacho.

Agrega que ya en la compañía bastaron dos semanas para adaptarse y aprender el oficio, aunque acepta que lo más complicado siempre fue entender las indicaciones de los encargados porque ellos no hablan español. “Con señas o con ayuda de los compañeros que sí hablan inglés, nunca nada ha sido imposible [...]”

Jamás te sientes discriminado, en trabajos así siempre hay más hispanos que americanos”.

De acuerdo con su experiencia en un país ajeno al suyo, acepta que EU es un lugar tranquilo para vivir; sin embargo, “no es la gran vida que te pintan y menos si eres ilegal, hay que trabajar mucho, todo el día todos los días para vivir cómodamente. Aquí también pagas renta, tienes que comer, ir al médico, pagar el carro, el teléfono. Aquí también todo cuesta y se paga en dólares”.

Previo a terminar nuestro encuentro, Jayro me cuenta que sólo le resta un mes antes de volver a México, que no quiere arriesgar su visa, así que saldrá del país antes de la fecha marcada por los oficiales que le permitieron entrar, que espera volver para pasar Navidad y Año Nuevo con su familia. Ya en 2016 pondrá manos a la obra para concluir su titulación, esperará el máximo de seis meses o un año para obtener el documento y entonces sí, continuará con sus planes de obtener una visa de trabajo para como él dice: “hacerla en grande”.

“Yo no quiero ser siempre un chalán, quiero ejercer mi carrera y ser el encargado o supervisor de un rancho”, confiesa.

No me quedo con la duda y le pregunto por qué decidió nombrarse Jayro Camacho; él responde que el nombre es de su primo, casi hermano, aunque nadie le cree que sea coahuilense, todos piensan que es colombiano, como sacado de esas series de televisión donde las muchachas dicen: “*quibo* Jayro”. Sobre el apellido, dice que pertenece al fallecido cantante sinaloense Ariel Camacho. “¿No lo has escuchado?”, me cuestiona y en acto seguido empieza a cantar: “Cómo te pago todas las noches/ todas las veces que me haz hecho tan feliz [...]”. Sí, nuestro entrevistado también se cree cantante y en acto seguido se ofrece a pagar la cuenta.

Víctor decide volver

Son las 10 de la mañana, el vuelo sin escalas a la Ciudad de México está a punto de partir, a su alrededor muchos connacionales y el español es nuevamente el idioma que predomina en al menos ese espacio con 170 pasajeros. Víctor Sandoval Ventura, quien aún se encuentra en territorio norteamericano, ya no teme expresarse, en esta ocasión no necesita de nadie más que lo traduzca.

El piloto anuncia que el botón de abrocharse los cinturones está encendido y que los teléfonos celulares, aunque pueden continuar prendidos, deben estar en modo avión o fuera de la línea de carga. Él hace caso y después de ponerse cómodo pierde la mirada en la ventanilla a través de la cual se despedirá de Nueva Jersey. Ahora hace lo mismo, se recarga en el respaldo del asiento y en el paisaje ya no hay cielo, ni nubes, sólo edificios y gente que transita por avenida Juárez en el centro de la capital; nos encontramos en una cafetería y el joven de 30 años nos narra su estancia en la Unión Americana.

“Una cosa es imaginarse cómo sería trabajar en EU y otra muy diferente es vivirla”, señala para marcar la diferencia entre la expectativa y la realidad de aventurarse a vivir un porcentaje de lo que muchos migrantes pagan por el anhelado “sueño americano”.

“Yo con papeles (visa de turista) no tuve que pasar una mala experiencia como la mayoría de los mexicanos que radican en EU; de lo contrario no me hubiera ido”, cuenta mientras da un sorbo al café que momentos antes dejaron en la mesa. Añade que actualmente los indocumentados pagan hasta 100 mil pesos por cruzar la frontera de manera ilegal, aunado a los peligros que corren en el trayecto.

“A lo mejor yo como ya tenía familia allá no me costó lo que le resulta a una persona sin conocidos, casa y ni pizca de inglés. Para mí todo resultó más fácil mientras comenzaba a trabajar”.

“Mi día comenzaba a las seis de la mañana y le parábamos hasta que se metía el sol. Mi primo Jorge Ventura, residente en Wall, Nueva Jersey, cerca de Nueva York, tiene una compañía de limpieza, mantenimiento y decoración de albercas. Él me dio empleo y trabajar ahí implica estar todo el día bajo los rayos del sol; tenía que ser así porque se valen de la luz para avanzar en los pedidos. Descansábamos sólo los domingos. El trabajo tenía días pesados, cargábamos bultos de cemento o pegamentos para los diferentes tipos de adornos, y después de todo ello, al otro (día) no aguantas la espalda”, dice y hace muecas como si las molestias persistieran en su cuerpo.

Víctor es egresado de la carrera de Comunicación y Periodismo en 2008 en la UNAM. De junio de 2009 a mayo de 2015 trabajó para *Enfoque Noticias*, fue redactor en el equipo de Raúl Sánchez Carrillo, colaboró con Leonardo Curzio y en sus últimos dos años de empleo en la emisora, fue editor y productor del programa que conduce Adriana Pérez Cañedo. “Sólo me faltó ser reportero y conductor [...] ¿Qué iba yo a saber de trabajos pesados o bultos de cemento?”, se cuestiona.

“Laborar en Estados Unidos significa someterte a jornadas de trabajo que van de 10 a 12 horas o más y a veces sin comer; te *malpasas*. Nosotros a las siete de la mañana teníamos que desayunar bien para aguantar casi todo el día, no sabíamos hasta a qué hora íbamos a terminar la chamba, así que a veces terminábamos comiendo hasta las cinco pm o hasta que encontráramos algún restaurante de comida rápida”, añade.

Ahora hace una pausa en la historia y agrega que el motivo principal por el que se marchó a Estados Unidos fue la falta de oportunidades en México, “los

bajos sueldos que ofrecen las empresas, mientras que allá ganas de ocho a nueve dólares la hora”.

“¿Nunca buscaste empleo después de salir de *Enfoque*?”, le cuestiono y él responde que sí, “incluso desde antes, pero los sueldos te desilusionan; mi visa y el empleo allá eran una oportunidad de crecimiento porque yo básicamente quería aprovechar para estudiar inglés, prepararme y volver con más herramientas para ofertarme en un mejor empleo. Allá no pagaba renta, sólo mis gastos personales”, agrega.

“Y es que la vida en EU es cara”, revela. “Creeme que lo del sueldo de una persona no te alcanza para pagar una renta, por eso los indocumentados viven en grupos. Mi primo me pagaba nueve dólares la hora, sin embargo, a los que no hablan inglés les pagan hasta seis dólares; con eso apenas y les alcanza para comer. Por ello una cosa va con la otra y los migrantes se ven en la necesidad de trabajar largas jornadas para sacar un cheque que cubra sus necesidades. Aunque nosotros de este lado, en México, vemos que se dan buena vida, la mayoría manda dinero, pensamos que es fácil y la realidad es otra, son muchas horas de trabajo y yo, por ejemplo, no estoy acostumbrado a ello. Por eso volví”. Después de meditar algunos segundos agrega: “o será que no tenía necesidad, como esposa, hijos y deudas que hicieran acostumbrarme a fuerza”.

“¿Qué hay del inglés? ¿Lograste estudiarlo?”, le pregunto y él responde que no, que intentó ingresar a una escuela en *Freehold* (municipio del condado de *Monmouth* en Nueva Jersey), y la colegiatura era elevada. “O al menos así se me hizo debido al sueldo que percibía, entonces para mí y otros que buscan un crecimiento, el sueldo y los gastos son otra limitante. Así como en México, no conté con la solvencia económica para pagar la escuela y eso que estaba en Estados Unidos. ¡Imagínate!”.

Remarca que aunque vivía en casa de su primo cooperaba con un poco de dinero para no sentirse tan “arrimado” y por ello, jamás intentó pedirle ayuda económica. “Ya hacía demasiado teniéndome en su casa”, pronuncia.

Víctor vivió sólo mes y medio en Nueva Jersey y en ese tiempo sólo un mes dedicó al trabajo. No estudiar golpeó su estado de ánimo, así que regresó a su natal Iztapalapa. “No me sentía a gusto con la situación, el trabajo no me gustaba y es frustrante no entender el idioma o depender todo el tiempo de quien sí hable inglés”.

Cuenta que la sensación de que te paguen en billetes verdes es “excelente”; él volvió con 17 mil pesos libres en la bolsa. Confiesa que jamás se sintió discriminado y que la experiencia valió la pena, que volvería intentarlo, ahora más preparado. “Me quedé con la espina de trabajar en algo que me gusta, con un mejor dominio del idioma y allá perfeccionarlo”.

Por ahora, después de que su vuelo aterrizó, ya en la capital mexicana, donde aprovecha para vestir casual con sus playeras tipo polo, suéter azul marino y pantalón de mezclilla, retoma sus clases de inglés, combina la escuela con un empleo alejado de los medios, los fines de semana se divierte con sus amigos y maneja nuevamente su propio vehículo en las calles que lo vieron crecer.

“Dejé los trajes y la corbata, por la mezclilla y las botas”

(Édgar Chávez, economista de profesión y soldador por motivación, vive en Estados Unidos desde hace año y medio; confiesa que desempeña dicho oficio con orgullo, le ofrece lo que cinco años de licenciatura en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), no.

Chávez y yo nos conocimos en 2013, en las reuniones de uno de esos centros de capacitación para redes de mercadeo que no dejan más que un sentimiento positivo de emprendedor en la capital mexicana. Aún estudiante del IPN dejó claro, en aquel entonces, que sus intenciones de hacer lo que fuera por destacar, serían su mejor carta de presentación.

Era septiembre de 2015 cuando el destino nos puso de frente en el bazar, tianguis o la famosa “pulga” de *Grand Prairie* al este de Texas. Ahí, entre puestos simulados en el suelo, lonas y donde lo usado se vende en dólares y al por mayor, un cordial saludo fue suficiente. Ninguno ahondó en lo que hacíamos en la nación americana, aunque tras mi llegada a México supe que él hacía lo mismo que yo: trabajar. También utilizó su visa de turista, así que era parte de la estadística que necesitaba para mi trabajo de titulación.

Mi contacto con el hombre de mediana estatura, tez morena y cabello oscuro, fue desde entonces a través de mensajes; nunca entablamos una conversación telefónica, aunque siempre se mantuvo interesado en plasmar su experiencia laboral en EU. La siguiente es la carta que envió).

Mi nombre es Édgar Chávez, tengo 25 años y soy egresado de, para mí, una de las mejores universidades de México: el Instituto Politécnico Nacional (IPN), en la licenciatura en Economía y Finanzas. Considero que la universidad no distingue al alumno, depende de éste poner en alto el nombre de la misma. Siempre es muy importante en dónde y con quién te formas para tu vida académica y sobre todo laboral. Hoy vivo en Estados Unidos y quiero contar cómo llegué aquí en 2015.

Estudié en el IPN por cuatro años y medio, algo inolvidable y muy satisfactorio como persona; no fui uno más del montón, destaqué como alumno.



“Trabajo en una empresa automotriz de ensamblaje y soldadura, para ser exacto: soldador”. Foto: Edgar Chávez

Al egresar de mi licenciatura comencé a ser becario en Petróleos Mexicanos (Pemex) con un sueldo mínimo de aproximadamente mil 500 pesos al mes. ¡Algo absurdo! Estuve ahí seis meses y como todo en nuestro país, si no tienes una buena "palanca" o dinero no puedes ocupar un puesto aunque tu capacidad sea más eficaz que la de otros.

En México existe un nivel alto de desempleo, no por falta de calidad sino de campo laboral. Dejé Pemex porque sólo era

becario, nunca aparecí en nómina y las posibilidades de obtener un puesto dentro de dicha institución eran mínimas. Estar ahí me encantó, es una institución de primer mundo, sin embargo, salí para continuar un negocio personal. Con el paso del tiempo y tras convertirme en padre de una niña, vi las cosas de distinta manera. Emigré a Estados Unidos.

Antes de emprender el viaje debo comentar que en México trabajé para dos corporaciones bancarias en Pachuca, aunque realmente no me sentía satisfecho con el sueldo. Es complicado vivir o sobrevivir con lo que dichas instituciones ofrecen económicamente, sólo me alcanzaba para pasajes y comida, no pagaba renta y eso ayudaba; aunque no me convencía. ¿Qué futuro podría darle a mi familia, si apenas y me alcanzaba para sobrevivir? Hoy en día no existen contratos

ni prestaciones, así que no vi un buen futuro en mi país. Algunos lo llaman ambición, yo le llamo: superación.

En Estados Unidos, específicamente en Texas, vivo desde hace año y medio. Mi motivo principal fue mi hija y mi familia, busco darles una vida mejor, económica, social y académica. Deseo alcanzar mi satisfacción en todos mis proyectos, desarrollarme en un lugar que me ofrezca lo que busco y EU tiene lo que necesito.

Considero que con dedicación y acción todo llega, pero por poner un ejemplo, en México tardas 10 años en hacer una casa o incluso conozco personas que nunca lo logran y aquí te tardas sólo dos.

Acá trabajo en una empresa automotriz de ensamblaje y soldadura, para ser exacto: soldador. No me da pena decirlo porque prefiero ensuciarme las manos a pedir préstamos o vivir de las apariencias como muchas personas. Prefiero eso a seguir en el mismo lugar por mucho tiempo, ver pasar los años y no superarme. Ya no tengo miedo al “¡qué dirán!”.

Dejé los trajes y la corbata, por la mezclilla y las botas. Extraño vestir formal, sin embargo, ahora compro lo que me gusta, le doy lo mejor a mi familia. Ya no vivo limitado. Mis ex compañeros de universidad visten de traje, aunque sólo para entrevistas y más entrevistas porque aún no consiguen empleo.

En México sólo trabajé dos años, estuve en el área de finanzas en corporaciones bancarias y ahí mi sueldo no superó los cinco mil pesos al mes. Con mi negocio propio percibí hasta 18 mil pesos o más, pero aprendí que de un empleo no se vive, se sobrevive y eso no es lo que merecemos.

Mi trabajo actual me da un sueldo digno y agradable, no me quejo; en una semana gano lo que en México tardaba un mes o más. En dos meses me compré una camioneta, no es nueva, ni de agencia, ni la mejor; pago la renta de una casa de más de 10 mil pesos al mes (700 dólares); me compré una motocicleta deportiva, es algo que siempre había anhelado; estoy amueblando mi hogar: comedor, estufa, sala, recámara y TV, ya están pagados; cubro gastos como todos, comida, ropa, calzado y varios extras. Mi sueldo y un negocio que emprendí me dejan para eso y más.

Aclaro no es presunción, sólo quiero señalar que es distinto trabajar acá y claro, ganas más. Trabajo todo el tiempo. De soldador tengo un horario de lunes a viernes de ocho am a cinco pm, y sábados y domingos impulso un negocio propio de siete de la mañana a siete de la tarde. Sin duda, lo que he logrado no ha sido gratis. Casi no tengo vida social, mis ratos libres los regalo a mí y mi familia; visitamos y conocemos lo que podemos.

Gracias a Dios vivo bien. No lo tengo todo, pero no me falta nada. Ayudo a mi familia más que antes y mira que mis padres no estaban de acuerdo con el paso que di. No creían que fuera capaz de dejar algunas cosas allá, en Hidalgo, para comenzar de cero. Sé que de quedarme allá, nada habría sido tan rápido como aquí.

Uno de mis mayores deseos es ir seguido a México, aunque por el momento mi familia viene a visitarme. Allá crecí y he vivido gran parte de mi vida, dejé familia, amigos y eso siempre se extraña. Claro que quiero regresar, aunque hasta ahora no ha sido urgente.

La situación de nuestro país es muy desagradable, necesita un cambio radical en su política. Actualmente la sociedad busca resultados, hechos y no palabras como siempre.

Acá, el ahora presidente Donal Trump busca hacer más equilibrada la economía americana, es decir, aprovechar al máximo el dinero de EU, generar más empleos, quitar ayuda económica a personas que no aportan nada a la economía estadounidense. También tiene ideas absurdas como la deportación de ilegales, él olvida que gran parte de la actividad económica se mueve gracias a la comunidad latina. En los últimos días también firmó un tratado para agregar 20% a los productos que se adquieran de EU, es decir, si compras un producto con un valor de mil dólares ahora te costará mil 200, 200 más de lo normal, y como lógica el consumidor buscará mejores precios y por ende un nuevo proveedor. Para mí, eso afecta a la economía y a su política; con ese tipo de acciones perderá poder en su mandato.

Desde mi punto de vista EU no es lo mejor del mundo, sin embargo, ofrece oportunidades que no encuentras en cualquier lugar. Es un país de primer nivel. Para muchas naciones es considerado el más avanzado y también de gran poder adquisitivo, con mayor peso en su moneda respecto a otras; su tecnología, educación y lo que en general busco como persona, son los aspectos que me ayudan a lograr mis deseos personales.

(Hasta ahora Édgar no tiene fecha probable para un regreso definitivo; trabaja, invierte y ahorra por si algún día tiene que hacerlo. ¿Cómo le hace para permanecer en Estados Unidos más allá del tiempo permitido con su visa de turista? “Es algo muy chusco”, dice, aunque prefiere no ahondar en el tema para no comprometerse).

CARTA DEL ADIÓS. REGRESO A MÉXICO



Aspecto de una de las carreteras interestatales que cruza el centro de Dallas, Texas.
Foto: María del Carmen Cortés Muñoz.

Adiós, adiós California
Texas, Chicago e Illinois
Me llevaré su recuerdo
Porque a mi tierra me voy [...]

“Tigres del Norte”, *El Mojado*.

Queridos lectores:

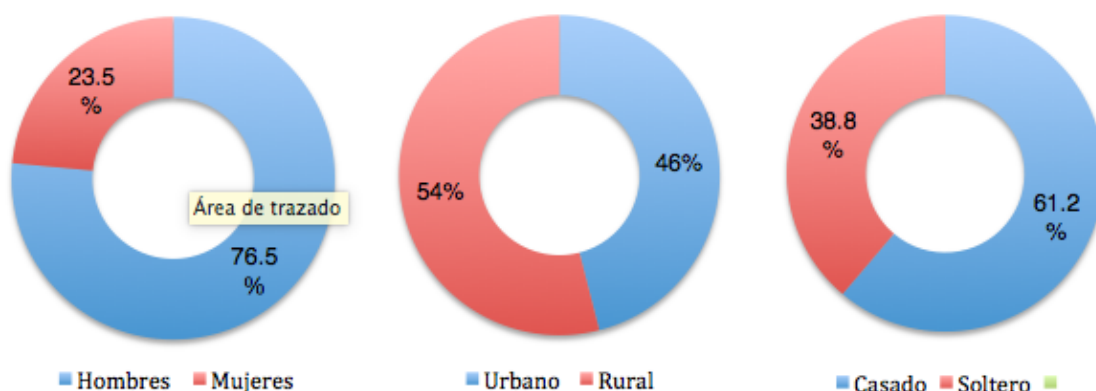
Hoy culmina la travesía que decidí vivir hace cuatro meses. Escribo estas letras desde el auto que ahora me transporta con destino directo a la Ciudad de México. En Estados Unidos se dan por inauguradas las vacaciones decembrinas y caravanas de connacionales son visibles en carreteras interestatales de la ciudad de Dallas, Texas. Todos buscan salir del estado y tienen como punto de encuentro la frontera con México.

Son las siete de la noche y mi tío Daniel Muñoz, que ahora es ciudadano americano, se ofreció a darme un “aventón” a la capital mexicana. Salimos tarde para estratégicamente cruzar la frontera recién llegada la mañana. Aquí se dice tanto de la inseguridad que todos prefieren avanzar en grupos para evitar ser sorprendidos por el crimen organizado. Nuestros paisanos cuentan que hasta la policía te extorsiona, que ya no saben en quién confiar, que se aprovechan de ellos porque piensan que traen mucho dinero, y al final, nada importa si de pasar unos días en su tierra natal se trata.

Hoy me despedí del empleo que dio vida a “Maricela González”, firmé por última vez mi hoja de entrada, abracé tan fuerte a mi *parner* Laura y hasta la dueña de la compañía me pidió que regresara, dijo que mi esfuerzo y colaboración fueron trascendentes y que las puertas de *Molly Maid* estarían abiertas para mí. Trabajé hasta las dos de la tarde, la empresa consideró mi partida así que me permitió salir temprano. Hoy no hubo *raite* porque Laura tuvo que terminar su jornada de trabajo en la oficina, así que hice media hora a pie para llegar a casa. Preparé mis maletas, guardé en una bolsa mi uniforme azul con rosa y lo dejé en el clóset de servicio que por cuatro meses funcionó como mi guardarropa. Me despedí de mi familia, de mi hermano Jaime que tanto me acompañó en esta aventura, de su esposa Érika y mis sobrinas.

Ya en el auto, noto que circulan numerosas camionetas con maleteros llenos y *trocas* con trailas adheribles que transportan un montón de equipaje. Aún dudo si todos los que salen piensan volver, o como yo, deciden marcharse para quedarse en casa, no lo sé; aunque si de algo estoy segura es que más allá de ropa y regalos para quienes los esperan en su hogar, llevan envueltos los abrazos que familias no se dan, los besos que no logran sentir, los infaltables saludos y el esfuerzo que demuestra que la distancia se hace corta cuando tienes sueños por alcanzar.

Características del flujo de migrantes mexicanos de retorno (2012-2013)



Fuente: BBVA Research y el Consejo Nacional de la Población, "Anuario de migración y remesas 2015".

No hay fecha que no se cumpla y hoy viernes 18 de diciembre regreso a México con el único objetivo de transmitir a ustedes un poco del estilo de vida de los inmigrantes, donde la nacionalidad no importa cuando el esfuerzo y trabajo por sobrevivir en un país ajeno al tuyo no tiene bandera, color y sólo sabe de buena voluntad.

Sí, yo también desde mi cómoda oficina antes de agosto de este año y con el sueldo que me respaldaba cada quincena imaginé por momentos que vivir en Estados Unidos y trabajar aquí sería fácil. Millones de mexicanos lo hacen cada

día y les va bien, pensaba. Todos tienen trabajo y hasta ser ilegal resulta más fácil porque “chamba” nunca falta, decía. ¡Qué equivocada estaba! Trabajo sí falta y cuesta conseguirlo; las probabilidades de ser contratado disminuyen no sólo por el idioma, sino por la carencia de documentos oficiales que te respalden. En EU cerca de mil 500 empresas de todo tamaño registran la identidad de sus empleados y la comparan con información del Departamento de Seguridad Nacional, por lo que no todos son contratados y tardan meses en unirse a la fuerza laboral. Así, el dolor en el cuerpo por ganarte unos dólares con largas jornadas de trabajo pasa a segundo plano.

Hoy reconozco que cuando aceptas convertirte en una persona no legal, sin papeles, inmigrante al fin y no grata para empresarios como Donald Trump (el personaje más popular en el país norteamericano previo a las elecciones presidenciales de 2016 y después de ellas), aceptas también someterte a trabajos pesados, en horarios extendidos y con una paga que aunque parezca cuádruple a la percibida en tu lugar de origen, es la mínima en el país anglosajón.

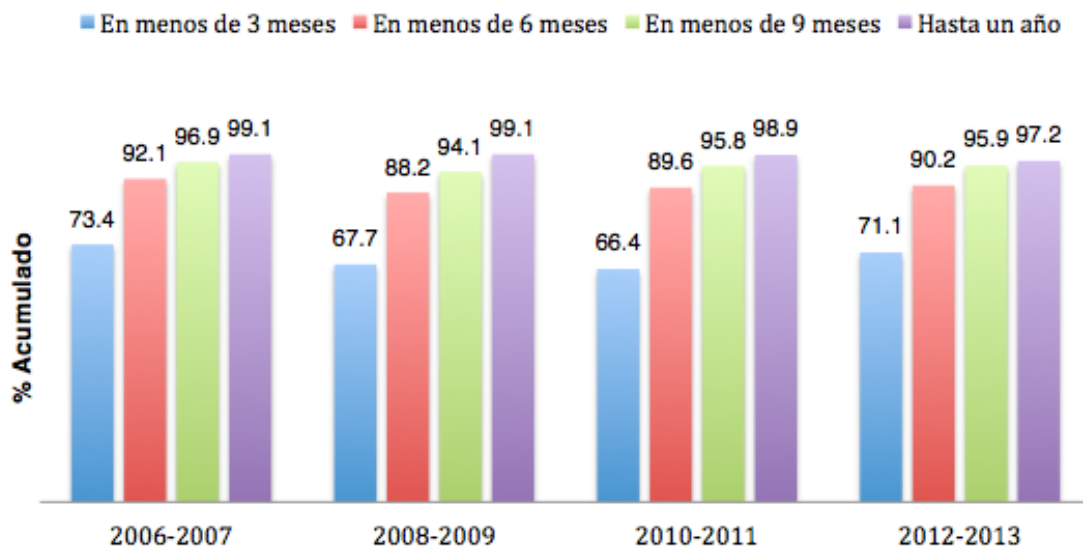
El precio va más allá de las remesas que benefician a familias mexicanas que reciben más pesos por sus dólares, y que en 2015 alcanzaron los 393 mil 469 millones de pesos (mdp), según la Encuesta Nacional de Ingreso Gasto 2014 hecha por el INEGI. Ellos, los que alguna vez se fueron con la esperanza y fe de luchar por una opción más de sobrevivencia, la misma que su nación les negó, renuncian, a veces, definitivamente al calor de las familias y amigos que los vieron crecer. Ellos aquí se reconocen fuereños, saben que su participación en el crecimiento económico de EU es históricamente primordial y lo único que quieren es que los dejen trabajar.

La Secretaría de Gobernación informó que este año alrededor de 4.9 millones de migrantes mexicanos cruzaremos la frontera para pasar las fiestas decembrinas en nuestro hogar, y algunos, los afortunados con papeles volverán; otros como yo, se quedarán en casa, y otros sin documentos lo harán de nuevo,

se aventurarán y pese a las restricciones, altos índices de violencia e inseguridad en el cruce fronterizo ilegal tomarán camino; aunque también ahí, sólo algunos lo conseguirán, unos volverán a casa y otros sin fortuna, como los 300 y 400 muertos que se registran en la frontera entre ambos países cada año, de acuerdo con la Segob, no lo harán jamás.

Ése es el triste andar de nuestros connacionales, los que muchas veces juzgamos por “huir” de los bajos sueldos y el desempleo en México, los valientes que a mi punto de vista resaltan el valor de la palabra trabajo y esfuerzo, cuyo cuerpo se viste de poesía e invoco a Mario Benedetti: “aunque el frío queme, aunque el miedo muerda, aunque el sol se esconda y se calle el viento”, siempre hay fuego en su alma y vida en sus sueños.

Velocidad de inserción laboral de los migrantes mexicanos de retorno



Fuente: BBVA Research y el Consejo Nacional de la Población, “Anuario de migración y remesas 2015”.

A mí, por ahora, 26 horas me separan de mi destino; llegada la mañana del sábado 19 de diciembre cruzaré el puente fronterizo, notaré lo crudo y sombrío que es el Río Bravo y comprobaré que muros y vallas con postes metálicos y de

concretos ya existen, que hay cercos de policías fronterizos por todos lados y que “El Paso” está constantemente vigilado. Finalmente, ya en territorio mexicano, me sumaré a la fila de profesionistas desempleados en México que tardan hasta un año en regresar al ámbito laboral, y unas hojas en blanco y la tinta de mi pluma serán por un tiempo mi nueva compañía.

De los Estados Unidos
Yo no me voy a Olvidar
Quise tener buen dinero
Y me lo vine a ganar
Pero en mi tierra querida
Yo me lo pienso gastar.

[*tan tan*]

CONSIDERACIONES FINALES

Todas las tardes cuando salía de la redacción del periódico que motivó y educó mi amor por escribir para introducirme en el caos del tráfico o la pesadez del transporte público, me preguntaba a dónde se dirigían todas esas personas en cuyo rostro se mostraba la fatiga y el cansancio que implica un día más de labores, no sé si productivo para su existir y sí, un día menos en su oportunidad de vivir.

¿A dónde iban todos? Seguro a casa, a descansar, a distraerse o a continuar con un segundo trabajo eran las respuestas fáciles que llegaban a mi mente, al tiempo que me cuestionaba si era yo la única que imaginaba salir de su zona de confort para aventurarse y vivir, sentir, crear y probablemente trascender; si era yo la única que buscaría que las mejores historias pasaran en su vida.

Si bien desde siempre (quizá por la historia familiar migrante que me antecede) tuve la inquietud de escribir sobre el tema migratorio y los personajes que lamentablemente no son de ficción, sobre familias que se fragmentan, amores separados e historias que se heredan, el tiempo y el camino me llevaron a vestirme de Maricela González, una doble vida que voluntariamente ocupé en tierras anglosajonas para ser plasmada en la inmortalidad de los textos.

Dicen que un escritor necesita tener el ego y coraje suficiente para convencerse de que lo que hace es tan importante para darse a conocer y quedar plasmado, y yo lo encontré. Para mí el desempleo en México, los bajos sueldos, las lentas y a veces escasas oportunidades de crecimiento que impulsan a muchos a buscar una mejor oportunidad de vida en un país como Estados Unidos, valen la pena y son temas que merecen ser exaltados como parte importante de la sociedad. Y es que nuestros migrantes han abandonado su perfil común para impregnarse en ciudadanos que con todo y alto grado académico salen del país

poniéndose un disfraz como el de Maricela, Jayro, Édgar, Víctor o cuyo nombre al final no importa porque todas y todos podríamos ser ellos.

No es casualidad que más de un millón de profesionistas, incluídos los que tienen posgrado, radiquen en la Unión Americana, y de ellos, 140 mil se resignen a formar parte de la mano de obra barata estadounidense, a cambio de un mejor salario que lo ofertado en nuestra nación. Definitivamente algo pasa en México, y aunque en el país los motivos de migración en hombres, mujeres e incluso niños se sustentan en la reunificación familiar, refugio y búsqueda de independencia; la lucha por mejores condiciones económicas, laborales y ahora profesionales son un común denominador en ciudadanos que optan por emigrar del mismo.

Durante siete años que pertencí a la redacción de un periódico vi pasar dos cambios de gobierno, se contaron innumerables tragedias, hechos, noticias buenas y otras no tanto de México que dieron la vuelta al mundo; hice entrevistas, me codee con gente de la alta sociedad mexicana y hasta el ex gobernador de Veracruz, Javier Duarte, estuvo frente a mí. Aún así, ningún hecho se compara con las miradas guerreras de miles de personas que abarrotan constantemente avenida Juárez, como campo de concentración para emitir un ¡Ya basta! Ahí, en memorables manifestaciones me pregunté ¿por qué seguimos aquí? Si ellos, igual que yo, tuvieran oportunidad de salir del país ¿lo harían? Seguramente sí, y es que todos podríamos hacerlo, mas huir no es la solución. Su lucha es tan significativa y valiente como la de aquellos que pagan por marcharse y poner en peligro su vida durante el cruce fronterizo; es tan importante como la de todos los mexicanos que dejan a sus familias para darles en la distancia una vida mejor.

Interpretar a Maricela González significó salir de la comodidad de una oficina para vivir en carne propia lo que quería plasmar, fue ponerme cara a cara con el desempleo no sólo en México, sino en Estados Unidos; con historias de familias fragmentadas, con lo incómodo que es adaptarte en un país que no reconoce tu idioma; vivir bajo el cuidado de no ser encontrado o deportado, y de

soportar intensas horas de trabajo a cambio de “una mejor paga”; fue conocer y plasmar rostros cansados después de una pesada jornada laboral, porque en Estados Unidos también hay estrés, cansancio y rutinas laborales. En México creemos que la vida de nuestros migrantes es fácil porque ganan dólares, sin saber lo que hacen para conseguirlo. Vivir en Estados Unidos señalado como ilegal, alejado de tu familia y sin la seguridad de volver a verlos, es un reto al que no se somete cualquiera.

“El disfraz de Maricela González” fue escrito con la riqueza literaria que la crónica, como género periodístico permite. La narración, descripción, interpretación y el uso de datos duros, recrean un hecho noticioso que merece denunciarse, un extracto de la sociedad y un pasaje de la historia que se repite con más preocupación que antes. Nuestros universitarios y profesionistas no están satisfechos con su éxito laboral, trabajan y no ganan lo que quieren; aceptan un sueldo que les alcanza para sobrevivir a quienes deciden quedarse, mientras que otros, optan por marcharse a países con mayores oportunidades de crecimiento y seguridad. México es el sitio con el mayor número de migrantes en el mundo, 12 millones de personas para ser exactos, y eso nos dice mucho.

Así, el presente trabajo periodístico pretende ser un documento de gozo para quien se sumerja en sus letras en el presente y de consulta para historiadores que encontrarán en el mismo pinceladas de vida, que constituyen un reflejo de las tendencias, costumbres e ideologías de la sociedad de nuestro tiempo. El reconocido y fallecido periodista Javier Valdez Cárdenas, víctima de la delincuencia en el pasado 2017, alguna vez dijo: “nosotros (los periodistas) trabajamos para que no haya olvido en temas que más tarde se vuelven antologías.

¡Muchas gracias!

FUENTES DE CONSULTA

Bibliográficas

Almazán, Alejandro, *Chicas Kaláshnikov y otras crónicas*, México, Océano, 2013.

Consejo Nacional de Población, Fundación BBVA Bancomer y BBVA Research. *Anuario de Migración y Remesas, México 2015*. Conapo-Fundación BBVA Bancomer-BBVA Research, México.

Iñigo, Alejandro, *Periodismo Literario*, México, Gernika, 1986.

Marín, Carlos y Vicente Leñero, *Manual de Periodismo*. México, Grijalbo, 1986.

Martínez Albertos, José Luis, *Redacción Periodística*, Barcelona, A. T. E. 1974.

Mastretta, Ángeles, *Mujeres de ojos grandes*, México, León y Cal Editores, 1991.

Peralta Dante, A.J y Marta Urtasun, *La crónica periodística. Herramienta para una lectura crítica y redacción*, Buenos Aires, La Crujía, 1999.

Russo, Edgardo y Leopoldo Brizuela, *Cómo se escribe una novela/ Selección, prólogo e introducciones*, Buenos Aires, El Ateneo, 1993.

Secretaría de Relaciones Exteriores, *Estadística de la Población Mexicana en Estados Unidos*, SRE, México.

Scherer G, Julio. *Vivir*, México, Grijalbo, 2012.

Wolf, Tom, *El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama, 1973.

Cibergráficas

Biografía de Ángeles Mastretta, <http://biografiaangelesmastretta.blogspot.mx/>, acceso 27 de marzo de 2016.

Boletín de Migración Internacional, Conapo, “La migración femenina mexicana a Estados Unidos. Tendencias actuales”, http://www.conapo.gob.mx/work/models/OMI/Resource/652/1/images/boletinMigracionNo1_8_03_13.pdf, acceso 27 de febrero de 2016.

Cancino, Jorge, “El uso de papeles falsos es un delito que puede causar deportación en EU”, <http://www.univision.com/noticias/inmigracion/el-uso-de-papeles-falsos-es-un-delito-que-puede-causar-una-deportacion-de-estados-unidos>, acceso 7 de octubre de 2016.

Consejo Internacional de Aeropuertos, “Aeropuertos más transitados en el mundo”, <http://cnnespanol.cnn.com/2016/04/04/estos-son-los-aeropuertos-mas-transitados-del-mundo/#0>, acceso 12 de abril de 2016.

Departamento del Trabajo en Estados Unidos, “Porcentaje de latinos según el sector en que laboran”, <http://laopinion.com/2015/10/11/en-que-trabajan-los-latinos-en-eeuu/>, acceso 20 de septiembre de 2016.

El País, “Günter Wallraff, el padre del periodismo de infiltración”, <http://www.elpais.com.co/entretenimiento/cultura/guenter-wallraff-el-padre-del-periodismo-de-infiltracion.html>, acceso 8 de mayo de 2018.

Expansión, “El sueño americano, ¿en verdad existe?”, <http://expansion.mx/economia/2013/12/09/039american-dream039-solo-un-sueno>, acceso 12 de marzo de 2016.

Forbes, “Las 10 mejores ciudades para los hispanos en EU”, http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/02/150212_economia_eeuu_mejores_ciudades_hispanos_forbes_jg, acceso 22 de febrero de 2016.

INEGI, “Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo”, <http://www.eluniversal.com.mx/articulo/cartera/economia/2016/07/26/crece-abandono-de-empleos-por-estres-y-baja-paga>, acceso 3 de marzo de 2016.

Instituto Cervantes, “Español, una lengua viva”, http://diario.mx/El_Paso/2015-07-04_929ce637/texas-segundo-estado-del-pais-donde-mas-se-habla-espanol/, acceso 25 de abril de 2016.

México Desconocido, “La mística y colorida artesanía Huichol”, <http://www.mexicodesconocido.com.mx/la-artesania-huichol-nayarit.html>, acceso 12 de mayo de 2016.

Oficina del Censo estadounidense, “Radiografía de la población mexicana en EU”, <http://aristeguinoticias.com/0804/mundo/censo-revela-que-en-eu-viven-33-6-millones-de-personas-de-origen-mexicano/>, acceso 16 de abril de 2016.

ONU, “Tendencias sobre migración internacional, revision 2015”, <http://www.excelsior.com.mx/nacional/2016/01/12/1068383>, acceso 24 de febrero de 2016.

Organización Internacional del Trabajo, “Trabajo decente para trabajadores del servicio doméstico”, <http://www.ilo.org/global/publications/world-of-work->

magazine/articles/WCMS_145065/lang--es/index.htm, acceso 17 de septiembre de 2016.

Palacios, Alfredo, "Mayoría de mexicanos obtienen su visa EU: trámite sencillo y sin complicaciones: embajada", <http://www.radioformula.com.mx/notas.asp?Idn=596429&idFC=2016>, acceso 15 de junio de 2016.

RAE, "Espanglisg", <http://dle.rae.es/?id=GTwoTLM>, acceso 12 de mayo de 2016.

Red Internacional de Trabajadores del Hogar, "Trabajadoras domésticas inmigrantes en EU, blanco fácil de los abusos", <http://www.univision.com/noticias/noticias-de-eeuu/trabajadoras-domesticas-inmigrantes-en-eu-son-blanco-facil-de-los-abusos>, acceso 9 de agosto de 2016.

Reyes, Raúl A., "El disparatado plan de inmigración de Donald Trump", <http://cnnespanol.cnn.com/2015/08/18/201961/>, acceso 24 de junio de 2016.

Rodríguez, María, "¿Quiénes son los dreamers?", <http://inmigracion.about.com/od/preguntasfrecuentes/a/Qui-Enes-Son-Los-Dreamers-Informaci-On-De-La-Dream-Act.htm>, acceso 17 de julio de 2016.

Secretaría de Relaciones Exteriores, "Contribución de los mexicanos en EU y su vinculación con México", <http://www.unotv.com/noticias/portal/nacional/detalle/viven-en-eu-33-7-millones-de-personas-de-origen-mexicano-774120/>, acceso 23 de mayo de 2016.

Universidad de California, "Ocupaciones laborales de mexicanos en EU", <http://www.cursosinea.conevyt.org.mx/cursos/oh/recursos/revista/rev14.htm>, acceso 8 de septiembre de 2016.

Wagner, Nancy, “¿Cuál es el salario promedio por hora del servicio doméstico?”, <http://pyme.lavoztx.com/cul-es-el-salario-promedio-por-hora-del-servicio-domstico-11065.html>, acceso 12 de agosto de 2016.

Fuentes Vivas

Camacho, Jayro, veterinario y migrante ilegal, entrevista personal, 21 de noviembre del 2015.

Cortés, Gilberto, migrante mexicano, entrevista personal, 16 de agosto del 2015.

Cortés, Jaime, migrante mexicano, entrevista personal, 13 de agosto del 2015.

Flores, Laura, ciudadana estadounidense y empleada doméstica en *Molly Maid*, entrevista personal, entrevistas de septiembre a diciembre del 2016.

García López, Érika, migrante mexicana y esposa de Jaime, entrevista personal, 13 de agosto de 2015.

“N”, Alex, migrante y proveedor de documentos falsos para trabajar en EU, entrevista personal, 29 de agosto del 2015.

“N”, Juan, migrante y trabajador indocumentado en *Dickey’s Barbecue Pit*, entrevista personal, 15 y 16 de octubre del 2015.

Rodríguez, Leticia, migrante mexicana y madre soltera, entrevista personal, 14 de noviembre del 2016.

Sandoval Ventura, Víctor, comunicólogo y periodista, migrante ilegal en Nueva Jersey, entrevista personal 14 de mayo del 2016.